

JEAN-PIERRE GARNIER

CONTRA LOS TERRITORIOS DEL PODER

Por un espacio público
de debates y... de combates



 **creative commons**
LICENCIA CREATIVE COMMONS
autoría - no derivados - no comercial 1.0

- Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Ⓜ **Autoría-atribución:** se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar el nombre del autor/a y el del traductor/a.

Ⓒ **No comercial:** no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

Ⓓ **No derivados:** no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

- Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto.

- Estas condiciones se podrán alterar con el permiso expreso del autor/a.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/1.0/> o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, E.U.A.
Copyright © de la edición, 2006 Virus editorial
Copyright © del texto, el autor

Maquetación: Virus editorial

Cubierta: PCC

Traducción del francés: Ambar J. Sewell

Primera edición en castellano: octubre de 2006

Lallevir, S.L./VIRUS editorial
C/Aurora, 23, baixos
08001 Barcelona
T./fax: 93 441 38 14
c/e.: virus@pangea.org
<http://www.viruseditorial.net>
www.altediciones.com

Impreso en:

Imprenta Luna
Muelle de la Merced, 3, 2.º izq.
48003 Bilbo
T.: 94 416 75 18
Fax: 94 415 32 98
c/e: luna-im@teleline.es

ISBN-10: 84-96044-78-5

ISBN-13: 978-84-96044-78-5

Depósito legal:

Índice

Breve presentación del autor	5
La voluntad de no saber	7
La democracia local frente al globalitarismo	35
Un desarrollo urbano insostenible. ¿Securizar o tranquilizar?	71
Un espacio indefendible. La reordenación urbana en la hora securitaria	103
Arquitectura y anarquía: una pareja mal avenida	129
¿Rebeldes sin causa(s)?	143
La lucha de los desclasados	165

Breve presentación del autor

Actualmente investigador en el Instituto Parisino de Investigación de Arquitectura, Urbanismo y Sociedad, del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS), Jean-Pierre Garnier se diplomó en el Instituto de Estudios Políticos de París y es doctor en sociología urbana (Universidad de Toulouse-Le Mirail) y en urbanismo y planificación (Universidad de París XII). Anteriormente había trabajado en diferentes órganos de planificación territorial (Instituto de Planificación y Urbanismo de la Región Parisina, Instituto de Planificación Física en Cuba, Dirección Departamental del Equipamiento Seine-Marítimo). Con posterioridad, impartió clases en las universidades de Toulouse-Le Mirail, París VIII y París I, así como en la Escuela Especial de Arquitectura de París.

En la encrucijada de las disciplinas que ha practicado (ciencias políticas, urbanismo y planificación, sociología urbana) o bordeado (geografía urbana, antropología urbana, arquitectura, economía, filosofía política), y de sus compromisos militantes en las luchas anticapitalistas, Jean-Pierre Garnier ha centrado sus investigaciones y reflexiones sociológicas en las formas espaciales de la dominación social, tanto si se trata de las políticas desarrolladas por los poderes públicos para influir sobre la organización, el uso y las representaciones del espacio, como de la ideología que vehiculan los discursos —ordinarios o especializados— que suscitan esas políticas. Sus últimos trabajos son una reflexión, por una parte, sobre la «violencia urbana» y la «política de la ciudad» con el ánimo de neutralizarla y, por otra, sobre las acciones de las autoridades para transformar el espacio público en un parque temático.

Miembro de los equipos de redacción de las revistas *Espaces et Sociétés*, *L'Homme et la Société* y *Utopie critique*, Jean-Pierre Garnier también ha investigado la evolución actual del mundo intelectual francés y, en particular, de la *intelligentsia* «de izquierda», y su rol de condicionamiento y adaptación de los espíritus a las nuevas modalidades de acumulación del capital.

Inspiradas por la inquietud de crítica social del orden establecido, las obras, artículos e intervenciones orales de este investigador disidente le han proporcionado numerosos enemigos en el complejo mediático-intelectual de su país.

Obras publicadas:

– *Une Ville, une révolution : La Havane. De l'urbain au politique*, Anthropos, 1972.

– *Le Socialisme à visage urbain. Essai sur la «local-démocratie»*, Éditions Rupture, 1978 (en colaboración con Denis Goldschmidt).

– *La Comédie urbaine ou la Cité sans classes*, Maspero, 1978 (en colaboración con Denis Goldschmidt).

– *Le Marxisme lénifiant. La politique bourgeoise au poste de commande*, Le Sycomore, 1979.

– *La Deuxième droite. La Gauche des années 80*, Robert Laffont, 1986 (en colaboración con Louis Janover).

– *Le Capitalisme high tech*, 1988, Spartacus.

– *La Pensée aveugle. Quand les intellectuels ont des visions*, Éditions Spengler, 1985 (en colaboración con Louis Janover).

– *Des barbares dans la Cité. De la tyrannie du marché à la violence urbaine*, Flammarion, 1996.

– *La Bourse ou la ville*, Éditions Paris-Méditerranée, 1997.

– *Le Nouvel ordre local. Gouverner la violence*, L'Harmattan, 1999.

– «Manhattan transfert», in *L'Empire en guerre*, Le Temps des cerises, 2001.

La voluntad de no saber

Una inmensa sensación de alivio recorre las «reinterrogaciones» y «refundaciones» teóricas que durante casi una treintena de años no han cesado de ser el objeto —¿o quizás sólo hayan servido de pretexto?— de las ciencias sociales, en general, y de la investigación urbana, en particular, en Francia¹. Hay incluso quienes se felicitan, con el mayor entusiasmo y seguridad, de la «muerte de las ideologías» —reducidas a una única ideología, como veremos a continuación—. Durante un período corto pero devastador (1968-1975), éstos se dedicaron a pervertir el razonamiento científico hasta lograr hacer olvidar su finalidad: producir saberes. Y lo lograron, sustituyendo la retórica de un discurso por el conocimiento de un objeto. Por tanto, que nadie ose seguir preguntándose en la actualidad qué tipo de saberes, a qué fines obedecen y en beneficio de quién se producen. Eso significaría, precisamente, volver a caer en los errores del pasado. Además, tales cuestiones ya no son de actualidad.

En la presentación de un trabajo publicado a principios del nuevo siglo, destinada a mostrar un panorama del pensamiento francés actual sobre lo urbano, su principal artífice²

1. El proceso es similar, como veremos más adelante, al que se ha producido en otros países del sur de Europa.

2. Thierry Paquot, profesor de filosofía, antiguo militante de una «Izquierda Obrera y Campesina» tan improbable como efímera. Compuesta casi exclusivamente de universitarios, la GOP, grupúsculo izquierdista de inspiración maoísta, nació defendiendo las «huelgas salvajes» obreras y las luchas campesinas extrainstitucionales de principios de los años setenta y desaparecerá cuando se inicie su declive.

se regocijaba señalando, nuevamente, aquello que separa este pensamiento del «estado de espíritu reivindicativo y crítico del capitalismo» que prevalecía a principios de los años setenta, época caracterizada por un «empeoramiento de la propensión a marxizarlo todo»³. Prisioneros de su compromiso con aquello que entonces se llamaba la «contestación» de nuestra sociedad, ¿acaso lo que guiaba a muchos investigadores entonces no sería la necesidad de ver confirmadas las «verdades» que justificaban ese compromiso, antes que la búsqueda de la verdad? Animados por una voluntad militante, ¿no habían terminado por concebir la investigación como una manera de hacer política por otros medios? «La perspectiva histórica de los movimientos urbanos», decretaba, por ejemplo, uno de los más influyentes investigadores del momento, «articulados de forma estrecha con el movimiento obrero, en el marco de una estrategia socialista, reclama de modo urgente una teoría científica y revolucionaria de lo urbano»⁴. ¡Nada menos que eso!

Afortunadamente, las orejas dogmáticas que cegaban a quienes hicieron profesión de analizar el mundo social mejor que los demás han desaparecido poco a poco, a medida que los ideales de emancipación se veían reducidos a polvo, tocados de lleno por el descrédito y el hundimiento de los regímenes, partidos y doctrinas que decían encarnarlos. Liberados por fin de los marcos conceptuales y los corsets teóricos que contenían la reflexión, los investigadores ya podían dedicarse plenamente al estudio de las «mutaciones» del mundo urbano contemporáneo sin tener que aplicar una perspectiva suspicaz, por no decir hostil, que ya carecía de todo sentido.

Había pasado ya la época en que tanto el geógrafo como el historiador, el sociólogo y el economista solían «decir

cada vez menos qué es lo que hay y más qué es lo que se debe pensar»⁵. Reconciliándose con la vocación de sus disciplinas, hoy cada cual se preocupa sólo de enseñar lo que sabe pero ya no lo que cree. Sin embargo, cuando se confrontan sus afirmaciones y profesiones de fe con los resultados de sus trabajos, da la impresión de que los investigadores en ciencias sociales, tanto ayer como hoy, sólo dicen aquello que creen saber. Y esto sí que constituye una novedad: no dicen nada conscientemente sobre todo aquello que prefieren ignorar.

De la sospecha al consentimiento

Contrariamente a lo que podría dar a entender lo dicho hasta ahora, por mi parte no hay ninguna nostalgia en la referencia a una época, bastante breve a fin de cuentas, en que los investigadores franceses pretendían, siguiendo el precepto althusseriano, «llevar la lucha de clases a la teoría». Pretensión ilusoria, y que debería haber sido considerada como tal por los apasionados de la «desmistificación» y de la «deconstrucción», si se hubieran permitido un ejercicio de lucidez reflexiva. Pero, evidentemente, eso habría significado echar piedras sobre su propio tejado.

No creo que deba insistir nuevamente en la instrumentalización de que ha sido objeto el pensamiento crítico de inspiración marxista, situacionista o foucaultiano⁶, por parte de los estrategas de la planificación urbana, porque ya lo hice en su momento, sin esperar a que el paso de los años demostrara lo que entonces ya era evidente. También los investigadores utilizaron ese pensamiento como un medio

3. T. Paquot, M. Lussault y S. Body-Gendrot, *La Ville et l'urbain, l'état des savoirs*, La Découverte, París, 2000.

4. Manuel Castells, «Mouvements urbains et voie démocratique vers le socialisme», *Autrement*, n.º 6, septiembre de 1976.

5. Pierre Bourdieu, «La science et l'actualité», *Actes de la Recherche en sciences sociales*, n.º 61, marzo de 1986.

6. Michel Foucault, filósofo francés, ha sido otro de los maestros preeminentes del pensamiento en las ciencias sociales cuando enseñaba en la Universidad de Vincennes.

para afirmar su suficiencia y satisfacer su necesidad de reconocimiento⁷.

«¡Debemos dejar de considerar a los sociólogos tan hábiles como para practicar la subversión sin que nadie se dé cuenta!»⁸. Esta advertencia irónica la dirigía retrospectivamente uno de estos sociólogos a sus colegas, pues algunos habían llegado a creerse que estaban practicando un «*détournement*», tal y como aconsejaba la vulgata situacionista⁹, de la institución que los había contratado, para orientarla hacia fines totalmente opuestos a los que ésta se había fijado. Aunque, sin lugar a dudas, el «liberalismo avanzado» que constituyó la seña de identidad del *giscardisme*¹⁰ no fue extraño a la «amplitud de miras liberal»¹¹, la predilección de los agentes estatales de la investigación urbana por la sociología marxista y otras teorizaciones de perspectiva crítica, sirvió sobre todo para proveer a los planificadores urbanos, que se hallaban en pleno desarrollo, de los conocimientos que les hacían falta.

Confrontados en aquellos momentos con la incapacidad del urbanismo tecnocrático para controlar una «urbanización anárquica»; con la aparición de «nuevos movimientos sociales» en torno a las «formas de vida»; con la emergencia de la «enfermedad de los grandes conglomerados» en los suburbios obreros, todo ello agravado por un contexto

7. Jean-Pierre Garnier, *Le Marxisme lénifiant ou la politique bourgeoise au poste de commande*, Le Sycomore, París, 1979.

8. Maurice Blanc, «Comande publique et sociologie urbaine», *Espaces et Sociétés*, n.º 48-49, 1987.

9. El *détournement* puede definirse como la práctica que, propuesta por la Internacional Situacionista, consiste en subvertir un mensaje o discurso (gesto o acción) para que comunique algo diferente y a veces opuesto a lo que inicialmente pretendía comunicar, es decir, es un modo de tergiversación. (N. de la T.)

10. *Giscardisme*: nombre con el que se conoce la ideología y práctica políticas del gobierno de la República que se desarrolló bajo la presidencia de Valéry Giscard d'Estaing.

11. Michel Amiot, *Contre l'État, les sociologues, éléments pour l'histoire de la sociologie urbaine en France (1900-1980)*, éd. de l'EHESS, París, 1986.

nacional de recesión económica, los altos funcionarios del Ministerio de Obras Públicas habían perdido su confianza en las teorías funcionalistas, tecnicistas y economicistas que hasta entonces habían inspirado el tratamiento, tanto teórico como práctico, del espacio urbano. Convertido éste en el lugar y el espacio de conflictos abiertamente políticos, no podía ser abordado de manera «objetiva» y «neutra», es decir, «apolítica», como se había hecho hasta el momento. Para ayudar a quienes «toman las decisiones» públicas a comprender las «disfunciones del sistema» y a «regular» las relaciones entre el Estado y la «sociedad urbana», las instancias burocráticas que dirigían la investigación llamaron a una nueva generación de investigadores, precisamente aquella que había ido a la universidad cuando las revueltas estudiantiles de Mayo del 68.

Es así como se empiezan a impartir créditos y a financiar estudios que desmontan los «mecanismos capitalistas de la producción del espacio» o los «dispositivos de control de los aparatos de Estado». Los conceptos que estábamos habituados a ver florecer en las octavillas izquierdistas empezarán, de hecho, a figurar entre las claves que permitan entender las «contradicciones» —este término se acabará sustituyendo, con el tiempo, significativamente, por el de «disfunción»— a las que los planificadores y constructores deben hacer frente: «clases sociales», «explotación», «dominación», «segregación», «normalización»... ¿Significa esto, tal y como lo sugiere maliciosamente el sociólogo citado con anterioridad, que «los planificadores se han servido de los análisis marxistas en la misma medida que los militares de los manuales de guerrilla»¹²? Hubiera sido además necesario que ese marxismo y, de un modo más general, ese pensamiento crítico se orientaran desde el principio al pueblo y que los «trabajadores intelectuales», como les encantaba llamarse a sí mismos a muchos investigadores, hubieran afi-

12. Maurice Blanc, *art. cit.*

lado sus «herramientas teóricas» con el objetivo de acabar con mayor rapidez con el «modo de producción capitalista» del que se proclamaban adversarios. Pero nada más lejos de la realidad.

De hecho, no se debe subestimar la radicalidad crítica de la investigación urbana de los años setenta. Los informes redactados por los sociólogos por encargo de sus colegas en los ministerios —por no decir que ellos mismos, que se declaraban partidarios del «materialismo dialéctico»— permiten hablar de un verdadero «marxismo de Estado». Pero a diferencia de los «manuales de guerrilla», estos informes carecían de cualquier utilidad —incluyendo aquellos en los que las «luchas urbanas» constituían su tema central— para quien hubiese querido dirigir un combate consecuente contra el «poder burgués». El pedantismo esotérico y el teorismo sofisticado que constituían su seña de identidad traducían a la perfección el deseo de sus autores de imponerse como portadores exclusivos de una mirada verdaderamente científica de la realidad urbana frente a quienes les encargaban sus estudios.

Sin volver nuevamente sobre un proceso cuyos fines he expuesto, junto a otros, en repetidas ocasiones¹³, se debe por lo menos recordar que «ese asombroso matrimonio *entre una ciencia crítica con el poder y una tecnocracia en busca de certezas*»¹⁴, al que hemos asistido durante una decena de años, se produce en una coyuntura sociohistórica muy particular. Una coyuntura en que la pequeña burguesía intelectual (PBI), de la que forman parte los investigadores, los profesores universitarios y sus estudiantes, se preparaba —en las dos acepciones del término— para

pasar del estatus de fracción dominante de las clases dominadas al de fracción dominada de las clases dominantes. Con la conversión ideológica que una transformación de ese tipo conllevaba.

No existe duda alguna de que «el compromiso con las ciencias sociales» de muchos jóvenes diplomados, como lo recuerda un sociólogo, «se llevó fuera de los enclaves universitarios por la convicción de que la apuesta principal debía ser cambiar el mundo»¹⁵. No hay que limitarse, a modo de explicación, a evocar «el clima intelectual de los años sesenta»¹⁶, en que la crítica del orden establecido estaba, por decirlo así, en el ambiente. Si «cambiar el mundo» constituía efectivamente su horizonte era porque la distancia era tal, para los neopequeñoburgueses, entre sus esperanzas de ascenso social y la posibilidad de verlas realizadas, que no les quedaba ninguna otra alternativa que combatir —al menos verbalmente— un «sistema» que frenaba sus carreras profesionales y, para los más ambiciosos, sus aspiraciones políticas.

Vale la pena señalar aquí que este «bloqueo» de la PBI en su irrefrenable ascenso no es exclusivo de Francia, como tampoco lo es la radicalización ideológica que provoca entre los miembros de esta clase. Con desfases temporales y especificidades históricas y sociales propias de cada país, durante la posguerra, el conjunto de la Europa del sur se hallaba o no tardaría en hallarse en la misma situación paradójica: el peso cada vez mayor, a nivel demográfico, económico y cultural, de una clase en ascenso, favorecido por el desarrollo y la modernización del capitalismo, contrastaba de manera flagrante con el pobre papel —por no decir inexistente— que se le reservaba en el campo político.

En Francia recién iniciada la V.^a República, en Italia bajo el gobierno de la democracia cristiana, en Portugal con el

13. Jean-Pierre Garnier y Denis Goldschmidt, *Le Socialisme à visage urbain. Essai sur la locale-démocratie*, éd. Rupture, París, 1978. Jean-Pierre Garnier y Louis Janover, *La Deuxième droite*, Robert Laffont, París, 1986; *La Pensée aveugle. Quand les intellectuels ont des visions*, Spengler, París, 1993.

14. Pierre Lassave, *Les sociologues et la recherche urbaine dans la France contemporaine*, Presse universitaires du Mirail, Toulouse, 1997.

15. *Ibid.*

16. *Ibid.*

salazarismo y en España bajo el franquismo, por no mencionar Grecia, apenas inaugurada la era industrial y sometida a gobiernos de carácter reaccionario, donde la concentración de capital aún no había acabado con las antiguas clases medias (pequeños comerciantes, artesanos y campesinos). Los propios sectores dinámicos y progresistas eran todavía minoritarios en el seno de la clase dirigente. La pequeña burguesía tradicional aún figuraba dentro del bloque en el poder, como principal aliada de la burguesía, lo que le permitía imponer sus valores conservadores, por no decir retrógrados, al conjunto de la sociedad en un momento en que la evolución de ésta los hacía aparecer cada vez más anacrónicos. Por este motivo, las frustraciones y, de rebote, las aspiraciones de los agentes de la nueva clase emergente, políticamente marginada y culturalmente asfixiada van a tomar un cariz inusitado.

Es en este momento cuando, de hecho, la PBI, revestida con los discursos «revolucionarios» de sus maestros-filósofos, empieza a soñar con ser «grande», es decir, con convertirse en clase dirigente, pero vinculando su porvenir, como forma de abnegación y de modo fantasmagórico, al de los «pequeños» («el proletariado», «la clase obrera», los «trabajadores», «las masas»...). Entonces se identificará, por ejemplo, con los «desheredados» del Tercer Mundo. Se proyectará en los partidos «socialistas» o «comunistas» que, bajo otros cielos, habían permitido a una vanguardia surgida de la *intelligentsia* la toma y ejercicio del poder «en nombre del pueblo». Se hará fuerte a base de echar abajo¹⁷ no sólo un gobierno, sino un régimen e incluso un sistema social. Una ambición nada realista si se tienen en cuenta las posibilidades históricas de esta clase en un país capitalista desarrollado.

Mientras que, en la división social del trabajo, las labores de dirección y de ejecución recaen respectivamente en la

burguesía y en el proletariado, obrero o administrativo, a la PBI le incumbe asegurar las tareas, cada vez más numerosas y complejas, que garantizan la reproducción de las relaciones de producción, es decir, aquellas vinculadas a la mediación: concepción, organización, control y domesticación. Si bien es cierto que las competencias que exige su cumplimiento, como ya lo ha demostrado la experiencia en los países anglosajones y escandinavos con algunas décadas de antelación, pueden ser reinvertidas en la conquista y ejercicio del poder político, se trata de un poder subordinado, dado el lugar subalterno que ocupa la PBI con respecto a la clase propietaria. Por esta razón, se la ha considerado una «clase gobernante» por delegación y no una verdadera clase dirigente. Del mismo modo que la burguesía no consiente que se hagan reformas que favorezcan a las clases populares, por la amenaza, real o no, de una revolución, ha sido necesario que las élites de la PBI del sur europeo se hicieran pasar durante un tiempo por revolucionarias con el fin de hacer valer y que se les reconociera su vocación reformista.

En materia de concepción y, de forma secundaria, de inculcación, dominios en los cuales la *intelligentsia* puede demostrar sobradamente su talento, el «gran cuento» de la emancipación por el que mostraba tanto entusiasmo cuando pretendía ser progresista se correspondió con un período convulso en el que la antigua alianza de clases ya estaba en vías o a punto de romperse, dejando entrever a aquellos que ponían el freno en la oposición unas perspectivas de poder tan insospechadas como ilusorias. En Francia, mientras tanto, la fe en un «socialismo democrático y autogestionario» empezaba a debilitarse incluso antes de que el *gulag*, los *boat people*¹⁸, el fracaso de la Revolución de los Claveles en Portugal o el fiasco del Programa Común de la Izquier-

17. En las manifestaciones la mayoría de las consignas que gritan los manifestantes y que aparecen escritas en las pancartas empiezan de forma inevitable con un «¡Abajo...!».

18. Se conoce como *boat people* a los refugiados indochinos que huyeron del gobierno comunista tras la guerra del Vietnam (1975) en pequeños botes y a quienes huyeron de la invasión china de 1979, en total más de un millón de refugiados. (N. de la T.)

da¹⁹ no proporcionasen las coartadas que sirvieron de justificación a los cambios de chaqueta que se iban a producir en el futuro.

Primero a favor de la «nueva sociedad»²⁰ y, más tarde, sobre todo, del «liberalismo avanzado» puesto en marcha por los sectores ilustrados de la burguesía tras la alerta de Mayo del 68, los investigadores y profesores consagrarán la mayor parte de su tiempo y de su energía a proseguir su «larga marcha» dentro de las instituciones. Esta opción les llevará a abandonar por el camino, con mayor o menor facilidad, un bagaje ideológico «izquierdista» que representaba un obstáculo para quienes querían acceder a puestos de responsabilidad. Al mismo tiempo que su «compromiso» en el plano ideológico se debilitaba y optaban por la vía electoralista en el plano político, en la práctica se dispersaron en los múltiples puestos que las autoridades les ofrecieron como académicos o especialistas. En resumen, el horizonte del profesional de ciencias humanas dejó de ser la subversión de la sociedad, para pasar a ocupar su lugar el éxito en la Ciudad del Conocimiento. Y nunca más saldría de ella, excepto para realizar algunas incursiones en las inmediaciones del poder, nacional o local, e incluso internacional, para jugar el rol de consejero del Príncipe. Su «mirada» sobre la ciudad y, ante todo, sobre quienes hoy más que

19. Para dar credibilidad a su alianza electoral de cara a la gente, el Partido Socialista y el Partido Comunista Francés habían entablado una laboriosa negociación con el fin de elaborar un proyecto político que estaba supuestamente orientado a la transición del capitalismo al socialismo.

20. Bajo la denominación de «nueva sociedad», a principios de los años setenta, se había efectuado una primera tentativa de adhesión de las «nuevas capas medias», es decir, de la PBI, a un gobierno de derecha. Bajo la presidencia de Georges Pompidou, el primer ministro Jacques Chaban-Delmas, rodeado de un equipo de altos funcionarios que más tarde reencontraremos en la dirección del Partido Socialista, había lanzado algunas reformas progresistas. Pero éstas se produjeron en un contexto en que la clase obrera mostraba inquietantes signos de rebelión al multiplicar las «huelgas salvajes». Atemorizada, la mayoría parlamentaria de derecha puso fin a la experiencia. J. Chaban-Delmas se quedó solo y lo reemplazaron por un militar, Pierre Messmer, que se convirtió en el nuevo jefe de un gobierno ultrarreaccionario.

nunca tratan de sacar partido de ella, de forma abusiva y repetida, ha cambiado.

«*El estado de espíritu reivindicativo y crítico del capitalismo*», en consecuencia, ya no tiene donde desarrollarse entre los investigadores. Sus reivindicaciones ya han sido plenamente satisfechas en el marco del sistema socioeconómico existente y, en cuanto a aquellas que todavía no lo han sido, ya no es necesario «*marxizarlo todo*», porque sólo hace falta, por decirlo de algún modo, ir en el sentido de la corriente. Y de aquí en adelante ésta irá de Oeste a Este, una vez extinguidos los últimos destellos del «Oriente rojo», y ya no es cuestión de teorizar a contracorriente.

De su viaje iniciático a los Estados Unidos, donde muchos fueron en peregrinación tras el fin del ostracismo al que había sido sometida la «patria del imperialismo», los investigadores franceses volvieron maravillados por «el descubrimiento liberador y fascinante de la ciudad americana»²¹ y de todo tipo de «herramientas científicas» rutilantes de tan novedosas. Aunque no tenían el don de convertir en oro el vil plomo de la realidad capitalista, al menos sí tenían el mérito de hacerla irreconocible para que termináramos aceptándola. Y ello ahorrándonos todas las molestias.

Así es como, tanto en el ámbito de la investigación urbana como en otras partes, los amplios sistemas de interpretación que se habían creado con la intención de «comprender el mundo para transformarlo» cedieron su lugar a los «paradigmas locales», en que lo descriptivo sustituía a lo prescriptivo. De hecho, el paso a un «enfoque más comprensivo que explicativo» será el mecanismo mediante el cual se sustituirá poco a poco el espíritu crítico por una apología más o menos sutil del orden de cosas. La existencia cotidiana de los ciudadanos, en particular, será «observada» detenidamente y con empatía, y no por encima del hombro como aquellas posturas altaneras que perdían de vista a los indivi-

21. Pierre Lassave, *ob. cit.*

duos. Es por esta razón que las aproximaciones fenomenológicas están tan en boga mientras que las deconstrucciones estructuralistas se sitúan en la historiografía de las teorías ya superadas.

Para explicar un «mundo fragmentado», una «sociedad dividida» —eufemismos destinados a cosificar la desintegración social provocada por la integración a marchas forzadas de la economía francesa en el mercado mundializado—, hacía falta un «régimen narrativo» que se adaptase a éste, en las antípodas de los «sistemas de pensamiento totalizantes» en lo sucesivo sospechosos de connivencia con el «totalitarismo». Ha llegado el momento de «poner entre paréntesis los contenidos demasiado sólidos de la Historia», para dar cuenta de las «regularidades mínimas» de la vida en sociedad irreductibles a los «discursos holísticos»²².

En ciencias sociales, al igual que en el campo cultural, habrá llegado la hora de los «pequeños relatos»: «análisis microscópico de los procesos de socialización», «microsociología de las interacciones», «microfísica de las formas simbólicas», «seguimiento minucioso de los movimientos infinitesimales de la escena pública»... En pocas palabras, cuanto más se «globaliza» el mundo, más se empequeñece la visión que conviene tener. Todo ocurre, en definitiva —y para muchos, sigue ocurriendo— como si, haciendo inconscientemente de la necesidad virtud, el neopequeño-burgués hubiera resuelto convertir su pequeñez en la medida de todas las cosas.

22. *Ibid.*

Una ciencia del ocultamiento

«No hay ciencia si no de lo oculto», tenía la costumbre de repetir el filósofo Gaston Bachelard. Pero lo que al parecer no había previsto es que pudiera haber una «ciencia del ocultamiento» en pleno auge —los situacionistas hablaban de «falsificación»— que relativizaba el alcance de su definición. Ciertamente, tanto ayer como hoy, todo investigador que se respete se enorgullece de hacer inteligibles, gracias a su intervención científica, fenómenos sociales cuya lógica no salta a la vista fácilmente. Pero, en la actualidad, este trabajo de «descriptado» —un término en boga en el gremio— se realiza en paralelo a un trabajo de ocultación que requiere como mínimo tantos esfuerzos como el precedente.

«La competencia soberana de la mirada que sabe ver las realidades de la vida sin disfraz», por retomar la célebre frase del sociólogo Max Weber, es, de hecho, reemplazada por otra: aquella que, por el contrario, las maquilla hasta tal punto que hace desaparecer de ella los aspectos menos brillantes. En lo sucesivo, ahí residirá el verdadero «saber», si es que podemos calificar como tal esta mezcla entre saber hacer y hacer saber. Este es el caso, sin ir más lejos, del «análisis escenográfico» de los comportamientos en el espacio público. Escrutadas con una combinación de meticulosidad y benevolencia, las formas más alienadas del modo de vida urbano contemporáneo se transfiguran en pruebas irrefutables de la aptitud del habitante o del usuario —percibido, evidentemente, como «actor»— para interpretar unos roles, poner en práctica una serie de artimañas, de formas de evasión, de *détournement*, de improvisación y transgresión. En resumen, un sinfín de manifestaciones de una «competencia ciudadana» sólo comparable con la competencia científica del investigador, que sólo tendrá que descubrirlas entre las formas aparentemente superficiales y efímeras de la «socialidad urbana». Solos, en estas condiciones, a los maníacos del desenmascaramiento y a los obsesionados con la denuncia todavía les queda el empecinarse en tratar

de «descubrir, más allá de los actores, la maquina infernal que absorbe y excluye, controla y reproduce»²³.

Tal y como se presenta hoy en día, la investigación urbana en Francia ilustra mejor que ninguna otra el peso de esta adhesión al orden establecido, algo que no hace falta ni siquiera demostrar porque, como quien dice, «cae por su propio peso». Intentar descubrir, por tanto, en los trabajos recientes de los investigadores una crítica de la urbanización capitalista que no sea «interna» es una empresa vana. Ciertamente, los «cuestionamientos» y los «debates» sobre el sentido que hay que darle —ya se trate del significado que debe tener o de la dirección que se le debe imprimir— tampoco es que hayan sido nunca numerosos. Pero no encontramos ningún punto de vista que rompa con la perspectiva dominante, por no hablar directamente de ceguera compartida, inconsciente o deliberada.

Por mucho que lo pretendan, los investigadores que se jactan de «no confundir ciencia y política» —del mismo modo que otros... o los mismos, no hace mucho, se afanaban por distinguirla de «la ideología»— jamás se han encontrado tan impregnados de «categorías de pensamiento impensables que delimitan lo pensable y predeterminan el pensamiento»²⁴. Los valores, con sus respectivos presupuestos y prejuicios, continúan inspirando la elección de los temas de investigación, orientando la formulación de las problemáticas e hipótesis, condicionando la selección de los terrenos de observación y de los métodos de investigación, determinando aquello que será importante o secundario para el «observador», significativo o insignificante, interesante o irrisorio... No obstante, dos rasgos diferencian la situación actual de la época de la «contestación»: los «valores» ya no son los mismos y lo implícito ha sustituido a lo explícito. Ambos cambios están vinculados.

23. Alain Touraine, «Sociologies et sociologues», en *L'État des sciences sociales*, La Découverte, 1986.

24. Pierre Bourdieu, *Leçon sur la leçon*, Éditions de Minuit, 1989.

En la época en que la *intelligentsia* se declaraba progresista, la «emancipación humana» o la «liberación de los pueblos» constituían claramente el horizonte de la mayoría de investigaciones sobre el mundo social. En la actualidad, en cambio, los valores principales, que son la «economía de mercado» y «la democracia» —el artículo definido implica, en el último caso, la clausura del debate sobre su definición— recuperan un ideal ya realizado y prácticamente naturalizado. Por tanto, ya no es necesario que se reafirmen una y otra vez como referentes positivos comunes, excepto cuando se produce alguna «disfunción de nuestro modelo social» que hace que se reactiven las dudas sobre sus supuestos méritos, o que éstas se conviertan en el blanco de los nostálgicos de un anticapitalismo sin edad.

Las arengas triunfantes sobre la liberación de la investigación en ciencias sociales de las órdenes partidistas y de los esquemas reduccionistas que éstas implicaban, no deben inducirnos a engaño. En este sentido, cabe recordar que tras el abandono del «*paradigma marxista*», vinculado a «la historia de la izquierda francesa, tanto comunista como socialista»²⁵, la «recomposición ideológica» que ha tenido lugar a continuación se ha hecho «a partir de los conceptos menos conflictivos»²⁶. De hecho, sería mejor calificarlos como aquellos «de mayor consenso». Un calificativo que se puede aplicar al conjunto de «conceptos» utilizados por los investigadores, tras una actualización del lenguaje que no ha tenido otro objetivo que el de despolitizar aquellos debates que podrían haberse inscrito en una lucha, tal y como había ocurrido en otros momentos.

25. Presos de una concepción «ciudadana», es decir, nominalista y politiquera, de la política, la mayoría de los intérpretes de la «vuelta al centro» de «la izquierda», en Francia o en el extranjero, hacen abstracción de su dimensión de clase.

26. Sylvie Tissot y Franck Poupeau, «La spatialisation des problèmes sociaux», *Actes de la Recherche en sciences sociales*, n.º 159, septiembre de 2005.

«Capitalismo», «imperialismo», «explotación», «dominación», «desposesión», «opresión», «alienación»... Estas palabras, antaño elevadas al rango de conceptos y vinculadas a la existencia de una «guerra civil larvada», no tienen cabida en una «democracia pacificada». Consideradas casi como palabrotas, han sido suprimidas del vocabulario que se emplea tanto en los tribunales como en las redacciones, en los anfiteatros universitarios o los platós de televisión. Y lo mismo le ha ocurrido a otros conceptos, cuyo origen beligerante les ha valido la calificación de «no operativos», como es el caso de «clases», «luchas», «antagonismos», «contradicciones», «intereses», «burguesía», «proletariado», «trabajadores»... ¡Y qué decir de aquellos vocablos que nos remiten a utopías quiméricas, como «emancipación», «socialismo», «comunismo» o «anarquismo»! Todo el mundo sabe, y los investigadores los primeros, que recurrir a este anticuado glosario es sinónimo de expresarse en una «lengua muerta».

Hay que reconocer que la «democracia de mercado» saca más partido, en su vertiente económica, de un lenguaje de aspecto mucho más refinado: «competitividad», «rentabilidad», «productividad», «viabilidad», «eficacia». Con algunos neologismos que dan testimonio de la plasticidad de esta lengua de peso —que es la de la gente de peso²⁷— y de su capacidad para reflejar las «mutaciones» más recientes de nuestro sistema de producción: «rentabilidad», «flexibilidad», «empleabilidad»... Pero no cabe duda de que todavía subsiste gente refractaria a este sistema, por considerarlo «globalitario», y algunos incluso se divierten haciendo rimar los tres últimos conceptos con el de «precariedad». O ven en él la confirmación de que las prácticas a las que alu-

27. Garnier hace aquí un juego de palabras que traducido pierde su gracia. La versión francesa es la siguiente: «*Avec quelques néologismes en sus témoignants de la plasticité de cette langue de poids — celle des gens qui pèsent —, et de sa capacité à refléter les “mutations” les plus récentes de notre système de production: “profitabilité”, “flexibilité”, “employabilité”...*». (N. de la T.)

den todas esas palabras no tienen más legitimidad que la que proviene de las «frías aguas del cálculo egoísta» con las que fueron bautizadas.

Afortunadamente, también hay otros investigadores que están dispuestos a verter el agua tibia de un ciudadanía moralizante y de un culturalismo bienpensante sobre la vertiente social de la «democracia de mercado». Entre las palabras clave de su credo figuran la «civilidad», la «urbanidad», la «solidaridad» y la «equidad», que merecen encontrarse entre los conceptos de los maestros mencionados con anterioridad para dar un toque de humanidad al mundo despiadado que ellos mismos contribuyen a construir. Otros términos son de gran ayuda para desarmar los conflictos que, a pesar de todo, atraviesan este mundo, desplazándolos al terreno «cultural», donde se podrán «gestionar» con mayor facilidad. Es entonces cuando toman el relevo la «identidad», la «etnicidad», las «minorías» y las «comunidades». Según los sociólogos, antropólogos y otros politólogos, añadiendo algunos filósofos de pacotilla, adeptos al «vivir juntos» en una sociedad dividida, a falta de fraternidad, la coexistencia siempre es posible, de hecho, bajo el signo de la «diversidad» y de la «interculturalidad». Pero la dimensión espacial será esencial para que exista una «cohesión social» sostenible, de modo que para completar este cuadro de una «sociedad recompuesta», será necesaria la intervención de los geógrafos y urbanistas, que se encargarán de exaltar los beneficios de la «proximidad» y de la «mixicidad»²⁸.

Rebosante de buenos sentimientos, pringosa y dulcificada por la hipocresía que la envuelve, esta verborrea supura

28. En francés, «*mixité*». Se refiere a la práctica de introducir en un barrio o zona residencial de forma dirigida, desde el gobierno local o regional, población nueva destinada a modificar o romper una determinada composición social que no interesa, bien porque se constituyen guetos «peligrosos» que hay que controlar, bien porque no se quiere dejar degradar totalmente un espacio, sino reconstruir a medio plazo su valor (económico, se comprende, por su cercanía a las grandes ciudades, por ejemplo), etc. El propio autor lo explica más adelante. (N. de la T.)

al menos tanta ideología como el lenguaje militante de los investigadores comprometidos de antaño. Los investigadores en que se han convertido o que los han reemplazado pueden permitirse abundar en «*cuestionamientos*» e «*bipótesis*» acerca de las «*perspectivas*» que ofrece la «*nueva civilización urbana*» en gestación, en el caso de los optimistas, o sobre los múltiples «*riesgos*» que comporta una «*crisis urbana*» que no deja de agravarse, en el caso de los pesimistas. Gracias al manejo experto de una serie de nociones mistificadoras, sobre las que acabo de ofrecer una pequeña muestra, el orden social sobre el que se sostiene esta «civilización» y la «crisis» que la amenaza escapan, por regla general, a cualquier replanteamiento. Los más audaces sólo se meterán con su versión «*dura*», el «neoliberalismo». Pero de aquí en adelante, el capitalismo, al que como mucho se critica por la irracionalidad de su funcionamiento y la inmoralidad de sus excesos, se convierte en «el horizonte insuperable de nuestro tiempo», por no hablar de los tiempos aún por venir.

Sin duda, algunos temerarios se atreverán a augurar su desaparición, sin nombrarla como tal, pero que se produciría al mismo tiempo que la de la humanidad. Un escenario catastrófico que sirve, en general, de preludeo a un llamamiento unánime a estrechar filas, todas las clases —si todavía se puede hablar de ellas, puesto que habrían dejado de existir— confundidas ahora en torno a una nueva causa movilizadora: el «desarrollo duradero». Nada se dirá, en cambio, sobre el modo de producción capitalista como *modo de destrucción* del entorno tanto natural como humano y, por tanto, urbano.

A pesar de las declaraciones de intenciones rituales sobre el «pluralismo de los enfoques» y el «carácter no consensual de los debates», se constata claramente que «*el pensamiento francés sobre la ciudad*», tal y como emana de las obras, artículos o coloquios de los últimos veinte años es, si no «único», por lo menos sí unánime. Este pensamiento obedece, de hecho, a una concepción del «pluralismo» con-

tra la que durante mucho tiempo se creyó inmunizado el mundo intelectual francés: la diversidad en la conformidad.

Su principio es sencillo: afirmarse resueltamente contra las «ideas recibidas», contra las «formas» y contra lo «políticamente correcto», que generalmente se identifica con las «visiones erróneas» que se proporcionan en la escena mediática o política, para afirmar a continuación en tono solemne otras trivialidades que también forman parte de la ideología dominante, de la que no constituyen más que una variante culta. El último ejemplo hasta la fecha: el debate que han suscitado los «motines de los suburbios» de noviembre de 2005, que ha enfrentado, en el seno de la «comunidad científica», a los defensores del «modelo republicano francés de integración social» con los partidarios de una promoción «a lo anglosajón» de las «minorías» étnico-culturales o «comunidades».

Para los primeros, la rebelión de la juventud de los barrios populares sería el resultado del «desprecio y de la violencia de las instituciones» hacia unos jóvenes tratados como ciudadanos de segunda, con el consiguiente sentimiento de injusticia que provoca la tensión entre esta negación de la ciudadanía y el ideal igualitario. Para los segundos, la responsabilidad recae en el propio ideal igualitario, puesto que su «universalismo abstracto», al negar el «derecho a la diferencia», se constituye en origen de la discriminación y de la estigmatización de los hijos de los inmigrantes. Pero ni unos ni otros consideran la posibilidad de confrontar la igualdad proclamada con las desigualdades socioeconómicas inherentes al sistema capitalista. Todo queda reducido así, en definitiva, a una cuestión de «respeto» y de «reconocimiento», de «equidad» y de «solidaridad», y, por tanto, de moral.

De ahí se deriva el éxito de la temática de la «mixicidad» residencial como antídoto a la segregación socioespacial, a pesar de que el agravamiento de la precariedad y sus múltiples efectos la hacen del todo impracticable sobre el territorio. De hecho, el imperativo de la «mixicidad» sirve sobre

todo para legitimar la dispersión y el alejamiento cada vez mayor de las «clases peligrosas», que se concentran en la actualidad en la periferia inmediata de las ciudades más importantes, destinada, como los barrios populares de estas últimas, a la «gentrificación».

En cualquier caso, los investigadores se han convertido en verdaderos maestros en el arte de la crítica «integrada» o «interna», indispensable para la consolidación, tanto ideológica como práctica, del orden establecido. En este sentido, es necesario diferenciar entre los viejos izquierdistas que, en caso de altercados políticos, renuevan con un lenguaje radical soluciones reformistas rebautizadas como «utopías concretas»; y, por otra parte, los expertos «altermundialistas», cuyos análisis y propuestas, inscritos en la perspectiva improbable de un retorno al Estado-providencia o de la puesta en marcha de una «Europa social», se situarían en la órbita de permitir la concretización de ese «otro mundo posible», olvidándose de precisar que éste consistiría en un mundo con un capitalismo diferente y no en un mundo sin capitalismo. Todos denuncian las políticas neoliberales de los gobiernos de derecha e incluso de los de izquierda, pero sin cuestionar las relaciones de producción capitalistas. Esto se corresponde a la perfección con los enfoques reformadores —y no reformistas— de los representantes más lúcidos de la burguesía y los políticos neopequeñoburgueses, en quienes a menudo se delega la gestión local y espacial de las nuevas contradicciones sociales.

Por lo que se refiere a las críticas prácticas en materia territorial, ya hace algún tiempo que son bastante escasas. La razón es que las «luchas urbanas» extrainstitucionales, y por tanto ilegales, que dirigía la neopequeñaburguesía, han desaparecido casi por completo con la integración política de sus líderes a escala nacional o regional, municipal y comunal, en el marco de la descentralización de las responsabilidades administrativas a favor de las colectividades locales. Al acometer la vida asociativa, las estructuras de democracia participativa, es decir, los consejos municipa-

les, los militantes ecologistas, trotskistas y «altermundialistas» han adoptado e interiorizado una visión «ciudadanista» o, lo que es igual, estatalista de la politización de las cuestiones urbanas, que las vacía de su contenido de clase.

En consecuencia, la resistencia a la urbanización capitalista, cuando subsiste, toma un cariz puntual y defensivo, sin visión de conjunto ni de alternativa como, por ejemplo, en el caso de la oposición a la reventa de inmuebles o grupos de inmuebles por los promotores o fondos de pensión extranjeros con fines especulativos. Este tipo de operaciones obliga a los habitantes con menos recursos financieros para adquirir sus viviendas a precios elevados a tener que abandonarlas. Aunque se han creado «colectivos» de inquilinos, sus reivindicaciones, en lugar de cuestionar la propiedad privada de las viviendas, se limitan a criticar el mal uso que se hace de ellas y a pedir a los políticos que emitan leyes que los protejan. Algo que, dada la relación actual de fuerzas, favorable al capital financiero, no conduce a nada. Sin salir del terreno de la vivienda, hay una sola organización, denominada «Derecho a la vivienda» (DAL), que milita activamente para que este derecho sea algo más que un principio institucional, manifestándose por las calles y ocupando viviendas u oficinas vacías, lo que obliga a las autoridades a la represión, a alojar o realojar a los demandantes de vivienda, o a aplicar una ley de requisa de las viviendas vacías en caso de urgencia. Pero este activismo no se acompaña de una reflexión en profundidad sobre la «cuestión de la vivienda» ni sobre su articulación con la cuestión social, a pesar de que el problema nunca ha sido tan acuciante.

Lo mismo se puede decir de otros aspectos de la urbanización capitalista, como la denominada «política de la ciudad». Las asociaciones de jóvenes residentes que se han constituido en los barrios de vivienda social, clasificados como «zonas urbanas sensibles», le reprochan ingenuamente el haber intentado «reducir la conflictividad social» en los «suburbios» —en realidad, el verdadero fin de esta política—, en lugar de asegurar «la cohesión social y territo-

rial» —que era el objetivo anunciado—. Además, no se percatan del carácter a la vez poco realista y mistificador de dicha ambición, en un contexto en que el destino de los ciudadanos precarizados y empobrecidos es la marginalización urbana, es decir, ser relegados.

Para todo aquel que quiera conocer los límites ideológicos precisos de la investigación urbana en Francia «en el alba del siglo XXI», la obra mencionada al principio de este prólogo constituye su mejor corpus²⁹. Destinada supuestamente a compilar las «contribuciones sintéticas de los mejores especialistas franceses», no incluye más que buenos propósitos expresados en forma de perogrulladas, sobre todo en muchos párrafos conclusivos. Un ejemplo: «A escala mundial, si la humanidad puede dar cobijo a los suyos, debe hacerlo. Puede aceptar el desafío. A condición de reconocerlo como tal»³⁰. En algunos investigadores este buen propósito se ha hecho realidad, al precio de una sólida contraverdad. Y ya puestos, termina con una perorata final glorificando el «modelo europeo» de la «ciudad compacta» que, «una vez derribados todos los muros, escoge libremente el vivir-juntos en el espacio público y ahuyenta los demonios de la exclusión»³¹. El autor, un geógrafo de renombre, empezó su carrera con el carné del Partido Comunista Francés en el bolsillo, denunciando por todos los medios la influencia del imperialismo americano sobre el destino de los pueblos. Veinte años después, se felicitará por «la reconciliación parcial entre dos grupos antaño enfrentados, la burguesía con dinero y los intelectuales», que trabajarán en común en adelante, contribuyendo a la globalización, a esa tarea fabulosa que es «hacer del mundo una Ciudad»³². Es evidente que este trotamundos de la ciudadanía mundiali-

zada no se ha percatado, en el transcurso de sus peregrinaciones subvencionadas, de la proliferación de cámaras de videovigilancia, de la intensificación de la presencia policial y del desarrollo de facto de un apartheid urbano. ¡Pero está claro que no se trata de «mutaciones» específicas de «la Europa de las ciudades»!

Para apoyar estos pronósticos sobre el devenir de «la civilización urbana a escala planetaria», un sociólogo —antiguo experto en problemas urbanos, miembro también de un PCF todavía estalinizado y que en la actualidad oficia, entre otras cosas, como consejero científico a la cabeza del Institute de la Ville en Mouvement (Instituto de la Ciudad en Movimiento), fundación de la firma Peugeot— se sirve de las grandes palabras que tanto gustan a los profetas del presente: «*problemática decisiva*», «*desafíos mayores*», «*aumento de los riesgos*»³³. Eso le evita tener que llamar a las cosas por su nombre y recordar lo que no hace tanto tiempo profesaba. Hace una treintena de años, él mismo planteaba cuestiones que todavía hoy podrían resultar molestas: «¿Cuáles son las relaciones entre la urbanización y la explotación? Es decir, ¿en qué medida y cómo contribuye la ciudad a la extorsión, la apropiación y la realización de la plusvalía?»³⁴. Pero la «*modernidad avanzada*» ha sustituido, por lo menos en los textos, al «*capitalismo monopolista de Estado*», y Marx y Althusser desaparecen a favor de Ulrich Beck y Anthony Giddens, dos maestros del pensamiento «social-liberal», cada vez menos social y más liberal. Sociólogos que, a fuerza de ser recibidos en los gabinetes gubernamentales o en los cenáculos patronales, han terminado por «olvidarse» de «*reintroducir las relaciones sociales*» que «*la economía burguesa*» trata de evacuar a toda costa³⁵.

29. *La Ville et l'urbain, l'état des savoirs*, ob. cit.

30. Gustave MaMassiah, «Le débat international sur la ville et le logement après Habitat 2», en *La ville et l'urbain...*, ob. cit.

31. Jacques Lévy, «La France urbaine dans l'Europe des villes», ob. cit.

32. Jacques Lévy, *Le Monde pour Cité*, Hachette, 1996.

33. François Ascher, «Quelle civilisation urbaine à l'échelle planétaire?», ob. cit.

34. François Ascher, «Quelques critiques de l'«économie urbaine»», *Espaces et Sociétés*, n.º 4, diciembre de 1971.

35. *Ibid.*

Que la actual toma de posiciones en el campo científico de los investigadores que antaño se mostraban entusiastas de la «contestación» pueda tener algo que ver con la posición que lograron ocupar en el espacio social, es un secreto a voces. Y ello sin necesidad de referirse a Pierre Bourdieu, acusado de «no comprender nada respecto a la emergencia de terrenos de investigación como el de la ciudad», por su rechazo sectario a la pérdida de autonomía del campo científico respecto a las presiones de los gobernantes³⁶. La acusación no deja de tener su gracia, viniendo de un *apparatchik* de la investigación urbana que también se hizo conocido hace algunos años por su defensa de un «materialismo dialéctico» condimentado con un marxismo de corte estructuralista, que ponía al descubierto el «universo totalitario» de un sistema urbano sometido a la «lógica implacable» de las grandes empresas, que actuaban en connivencia con el Estado³⁷.

¿Cómo es posible evitar la tentación de establecer un vínculo entre la trayectoria intelectual de muchos investigadores y su trayectoria profesional para resituarlos en la trayectoria social que les da sentido, es decir, la de su pertenencia de clase? Pero da la casualidad de que se trata del tipo de tentación que, en los medios reformateados de la investigación en ciencias sociales, no huele precisamente a santidad. El imprudente —o el impúdico— que cede a ella se verá inmediatamente acusado de pecar de «sociologismo marxizante», pecado capital, ya que hoy día hablar de la cuerda en casa del ahorcado se considera una blasfemia.

En la actualidad, lo que más repugna a los investigadores es reconocer que las condiciones sociales de ejercicio de la actividad de investigación puedan tener efecto sobre el desarrollo del proyecto de conocimiento del que son portado-

res. Cualquier tentativa de objetivación sociológica de sus posicionamientos teóricos es considerada un ataque intolerable a su autoproclamada independencia, un verdadero crimen de lesa majestad científica, como si gozaran de un derecho divino de extraterritorialidad ideológica. ¿Acaso la «distancia» y el «distanciamiento» que éstos se complacen en preconizar en el examen de los hechos y en su representación no debería aplicarse también a los «examinadores»?

La «ciudad científica» no se encuentra, ni mucho menos, en otro planeta, del mismo modo que los seres que la habitan tampoco son extraterrestres, aun cuando el elitismo exacerbado que caracteriza sus prácticas y sus representaciones pudiera hacer pensar lo contrario. ¿Sería dar pruebas de «populismo», en este sentido, comparar el archipiélago de los campus universitarios, los centros de investigación y los palacios de congresos entre los que se mueven estos capitalistas del saber, con un gueto de privilegiados, hoy en día mundializado, que los ha desconectado completamente de las preocupaciones y las aspiraciones populares? Esto significa, salvo que imaginemos que las «rupturas epistemológicas» —apelación pomposa que se da a ciertos productos derivados del giro ideológico operado en el mundo intelectual francés hacia finales del siglo pasado— se producen en el espacio etéreo de las ideas puras, que la exclusión de la que es objeto desde hace ya algunos años la crítica radical del orden establecido no ha caído del cielo. Si en pocos años las ciencias sociales han pasado de una «filosofía de la sospecha» a otra que se ha dado en llamar «del consentimiento», no lo han hecho —por los motivos evocados más arriba— en virtud de no se sabe qué dinámica autónoma y reflexiva propia del universo científico, en el que la sucesión de paradigmas sería el resultado de un movimiento autocentrado de orden puramente intelectual.

Una cosa es tratar de explicar la lógica interna de la evolución del saber, como hace la epistemología histórica; y otra cosa muy diferente es poner entre paréntesis sus condicionantes «exteriores». Los «grandes interrogantes de una

36. Francis Godard, «La ville, recherches transversales», en *La Ville et l'urbain...*, *ob. cit.*

37. Manuel Castells, Francis Godard, *Monopolville*, Mouton, París-La Haya, 1974.

época» que, hoy como ayer, atraviesan la investigación urbana, llevan la impronta de las condiciones sociohistóricas que los suscitaron.

Más allá de la diversidad de caracteres y de estilos de las diferentes personalidades, los virajes, las renunciadas y las adhesiones que han jalonado el retorno de los intelectuales «contestatarios» —muy presentes, como todo el mundo sabe, en la investigación urbana del último cuarto de siglo—, al amparo de una «democracia» que antaño habían calificado de «formal», encuentran en el proceso resumido anteriormente su explicación.

La actitud más extendida consiste en hacer como si no existiera aquello sobre lo que el decoro y la prudencia aconsejan no hablar. Es así como un sociólogo, que tras haber flirteado con el trotskismo se puso directamente al servicio de los poderosos jugando el rol de experto ora en «terrorismo» ora en «violencia urbana», se extasiaba ante «*el tornasol multicultural de las poblaciones urbanas*» en la «aldea global»³⁸, sin preocuparse lo más mínimo por las terribles condiciones de vida de los más pobres. Diez años después, este encanto había cedido su lugar al despecho y la indignación ante el brillo de los coches incendiados por los nuevos bárbaros en los «suburbios».

Otros «observadores», encargados de iluminar a los «que toman las decisiones» en relación a las «disfunciones» de nuestra sociedad y sugerirles modos de «regulación» —a falta de soluciones— para neutralizar los efectos, optaron por el eufemismo. Esta vía conducirá, por ejemplo, a un politólogo, que había jugado un papel ideológico activo a cuenta del Ministerio del Interior en la promoción de la ideología de la seguridad como un valor «de izquierda», a bautizar como «*coproducción de seguridad*» la colaboración de los habitantes con la policía para terminar con una

juventud reacia al salariado precario. Y, por si fuera poco, a presentar esta connivencia como un paso adelante en la «consecución de una democracia local más consensual»³⁹.

¡Y los ejemplos son infinitos! A estas alturas ya se habrá entendido que cuando los investigadores, que por otra parte se adhieren sin ningún tipo de vergüenza a los poderes de turno, hablan del «estado de los saberes» sobre lo urbano, en realidad se refieren a los saberes de Estado. Y que no quieren saber nada de la dominación multiforme de un capitalismo al que nada escapa, del mismo modo que no les interesa la cuestión social, que prefieren travestir en «problemas urbanos». Es por todo ello que si en el futuro se desarrolla una crítica radical sobre *la primera* y una solución revolucionaria en cuanto a *la segunda*, se hará sin ellos. Y, sin lugar a dudas, contra ellos.

38. Michel Wieviorka, *Une société fragmentée? Le multiculturalisme en débat*, La Découverte, París, 1996.

39. Sophie Body-Gendrot, «Sécurité et insécurité dans la ville», *La ville et l'urbain...*, *ob. cit.*

La democracia local frente al globalitarismo¹

«Es probable que todos los gobiernos del mundo sean más o menos totalitarios [...]. Desde luego, no hay razón alguna para que los nuevos totalitarismos se parezcan a los antiguos.»

Aldous Huxley, *Un mundo feliz*

Muchos autores ya han subrayado el vínculo entre globalización capitalista —mundialización de los mercados, dominio de las firmas y conglomerados transnacionales, ahora con la colaboración de las instituciones supranacionales, desregulación y desreglamentación neoliberales— y la creciente dificultad para los Estados nacionales de definir y poner en marcha en su territorio políticas económicas coherentes y eficaces y, de manera más amplia, mantener su papel de marco de referencia social y cultural de primera instancia de cara a la ciudadanía.

En materia de inversiones, empleo, educación, sanidad, información y ocio, muchas de las decisiones esenciales las toman día a día estados mayores o cenáculos privados que reducen a nada la soberanía popular en la que supuestamente se basan nuestros regímenes «democráticos». Obligando a los Estados nacionales a desarrollar políticas conformes a los intereses planetarios de los grupos financieros e industriales, en particular por medio de las consignas promulgadas

1. Texto publicado originalmente bajo el título «La démocratie locale face au globalitarisme», en *La Ville et les pouvoirs*, Édition Artemis, Perpignan, 2000.

por los organismos internacionales (flexibilidad, reducción de los costes salariales, reducción del gasto público, «moderación» de la protección social...), la lógica globalitaria «subordina los derechos sociales de la ciudadanía a la racionalidad competitiva»². Al permitir así a los «mercados» —es decir, a las fuerzas sociales vinculadas a su expansión— orientar la totalidad de las actividades de las sociedades dominadas, se está a punto de someter al conjunto de los países a un nuevo tipo de totalitarismo: el globalitarismo.

En el seno de cada país, la integración económica en el mercado mundializado va de la mano de la desintegración social. En efecto, *la globalización no engloba a todo el mundo*, ya que no capta ni valoriza en sus redes los espacios sociales en su integridad, sino sólo fragmentos de éstos. Económicamente, incluirá tal sector, tal rama, tal tipo de industria o de servicio, tal empresa, descartando simultáneamente todas aquellas actividades cuya «rentabilidad» sea insuficiente. Geográficamente, la globalización integrará este continente, aquel país, aquella región, aquella aglomeración urbana, aquella otra zona rural, abandonando los espacios juzgados «no interesantes». Sociológicamente, integrará una u otra capa de población —según diferentes modalidades—, condenando a una masa de individuos considerados poco útiles o incluso inútiles a la precarización, la pauperización y la marginación³.

Escapando al control de los Estados que, por el contrario, deben plegarse a sus «leyes», la globalización no sólo

2. Ignacio Ramonet, «Régimes globalitaires», *Le Monde Diplomatique*, enero de 1997.

3. Hablar de «dualización» a este respecto es incorrecto. El neologismo «trialización» nos parece más adecuado ya que la población tiende a repartirse en tres grandes categorías: los activos, que ocupan empleos cualificados, estables y bien remunerados; aquellos que poseen empleos poco cualificados, a menudo precarios y mal pagados, pero indispensables para el funcionamiento de las ciudades globalizadas; y un tercer grupo, compuesto por gente «inempleable» cuya supervivencia está asegurada por lo que queda de Estado de bienestar y, cada vez más, por la economía «informal».

implica la acentuación de las desigualdades y, para las capas populares, una degradación continua de sus condiciones de vida. Esta verdadera dictadura de lo económico sobre lo político también vacía de sustancia a la democracia, ya que si los hombres —o las mujeres— de Estado deben limitarse a «administrar» lo que los «mercados» decidan, ¿qué queda de la soberanía que el pueblo supuestamente debe ejercer, aunque no sea más que por mediación de representantes?

Como consecuencia de ello se producen dos fenómenos que, si se prolongasen o acentuasen, a la larga podrían llegar a amenazar la reproducción misma de las relaciones de producción capitalistas: el debilitamiento de la «cohesión social» y la atonía del «espíritu democrático». Bajo estas denominaciones «políticamente correctas» pero científicamente discutibles se perfilan dos peligros muy reales para las clases dominantes.

Por una parte, la supuesta unidad de una sociedad más dividida que nunca, ahora se ve minada, ya no por los antagonismos de clase tradicionales, con los riesgos de «explosión» que durante mucho tiempo les fueron atribuidos, sino por un insidioso proceso de disgregación social cuyo horizonte sería más bien del orden de la *implosión*. Los enfrentamientos colectivos en que los adversarios estaban definidos y los objetivos trazados, ciertamente parecen pertenecer a una época pasada. Han surgido divisiones de características inéditas allí donde las desigualdades cada vez más acentuadas que separan a los individuos o a los grupos parecen crear entre ellos una especie de tierra de nadie, que los aísla en universos no sólo distintos sino distantes. A la interdependencia y la complementariedad que predominaba en el pasado entre personas que pertenecían, en última instancia, a una misma «sociedad de semejantes», por muy conflictivas que éstas fuesen, les sucede una disociación y una segmentación generalizadas —algunos hablan incluso de «desocialización»—.

La «lucha de todos contra todos» y de «cada uno para sí mismo», exacerbada por la «guerra económica», no sólo ha

hecho volar en pedazos las solidaridades surgidas en el ámbito del trabajo. Todo lo que era portador de sentido colectivo se ve, a su vez, arrastrado al desastre: servicios públicos, sistema de protección social, escuela, iglesias, partidos, sindicatos... A diferencia de una confrontación abierta entre fuerzas sociales con contornos y objetivos claramente delimitados, esta descomposición lenta, cuyos estallidos esporádicos de «violencia urbana», atomizados y anómicos, no son más que los síntomas espectaculares, podría conducir finalmente a una dislocación de la sociedad y comportar, en consecuencia, un desmoronamiento local del sistema capitalista que arraiga en ella.

Por otra parte, pero en relación con lo anterior, la interminable sucesión de «alternancias» políticas sin alternativas sociales desacreditan la democracia representativa a ojos de los ciudadanos. Muchos pierden la confianza en los gobernantes, sean quienes sean, y se desinteresan de la cuestión pública. En su mayoría, las víctimas de la globalización capitalista se han refugiado en un repliegue desencantado o en un rencor cargado de resentimiento. En el momento de las elecciones, los unos no votan mientras que los otros votan «mal», es decir, a la extrema derecha. Pero el abatimiento y la pasividad que han prevalecido hasta hoy entre los dominados no deben engañarnos.

El desaliento y la resignación podrían dar paso, de nuevo, a la cólera y la revuelta. Pero faltas de programas, de proyectos y de ideales alternativos, éstas también podrían revestir formas aberrantes, cuya peligrosidad se ha demostrado tanto en el pasado como en la actualidad más reciente. Entre los más jóvenes, la impresión de vegetar en una sociedad profundamente injusta, y a la vez irreformable, se transforma a menudo en un odio y una rabia que, como «carecen de objeto», provocan que su blanco puede llegar a ser cualquier cosa —o cualquier persona—. Privados a partir de ahora de cualquier esperanza de ver su situación mejorar, muchos «perdedores» podrían, a la larga, verse abocados a expresar su rechazo bajo formas «apolíticas» o «infrapolíti-

cas», que también son fuertemente desestabilizadoras para el orden social (deserción cívica, extremismo de derechas, integrismo religioso, delincuencia, motines, terrorismo) y que, como respuesta, sólo generan una represión cuya eficacia es cada día más dudosa.

Ante estos dos peligros, algunos estrategas de las esferas dirigentes francesas, aconsejados por una multitud de expertos en «ingeniería social», apuestan por el redesarrollo de la «democracia local» para matar dos pájaros de un tiro. Al menos eso es lo que se desprende del «proyecto mayor» que, si creemos a un investigador que resume su contenido, inspiraría en adelante los saberes y los modos de acción sobre la ciudad en Francia: «Realizar, gracias a la comunidad local reconstruida, la integración social en un orden democrático en progreso, que implique la movilización consciente de actores sociales»⁴. A través de esta formulación «erudita», en la que la pretensión científica se aviene bien con la ambición apologetica, como se ha convertido en costumbre en la investigación urbana francesa, se perfila un doble objetivo.

Por un lado, remplazar el debilitamiento y desentendimiento del *welfare state* a nivel central por una gestión descentralizada (región, aglomeración, municipio, barrio) de la marginación de masas, y contrarrestar así la tendencia a la fragmentación social mediante una reintegración de los «excluidos» en una «colectividad local». Por el otro lado, la «autogestión local», es decir, en realidad, la subcontratación territorial de la dominación por la fracción dominante de las clases dominadas (las elites políticas y la tecnoburocracia municipales o regionales, procedentes en su mayoría de la pequeña burguesía intelectual) creará la ilusión —reforzada de forma importante por su recurso a todos los procedimientos a su alcance de mediatización de la «partici-

4. J.-P. Gaudin, «Le gouvernement urbain» en *La ville*, Le Courrier du CNRS, verano de 1994.

pación» y «concertación» con los habitantes— de una reappropriación por parte de los habitantes de la ciudad-ciudadanos de los asuntos de la ciudad.

Pero esta «localización» de la democracia como remedio frente a la desunión social y a la deserción cívica nos deja, de todas formas, un poco perplejos. Claro que se puede soñar con reconstruir a nivel local aquello que lo global no cesa de destruir a nivel nacional, es decir, entre otros, la solidaridad y la ciudadanía. Pero eso sería como imaginar que se puede sustraer un espacio social cualquiera a la influencia del globalitarismo sin tener que enfrentarse a él.

¿Hacia una localdemocracia?

De tomar al pie de la letra las denominaciones más o menos registradas que sirven para caracterizar a los gobiernos o partidos en el poder en la Europa de este fin de siglo, se tiene la impresión de que la socialdemocracia atraviesa un nuevo período de fastos. Contando con las recientes victorias electorales de una izquierda moderada en Italia, luego en Gran Bretaña y en Francia, y esperando —quizás— que en breve en Alemania, ciertos augurios particularmente optimistas ya han extraído la siguiente conclusión: «Por toda Europa, el capitalismo neoliberal que ha triunfado desde principios de los años setenta se halla bajo presión»⁵. ¡Sin duda esta «presión» es la que hace subir las cotizaciones de las diferentes bolsas del planeta tras cada victoria de la izquierda institucional!

Huelga decir que la llegada al poder de coaliciones de izquierda «responsables», «razonables» y «respetables» no representa amenaza alguna para el reino del neoliberalismo. ¡Todo lo contrario! No hará sino consolidarlo, comple-

tando una evolución en marcha que se inició, precisamente, a principios de los setenta, a saber, la *conversión de la socialdemocracia en localdemocracia*, metamorfosis que, bien considerada, confiere al liberalismo de este fin de siglo su verdadera novedad.

Los «grandes principios» que se enarbolaron para legitimar su regreso triunfal no tienen por sí mismos, de hecho, nada de novedoso: no hacen más que restablecer el credo secular para más gloria del mercado libre autorregulado. En esencia, la visión neoliberal se limita a «actualizar», es decir, a adaptar a la fase actual de desarrollo del capitalismo, racionalizaciones económicas cuyos fundamentos ideológicos se confunden con los presupuestos más clásicos del pensamiento conservador. La globalización simplemente ha desterritorializado «el imperativo de competitividad», pues la competencia, ahora mundial, ya no se inscribe de ahora en adelante en un espacio política y socialmente definido. Pero, por el contrario, no ocurre lo mismo con la gestión de las consecuencias sociales de esta mutación económica que, hoy más que nunca, requiere un espacio social y políticamente definido. No obstante, es lo local lo que cada vez más va a tener que tomar el relevo del Estado central como marco de referencia y de acción. Y esto en la medida en que, como vamos a ver, «lo social» en sí mismo ha dejado de ser lo que era. Ahora bien, para estar en línea con este «nuevo social», la socialdemocracia tendrá que renovarse a sí misma. De ahí su transformación progresiva —si no progresista— en una *neosocialdemocracia*. Estrechamente asociada al reino nuevamente incontestado del liberalismo, ¡quizás le permita a este último merecer plenamente su prefijo «neo»!

El reino del Estado-«providencia», que estábamos acostumbrados a asociar con la preponderancia socialdemócrata en la escena política, ya parece que pertenece desde hace mucho tiempo al pasado. Hasta mediados de los años setenta, la presencia en las altas instancias del Estado, en los países occidentales, de formaciones políticas consideradas «de izquierda» había contribuido con fuerza a transformar el

5. Arthur Mitzman, «Principes économiques et sociaux d'une nouvelle économie européenne» *Recherches* n.º 9, 1er semestre de 1997.

Estado liberal en un Estado social. Pleno empleo, aumento del nivel de vida, ampliación de los derechos y garantías, multiplicación de la seguridad y de la protección, nuevas oportunidades de ascenso profesional...: las capas populares y, en particular, la clase obrera, parecían inmersas en un irresistible movimiento de promoción. Pero la promoción no es, de modo alguno, la emancipación.

La «integración» de los proletarios iba de la mano del mantenimiento de su dependencia. Sólo hacía falta que desaparecieran las circunstancias históricas particulares (voluntad ofensiva de los trabajadores, peso de la URSS, crisis económica y guerras mundiales, obligación para los empresarios de encontrar salida a sus productos...) que habían conducido al compromiso sobre el que se había fundado el Estado-providencia para que la integración en la dependencia diera paso a la dependencia sin integración (bautizada como «exclusión»). De hecho, el compromiso trabajo-capital sólo era aceptable para las clases dominantes en la medida en que favorecía el acoplamiento entre la producción y el consumo de masas en el seno de cada país. Con la mundialización, la estrategia de acumulación del capital se libera poco a poco de las trabas nacionales.

La época en que el Estado-providencia podía ser el instrumento de una redistribución parcial de los «frutos del crecimiento» —las ganancias de productividad—, en beneficio de los trabajadores y sus familias, se acabó definitivamente. En la carrera sin fin hacia la rentabilidad en que están enzarzadas las compañías en el plano mundial para «la conquista de porciones de mercado» —la famosa «guerra económica»—, las concesiones que se habían hecho anteriormente al proletariado se convierten en desventajas. En la medida en que el frágil equilibrio entre capital y trabajo no significaba una disolución de los antagonismos sociales sino una regulación provisional de su dinámica, no hay por qué extrañarse de que la burguesía, aprovechando el reflujó del movimiento obrero, haya retomado la ofensiva. En resúmenes cuentas, no hay «guerra económica» entre capitalis-

tas sin reanudación de la guerra social contra el proletariado, en esta ocasión, por iniciativa de los primeros.

Desde entonces, la presencia más o menos prolongada en el poder de «laboristas», «socialistas» o «socialdemócratas» no ha detenido la progresiva erosión del rol «benefactor» del Estado, como lo demuestran la desindexación de los salarios, el desmantelamiento de la protección social, el impulso de operaciones de concentración de capital —con «recortes» de personal, es decir, despidos— o la apertura de las empresas estatales al capital privado..., cuando no son pura y simplemente privatizadas. Incluso ocurre que, bajo el pretexto de la «modernización», la izquierda en el poder acelera el proceso y la derecha le cede encantada la tarea de realizar el «trabajo sucio» para evitar los desórdenes sociales: «modernización» de la economía ayer, sumisión obligatoria a los «criterios de convergencia» hoy. De modo que se pueden producir «alternancias» en el núcleo duro del Estado, ya que no representan un obstáculo para la aplicación de las políticas de «rigor» o de «austeridad», de desreglamentación, de flexibilización y de reestructuración. Es por ello que, al igual que sus homólogos abiertamente «liberales», los gobiernos socialdemócratas o similares ya no logran combatir con eficacia el paro y la pobreza.

«Se debe escoger entre la confianza del mercado y la confianza del pueblo. La política que trata de mantener la confianza de los mercados, pierde la del pueblo»⁶. Colaborar o resistir, ésta es, en otros términos, la principal elección que debería haber dividido a la izquierda y la derecha frente a la verdadera «guerra de clase», llevada a cabo por iniciativa de la burguesía a escala mundial desde los años setenta para cuestionar los derechos conquistados por los trabajadores durante las décadas precedentes⁷. La «convergencia» no es

6. Pierre Bourdieu, «L'architecte de l'euro passe aux aveux», *Le Monde Diplomatique*, septiembre de 1997.

7. Noam Chomsky, *Class warfare*, Common Courage Press, Monroe, 1996.

sólo de orden económico, también es política, como testimonio, en Europa, el consenso intergubernamental en torno al Tratado de Maastricht, el Pacto de Estabilidad y la implantación del euro.

Por esta razón, conviene desconfiar de ciertas interpretaciones simplistas y maniqueas que oponen el Estado al mercado. Como en la fase histórica de la institución de una economía de mercado en el siglo XIX, sobre todo en Inglaterra, «son siempre las autoridades políticas las que crean las condiciones de la autorregulación por el mercado, procediendo a su propia evicción de la esfera económica»⁸. Sólo ha cambiado la escala en la que se produce esta dimisión voluntaria. Son algunos gobiernos y no «mercados» —que tienden a convertirse de nuevo en los «apoderados», en esta ocasión a nivel planetario— los que, a partir de la reunión del G7 en Lille, en abril de 1996, acordaron unas «conclusiones» que iban todas en el sentido de la lógica globalitaria: refuerzo del «papel esencial» del sector privado; «promoción del espíritu de empresa y de la inversión tanto en el hombre como en el capital» [*sic*], continuación de la liberalización del mercado exterior, disminución de las cargas sociales en los países europeos... Las zonas de libre intercambio como la ALENA, el MERCOSUR, la APEC y la AFTA y, sin duda, la Unión Europea, aparecen pues como creaciones políticas en las que están implicados varios Estados-nación, sobre la base de unas convenciones que nada tienen que ver con la espontaneidad del mercado. «En definitiva, no es lo económico lo que se independiza, sino más bien el Estado el que otorga su emancipación a lo económico y su autonomía a los mercados»⁹.

Frente a los imperativos de la globalización, el «capitalismo social» ya no tiene cabida, aunque eso no significa que

los poderes públicos se desinteresen de la cuestión social, y menos aún ahora que se plantea en términos nuevos con una agudeza temible. Este hecho ha conducido a izquierda y derecha a converger igualmente en un segundo punto, complementario del primero: «localizar lo social», es decir, *confiar a las instancias locales del Estado la misión de «gestionar» las consecuencias sociales de la globalización económica.*

Numerosos autores han señalado que la polarización socioespacial generada por la globalización hace crecer fuertemente las desigualdades hasta el punto de amenazar a la sociedad con la desagregación. Aunque a la mayoría de los que sacan provecho de la mundialización capitalista esta perspectiva de dislocación les importe poco, no ocurre lo mismo con los más lúcidos de ellos ni, sobre todo, con quienes tienen a su cargo la defensa a largo plazo del orden establecido. Testimonio de ello son los innumerables discursos consagrados al mantenimiento de la «cohesión social». El recurso a este «concepto» sociológico no se puede explicar sólo por la voluntad de camuflar con un lenguaje seudocientífico la trivialidad de un imperativo más político que secular: preservar el orden social contra las divisiones, las tensiones y los conflictos que minan sus fundamentos. Antes, se hablaba sobre todo de garantizar la «paz social» o de «salvaguardar la unidad nacional», pero el espectro que se les aparece hoy a ciertas esferas de la clase dirigente y la pequeña burguesía intelectual adscrita a ésta, de ahora en adelante, ya no es la revolución. Una nueva obsesión ocupa su lugar: la desintegración.

El contraste, que no ha dejado de acentuarse, entre la expansión de nuevas capas sociales con rentas elevadas y el aumento masivo de la pauperización urbana, empieza a crear alarma entre los dirigentes políticos y sus consejeros, convencidos de que la coexistencia pacífica entre ricos y pobres durará poco. Sin duda, con el fracaso del «socialismo real», el declive del movimiento obrero y el descrédito

8. Michel Barillon, «L'homme et la nature dans la fabrique du diable», *Agone*, n.º 6, 1996.

9. *Ibid.*

—¿provisional?— de las utopías progresistas, los propietarios ya no tienen por qué temer un enfrentamiento con fuerzas populares, conscientes y organizadas, dotadas de un proyecto radical de transformación social. Además, los gobernantes tienen la suficiente confianza en sus sistemas represivos, continuamente reforzados y perfeccionados, como para tolerar la existencia de bolsas de pobreza a las que siempre se podrá aplicar, como último recurso, la estrategia urbanística y policial de la «contención» importada de Estados Unidos. Esta estrategia consiste en *confinar y contener a los nuevos bárbaros en el interior de zonas de relegación* en que se han convertido, con ayuda de la segregación que opera el dinero, los barrios de hábitat popular más degradados. Situados bajo una extrema vigilancia, se deja que en ellos los marginados se peleen entre sí o se autodestruyan mediante el consumo de drogas duras. Paralelamente, el autoencierro de las clases acomodadas en enclaves residenciales hiperprotegidos, a veces incluso cercados con alambre de espino y custodiados por policía privada, las sitúa de momento a salvo de esta «violencia urbana» invasora, que no es sino la emergencia a la superficie del aumento de la violencia económica y social del capitalismo globalizado, violencia que se consideraba reprimida.

Bajo este ángulo, un comentarista afirmaba con razón que «la cuestión social es más una preocupación de los ricos que un problema planteado por los pobres»¹⁰. Pero esto es así, precisamente, porque los primeros presienten que los dispositivos securitarios, tanto públicos como privados, no podrán mantener indefinidamente a raya el aumento de una delincuencia y de una criminalidad difusas, tanto más difíciles de neutralizar cuanto que sus manifestaciones son a menudo imprevisibles.

Cuando ya no hay nada que reivindicar ni que negociar, y se ha perdido toda esperanza de que la situación mejore, la violencia «gratuita» es el único lujo que pueden permitirse los desposeídos. Despojados hasta el punto de ser privados de ideales y de objetivos políticos, a los sin-poder no les queda más que un poder, el de desestabilizar el orden social librándose a actos destructivos e incluso autodestructivos: vandalismo, agresiones, motines, sabotajes, atentados... Por ello los poderosos, desde las alturas de los edificios de sus despachos, que simbolizan en el espacio urbano el lugar que ocupan en la jerarquía social, no pueden conformarse con contemplar, impasibles, la miseria del mundo que se va extendiendo a sus pies. Aunque ya no tienen por qué temer la violencia orientada de la lucha de clases, tienen motivos para temblar ante la *violencia errática de los desclasados*.

En la rivalidad encarnizada que enfrenta entre sí a los países o a las ciudades, tener la reputación de ser «poco seguro» constituye, de todos modos, una desventaja para los responsables que tienen a su cargo la administración de una ciudad o de una aglomeración. Para atraer a los inversores, los directivos, los investigadores o los ingenieros es muy importante el «clima general». Este clima forma parte, precisamente, de aquellos factores de competitividad calificados como «fuera de coste», porque competen a lo «relacional», lo «cultural» o lo «inmaterial», y cuya importancia para el desarrollo económico es supuestamente una prueba de la relatividad del dominio totalitario del mercado globalizado, aunque, por el contrario, no hace sino confirmarlo, como veremos más adelante. En otras palabras, a partir de un cierto umbral de desocialización, es decir, de dislocación y atomización del «cuerpo social», son las propias relaciones de producción las que corren el riesgo de verse afectadas. «Hay que prestar mucha atención, advertía un experto: una parte importante de nuestra productividad está ligada al capital social de que disponemos, a una serie de construcciones, de convenciones, de acuerdos sociales pacientemente elaborados a lo

10. Jacques Commaille, *Les nouveaux enjeux de la question sociale*, Hachette, 1997.

largo de los años. Demasiada exclusión podría minar progresivamente ese capital social»¹¹.

Pero ¿cómo preservar ese «capital social» en un momento en que el capital «económico», es decir, el capitalismo globalizado, cuestiona las formas de regulación social heredadas del período precedente? ¿Acaso no se oyen surgir de todas partes, y después de casi dos décadas, numerosas críticas contra la lentitud, la rigidez y el despilfarro que representa el Estado-providencia? ¿Acaso sus defensores no se lamentan, por su parte, de su inhibición y de su erosión? Sin embargo, eso es no captar la mutación radical que ha sufrido la forma estatal en la mayoría de países europeos y, sobre todo, en Francia. Esta transformación consiste en transferir a lo local la gestión de lo «social», ya que, contrariamente a lo que se suele decir, *estamos asistiendo en la actualidad a una descentralización del Estado social y no a su desmantelamiento*.

Esta evolución se había iniciado en los años setenta, pero la globalización la ha hecho más urgente. Ahora más que nunca, el Estado social debe pagar los platos rotos, es decir, reparar o prevenir los estragos provocados por la acumulación capitalista en detrimento de las clases populares. Pero una vez que los gobernantes, de todas las tendencias políticas, han dado luz verde a la «reestructuración» y la «flexibilidad», los platos rotos no sólo son más numerosos, isino que cada vez es más difícil volver a juntar sus pedazos!

La multiplicación de los «olvidados», «abandonados», «precarizados», «desafiliados» y otros «excluidos» ha terminado por provocar una hipertrofia del «sector social», es decir, una inflación de instituciones, de medidas, de procedimientos y de profesiones vinculadas al control de las poblaciones fragilizadas y marginadas, o amenazadas por la fragilización. No obstante, las instancias centrales del Estado ya no están en condiciones de asumir en solitario esta misión, tanto más cuanto que padecen simultáneamente la

presión de la nueva realidad que domina y debilita el Estado-nación, y que no es otra que la globalización. Para no ser ahogado, absorbido o engullido por la gestión de una sociedad civil en plena delincuencia, el centro estatal se ve obligado a descargar sobre su «periferia» —es decir, sobre sus áreas desconcentradas (servicios externos) o descentralizadas (colectividades locales)— una gran parte de las tareas de asistencia, de encuadramiento, de control e incluso de represión de las clases populares víctimas de la globalización. Dicho de otro modo, el Estado central, sobrecargado de «tareas sociales», ha de aligerarse de todas aquellas que puedan ser realizadas con el menor gasto y con la mayor eficacia por los niveles inferiores. En cualquier caso, la orientación y el impulso generales en materia de política social continúan siendo de su exclusiva competencia. En Francia los investigadores han forjado una nueva etiqueta «científica» para asegurar la promoción ideológica de esta nueva forma de dominación estatal: el «Estado animador». En otras palabras, el Estado central, en lugar de intentar controlar el todo —la totalidad de lo «social»— controlándolo directamente de forma burocrática, en adelante estará en condiciones, gracias a la delegación de algunas de sus competencias y responsabilidades, de controlar el todo sin tener que controlarlo todo¹².

Con variantes propias de las especificidades sociohistóricas de cada país, el liberalismo social de los unos y el socialliberalismo de los otros han conducido, de este modo, a la implantación de un modo de regulación descentralizado de las contradicciones nacidas de la desestructuración y de la reestructuración de las relaciones sociales capitalistas a escala mundial. En este sentido, los municipios y las regiones administradas por gobernantes políticos «progresistas», ya sean socialistas, socialdemócratas o comunistas, a

11. Anton Brender, entrevista, *Le Monde*, 6 de mayo de 1997.

12. Alain Bihry y Jean-Marie Heinrich, *La néo-social démocratie ou le capitalisme autogéré*, Le Sycomore, 1980.

menudo han jugado un rol pionero en Europa, como veremos más adelante; papel favorecido, efectivamente, por una larga tradición de «socialismo» o «comunismo municipal». «Un gobierno “de izquierdas” a nivel local para una mejor administración “de derechas” a nivel nacional», en efecto, ese parece ser el principio implícito que ha guiado el nuevo reparto de tareas entre lo central y lo local, hasta el punto que se puede calificar «de izquierdas» el *tratamiento territorial de la marginación de masas*, ya que en este caso el tratamiento no aspira a la curación.

Es cierto que los efectos de la restricción de las capacidades redistributivas del Estado social a nivel central se han atenuado con la transferencia de recursos hacia el nivel local. Pero eso no se podía producir según el principio de los vasos comunicantes, ya que las políticas de «rigor» y de «austeridad» aplicadas desde finales de los años setenta eran válidas para todo el Estado. De todas formas, el papel de las colectividades locales en la reducción de lo que en Francia se denominará la «fractura social» no se limita sólo a la distribución de ayudas y de prestaciones a los necesitados. Ni tampoco a la construcción de viviendas sociales y de equipamientos colectivos. En algunas ciudades afectadas por la desindustrialización existe un número considerable de empleos públicos o parapúblicos (administración municipal, sanidad, enseñanza, ámbito sociocultural, etc.). No es raro, por ejemplo, que en ciertas aglomeraciones afectadas por el cierre de fábricas, a causa de la deslocalización o de la quiebra, el mayor empleador sea el municipio junto con, a veces, el hospital. Esta tendencia se acentuó con la multiplicación de servicios y de equipamientos colectivos y, más recientemente, con la proliferación de «empleos de proximidad» destinados a asistir y, sobre todo —tal y como veremos más adelante—, a controlar a la población pauperizada. En la Francia de los años ochenta y noventa, el estancamiento o la disminución del empleo en el sector privado ha sido compensado así —de modo muy parcial— por la progresión de puestos de trabajo en el sector público local, en particular tras la des-

centralización, que ha supuesto un verdadero acicate para el reclutamiento de personal.

Una vez recordado esto, conviene volver sobre lo que hemos sugerido anteriormente, a saber, que el tratamiento dado a la «cuestión social», en tiempos de globalización, no aspira a resolver el problema del paro, de la pobreza y del «mal-vivir», sino únicamente a *regular su no-solución*. Y esto se debe a que, entretanto, también lo «social» ha cambiado de significado.

Ya no se trata, como en la época dorada de los «gloriosos treinta»¹³, de compensar la falta de dinero que padecían entonces ciertas capas sociales denominadas «desfavorecidas». Se las llamaba así porque se beneficiaban menos, o poco, del progreso social que para la mayoría de la población traía el desarrollo económico. Por el contrario, con el ascenso del globalitarismo, el crecimiento no impide la regresión social. Incluso se puede adelantar que una cosa implica la otra, como lo reconocen los propios responsables del World Economic Forum: «antes, mayores beneficios significaban más seguridad de trabajo y mejores salarios. La manera en que las compañías transnacionales deben operar en la economía global significa que hoy en día se ha convertido en rutina que las compañías anuncien a un mismo tiempo un nuevo aumento de los beneficios y una nueva oleada de despidos»¹⁴. ¡Así que no hay que sorprenderse si el índice bursátil Dow Jones baja cuando se anuncia un descenso del paro!

Los gobernantes de izquierdas se han ido adhiriendo uno tras otro, y por las buenas o por las malas, a las virtudes de un capitalismo reestructurado a imagen del modelo anglosajón, es decir, centrado nuevamente sobre los mercados financieros y la satisfacción prioritaria de los accionis-

13. Período comprendido entre 1945 y 1975, caracterizado por un importante crecimiento económico en Francia (N. de la T.).

14. World Economic Forum, *The global Competitiveness*, Report, Ginebra, 1996.

tas. En estas condiciones, el desastre social no puede sino amplificarse todavía más en el futuro: aumento del paro y del subempleo, descenso de las remuneraciones —salvo en el caso de los cuadros superiores y directivos—, desestabilización profesional, caída de millones de individuos por debajo del umbral de la pobreza, incluyendo un gran número de trabajadores a jornada completa y con empleo estable, pero sobreexplotados por ser poco o nada cualificados (*working poors*). En estas condiciones, se comprende que, con el cambio de nivel, lo «social» haya modificado su naturaleza, como no podía ser de otra manera.

En todos los países en los que la socialdemocracia ha llegado al poder, ésta cada vez está menos capacitada para «pilotar» el sistema socioeconómico en un sentido favorable a los trabajadores. Como no puede instaurar o mantener un capitalismo social que asegure, como no hace mucho, el bienestar de las clases populares, también se ha visto impedida a revisar los criterios de lo «social» a la baja. Y lo «nuevo social», en lugar de ir de la mano de la recuperación, tendrá por función acompañar la regresión. *El «proyecto de sociedad» del que la izquierda se declara a veces todavía portadora ya no es el proyecto de otra sociedad, sino el de una gestión diferente de la sociedad.*

«Localizar lo social» no significa ahora tratar de realizar «desde abajo» una imposible (re)integración de aquellos a los que la globalización ha abandonado a su suerte en la sociedad considerada en su conjunto. Al contrario, tomando nota de esta imposibilidad, elevada al rango de fatalidad, se hará un esfuerzo por «gestionar» el paro o el seudempleo (por ejemplo, los TUC¹⁵, CES¹⁶, *emplois-villes*, *emplois-jeu-*

*nes*¹⁷, etc.), es decir, por *controlar sobre el terreno las turbulencias sociales* que esta situación no para de engendrar. Así, día tras día, las autoridades locales se afanan, en nombre del «desarrollo social urbano», en promover, suscitar o animar innumerables «actividades» susceptibles de «recrear el vínculo social» en las zonas de relegación. Una formulación en boga, entre muchas otras, que no engaña a nadie.

Con el pretexto de favorecer el aprendizaje de la solidaridad y de la civilidad entre gentes que no tienen nada que poner en común excepto su evicción social, lo que se pone en funcionamiento es, en definitiva, una nueva estrategia de confinamiento de los pobres. Una estrategia que les «invita a vivir entre ellos pacíficamente, para que las capas acomodadas puedan vivir su confort en intimidad, sin sentir la amenaza de ese afuera que son las poblaciones atrapadas, sin recursos, en el centro de las ciudades o en su periferia»¹⁸. Una interpretación como ésta puede parecer «exagerada», pero está extraída de un informe remitido al Comité de Desafíos de la Sociedad Moderna... ¡de la OTAN!

Por lo tanto, a la «nueva cuestión social» le corresponde también un nuevo tratamiento que, como afirmábamos anteriormente, no aspira a curar al enfermo —cosa que equivaldría a oponerse a la globalización capitalista—, sino a mantenerlo con vida artificialmente. Este tratamiento reviste múltiples facetas cuya descripción requeriría otro artículo¹⁹. Nos limitaremos aquí a enumerarlas: tratamiento económico («pequeños curros», neodomesticidad de los «empleos de proximidad», «empleo juvenil» de «mediación», es decir, de un control social en el que los controlados se convierten en controladores, etc.); tratamiento social (caritativo y asisten-

17. Planes específicos de ocupación juvenil en los barrios. (N. de la T.)

18. Jacques Donzelot y Marie-Christine Jaillet, «Europe, États-Unis, convergences et divergences des politiques d'insertion», *Esprit*, mayo de 1997.

19. Para un análisis más detallado, remitimos a nuestras obras: *Les Barbares dans la Cité*, Flammarion, 1996; *La Bourse ou la ville*, Éditions Paris Méditerranée, 1997.

cial); tratamiento espacial (urbanístico y arquitectónico); tratamiento cultural (artístico, lúdico o deportivo); tratamiento mediático (una mezcla de propaganda y publicidad), y tratamiento de choque represivo (judicial, policial, militar), como último recurso cuando los otros han fracasado.

En todos los casos, incluyendo el relacionado con la «seguridad», le corresponde en primer lugar al poder local asumir ese rol de protector de los débiles, aunque —como se verá más adelante— lo que se trata de «proteger», de «prevenir» y de «preservar» es menos una población «frágil», «vulnerable» o «en peligro», que una sociedad cuyo funcionamiento podría verse seriamente perturbado por la rebelión de los réprobos. Como señala uno de los expertos antes citado, «una solidaridad social lúcidamente asumida es un factor central de competitividad»²⁰. Dicho de otro modo, cuando el capitalismo se reconcilia llanamente, como quien dice, con el salvajismo de sus inicios, las instancias locales deben «socialdemocratizarse», por decirlo de algún modo, para dar a la barbarie resultante un aire civilizado. Pero ésa no es su única misión.

En el plano político, el declive del Estado-providencia se suma a las coacciones impuestas a los gobernantes por las fuerzas del mercado mundializado, para terminar de poner en entredicho la pertinencia del territorio nacional como espacio de la democracia. Dado el escepticismo que rodea aún hoy la emergencia de una ciudadanía europea, a pesar del activismo ideológico y el machaque mediático desplegados para asegurar su promoción entre la opinión pública, sigue siendo sobre los territorios infranacionales —regiones, ciudades— donde se puede trasladar la esperanza de un renacimiento y de una renovación del espíritu cívico. Una esperanza que corre el grave riesgo de verse defraudada.

20. Anton Brender, *ob. cit.*

La gobernanza contra la democracia

Frente al desencanto político, los discursos redundantes sobre la «ciudadanía local» funcionan como un verdadero exorcismo. De creer a los sociólogos, los politólogos o los antropólogos, encargados de proporcionar a estos discursos una garantía científica, el simple hecho de habitar el mismo «sitio» bastaría para «crear vínculo» entre individuos que, en adelante, podrán unirse en la búsqueda del «bien común» para lograr objetivos que les sobrepasan. Eso implica, no obstante, hacer abstracción de las condiciones sociohistóricas que impiden que la ciudadanía sea, para la mayor parte de la gente, algo más que una abstracción.

De hecho, lo que sirve a escala del territorio nacional se aplica también a nivel de la ciudad o de la región. Para una parte creciente de la población la pretendida universalidad de las normas cívicas participa de una verdadera estafa intelectual. «Para cada vez más individuos el respeto de los valores supondría disponer ya de derechos, o el respeto de las obligaciones del ciudadano entrañaría la posibilidad *material* de serlo»²¹. La dimisión de los poderes públicos, frente a los dictados del orden globalitario, los vuelve incapaces de asegurar al conjunto de los habitantes de un territorio cualquiera las condiciones y posiciones sociales que permitirían a cada uno actuar efectivamente como ciudadano. El civismo, tan celebrado hoy en Francia, exigido incluso por algunos individuos que llegan a negarse a tratar como conciudadanos de plenos derechos a los abstencionistas o a los votantes del Frente Nacional, es una noción vacía de cualquier significado concreto a los ojos de los individuos cuando se los libra sin defensa alguna a la «leyes de hierro» del mercado. «¿Cómo hablar de ciudadanía, de obligaciones cívicas, de reconocimiento de los valores fundamentales, a un individuo despojado de todo aquello que podría insti-

21. Jacques Commaille, *ob. cit.*

tuirlo *socialmente*?»²² ¿Qué significado puede tener la ciudadanía, local o no, por ejemplo, para el joven habitante de una periferia arrasada por las «reestructuraciones» y las «deslocalizaciones», miembro de una familia desestructurada a causa del paro y la pobreza, que ha crecido como una planta salvaje entre policías, camellos y educadores sociales, y que no tiene más perspectivas que conseguir un «trabajo» irrisorio subvencionado por las administraciones públicas? ¿Quién no ve la absoluta incompatibilidad entre la marginación social y la participación efectiva en una comunidad política?

Es cierto que la mayoría de los individuos a quienes se considera «integrados», económica y socialmente, tampoco hacen gala de una implicación real en los «asuntos de la ciudad», incluso en el sentido urbano del término. A semejanza de la ciudadanía nacional, la ciudadanía local se limita para la mayoría de los habitantes a la participación electoral en las elecciones municipales —o en algún referéndum organizado por iniciativa de las autoridades— y a la pertenencia identitaria a un territorio, el municipio. Hoy más que nunca, al ciudadano no se le considera como un miembro activo de una colectividad susceptible de autogobernarse.

Para no insistir en una cuestión que desborda el marco de lo aquí expuesto, conviene mencionar ahora uno de los vicios de la democracia representativa, tal y como funciona actualmente. Los poderes conjugados de los cargos cada vez más profesionalizados, de los tecnócratas y los burócratas, disuaden al individuo ordinario de intentar inmiscuirse en la elaboración de las decisiones que tienen una mayor influencia sobre su existencia cotidiana. Tan sólo dispone de capacidad de oposición y de proposición a través de asociaciones, comités y otros grupos de descontentos. Y ya se sabe cómo los responsables locales han instrumentalizado rápidamente esos «contrapoderes», sobre todo a través de la

institucionalización de su funcionamiento, el chantaje de las subvenciones y el ensalzamiento de sus líderes, que a menudo acaban por engrosar las listas de los consejos municipales.

Presentada como una clave de apertura para la «democracia de lo cotidiano», la proximidad espacial no modifica en absoluto las coordenadas del problema que plantea la distancia persistente entre gobernantes y gobernados: no hace más que desplazarlas, en el sentido geográfico de la palabra. En el marco de sus competencias, las elites políticas locales monopolizan las decisiones estratégicas —que son las que realmente orientan el futuro de la ciudad o la región— sin que la mayoría de la población tenga en realidad ni voz ni voto. Como mucho, se la «informa» en el marco de las «políticas de comunicación» municipales, que la mayoría de las veces oscilan entre la propaganda y la publicidad.

Rodeados de consejeros y de especialistas que a menudo proceden, como ellos, de la enseñanza superior, los únicos «socios» con los que los políticos locales aceptan dialogar, negociar, concertarse o asociarse, o sea, «cooperar», son los representantes de los diferentes ministerios e instituciones públicas o parapúblicas, las personalidades del mundo científico y cultural y, por supuesto, las «fuerzas vivas de la economía» (jefes de empresa, directores de sociedades, ejecutivos...). En cuanto a las asociaciones, los militantes y los voluntarios, sólo se contacta con ellos para que cumplan ciertas labores de mediación (organización, control, inculcación) que es preferible delegar a la base con el fin de circunscribir mejor las intervenciones, es decir, para «garantizar modos de actuación flexibles, que se ajusten a la singularidad de las situaciones»²³. Una «flexibilidad» que se impone, en particular, en todo lo relativo a la preservación del «vínculo social»: acción socioeducativa y asistencial, animación cultural, prevención de la delincuencia, etc. Pero,

22. *Ibid.*

23. *Ibid.*

por el contrario, la elección de las orientaciones a las que obedecen estas actividades de encuadramiento sigue incumbiendo, más que nunca, a las «instancias competentes», es decir, a las autoridades locales.

Nos habríamos equivocado de haber visto en la revalorización de lo local en relación a lo central el signo anunciador y prometedor, a la vez, de una verdadera democratización de la vida pública. La «movilización de los propios ciudadanos frente a la inseguridad», en concreto —haciendo uso de un eslogan oficial—, no aspira únicamente a sacarlos de su estado de sujetos pasivos para ayudarles a afirmarse como sujetos políticos, sino que participa de la nueva estrategia puesta en marcha por las autoridades, confrontadas a la *guerra social rampante* generada por el estado de «guerra económica» permanente en que el capitalismo ha hundido al mundo.

La «implicación ciudadana de cada uno» ha de permitir, en primer lugar, aliviar, como ya se ha dicho, el centro estatal e incluso las instancias municipales de un conjunto de presiones, de obligaciones y de deberes ligados a su compromiso con una política de bienestar. En un plano más específicamente político, esta «asunción por parte de los habitantes de los asuntos que les conciernen» no tiene como objetivo, evidentemente, «revitalizar la democracia», como les gusta repetir en las altas esferas. Las «iniciativas», «experiencias» y otras «innovaciones» que surgen desde la base y cuyo florecimiento se complacen en destacar, en la medida en que son tributarias de las disponibilidades y posibilidades *que se dan* en un marco institucional *determinado*, no son obra de sujetos libres y autónomos. El espacio, tanto social como físico, en el que estos ciudadanos modelados se mueven está marcado e incluso cuadrículado. Pero es precisamente ahí donde reside el subterfugio ideológico de la «democracia de lo cotidiano»: hacer creer a los recién llegados a la escena local que pueden llegar a ser «protagonistas de pleno derecho», para convertirlos a sus espaldas en agentes celosos al servicio de los fines del Estado.

Hay, por lo tanto, algo más que demagogia en esta invitación reiterada que se hace a todos, incluso a los más desfavorecidos, a que se comporten como «organizadores», «empresarios» o «portadores de proyectos». Bajo el pretexto de invitarles a transformarse en «ciudadanos responsables del bien común», lo que se busca en realidad es inyectar en su espíritu «preocupaciones de interés general», que no son otras que las que emanan de los diferentes escalafones del aparato de Estado. De ahí que se trate no tanto de «reactivar la sociedad civil» como de facilitar la instauración de una sociedad *cívica* en la que el poder ejecutivo, ejercido «sobre el terreno» por los políticos locales, habría conseguido, en cierta manera, obtener el máximo de reclutas.

Si existe «democracia local», su ejercicio efectivo permanece, a fin de cuentas, circunscrito a un marco muy estrecho, precisamente el de los «cuadros», más dados a discusiones tecnócratas entre «responsables», «expertos» y «gestores», que al debate democrático con el «vulgo». Contrariamente a las esperanzas o a las promesas, el «acercamiento» que la descentralización debería haber favorecido entre el poder y el ciudadano sólo ha sido espacial para la mayoría de estos últimos. En cuanto al distanciamiento social, no se ha reducido. De ahí el resurgimiento de un abismo entre el pueblo y sus representantes, precisamente en el espacio que debía prevenirlo, el de la proximidad espacial. Una «fractura cívica» que, de algún modo, viene a redoblar la «fractura social» y de donde, al mismo tiempo, surge la contradicción a la que la «gobernanza urbana» se enfrenta.

De creer las afirmaciones de los ideólogos encargados de promover en Francia este concepto, serviría para designar una forma a la vez renovada y reforzada de gobierno de las ciudades que no tendría ya nada que ver con la política «definida en términos de dominación legal y racional»²⁴.

24. Arnaldo Bagnasco y Patrick Le Galès, «Les villes européennes comme société et comme acteur», *Villes en Europe*, La Découverte, 1997.

Se trataría de elaborar «proyectos colectivos» y estrategias que permitieran a una ciudad afirmarse «frente a otras ciudades, al Estado, Europa y las fuerzas del mercado»²⁵. Sin embargo, sería un trabajo vano buscar la huella de las clases dominadas entre los «intereses», «grupos sociales» e «instituciones» coaligadas y movilizadas con este fin. Se las ha dejado, pura y simplemente, fuera de juego en tanto que *sujetos* de lo político (*politics*). Estos habitantes de la ciudad, obreros, empleados o parados, seguirán siendo, sobre todo, «administrados», concepto burocrático que confirma su estatus de *objetos* de una política (*policy*) que consiste en ayudarlos o/y controlarlos. Es cierto que la «participación» de los habitantes se evoca a menudo, pero sólo a título de electores o miembros de asociaciones que funcionan a la vez como coartada democrática, «buzón de sugerencias» y repetidores subalternos de la acción municipal.

Según sus componentes (políticos locales, cámaras de comercio, patronales, promotores, altos funcionarios de los servicios exteriores del Estado, responsables de organismos públicos o privados, etc.), el actor colectivo «ciudad» debería sobre todo estar predispuesto a privilegiar la «globalización», es decir, la inserción del desarrollo económico local en la dinámica de la globalización. Dado que «los procesos de globalización y, en cierta medida, de integración europea tienden a acentuar la competencia entre las ciudades», la asociación cada vez más estrecha entre los actores del sector privado en la definición de un proyecto colectivo para la ciudad sólo puede acentuar esta tendencia, como lo atestigua el activo papel de estos últimos en las campañas de promoción dirigidas a «vender la ciudad» a los inversores extranjeros y a las clases medias²⁶. Pero de tanto forzar esta

25. *Ibid.*

26. Patrick Le Galès, «Quels intérêts privés dans les villes européennes?», en *Villes en Europe*, La Découverte, 1997.

idea de la «ciudad emprendedora», léase «empresarial» [*sic*], que a menudo constituye el corazón de su política urbana, algunos municipios descuidan otro aspecto de esta política, corriendo el riesgo de ver cómo la ebullición de ciertos «barrios difíciles» empaña la bonita estampa que, por otro lado, se intenta promover.

Por las razones indicadas anteriormente, les corresponde, de hecho, a las elites políticas municipales o regionales preocuparse también de lo «social», es decir, de la *desocialización* provocada por esta misma dinámica económica en la que tratan de inscribirse. Esto equivale a intentar frenar directamente a nivel local lo que se contribuye a favorecer indirectamente a escala internacional. De ahí que se produzcan bastantes contradicciones entre los objetivos que simultáneamente se persiguen. Así, la prioridad acordada a los equipamientos, infraestructuras e instalaciones, a menudo costosas (centros direccionales, palacios de congresos, telepuertos, complejos tecnológicos y de telecomunicaciones, liceos para opera, museos, etc.), destinados a seducir y atraer a los representantes del capitalismo globalizado y al personal que trabaja para él, no puede realizarse más que en detrimento de las necesidades de las clases populares, ya se trate de viviendas sociales, equipamientos y servicios colectivos de proximidad, o bien de ayudas y prestaciones para los más desfavorecidos.

En Vaulx-en-Velin, por ejemplo, la voluntad de la municipalidad de arreglar el centro urbano y redorar el blasón del ayuntamiento, en el seno de la aglomeración de Lyon, con la esperanza de animar así a los empresarios y las familias de ingresos elevados a establecerse en la población, ha desviado los fondos públicos destinados inicialmente a la construcción de viviendas en los barrios hacia la construcción de equipamientos cuya utilidad no resulta demasiado evidente, dados los problemas a los que se enfrentan muchas familias sin recursos, como, por ejemplo y entre otros, iun planetario!

Crecimiento y/o solidaridad, modernización y/o cohesión, eficacia y/o equidad²⁷: son objetivos difícilmente conciliables —y es una litote!— que las colectividades locales a su vez se esfuerzan por conjugar, después de que el Estado del bienestar, mermado por la reducción del gasto público, las privatizaciones y la pérdida de ingresos fiscales como consecuencia del descenso del empleo y del consumo asalariado, haya tirado la toalla. Un dilema que un periodista resumía así: «Entre el FMI y el RMI»²⁸.

Sin embargo, presentar así la contradicción a la que se enfrentan hoy en día las colectividades locales resulta falaz. En efecto, el RMI, como cualquier otra medida de «lucha contra la exclusión», no tendría razón de ser si el FMI, una de las encarnaciones del orden globalitario, no impusiera su ley. Si se tiene en cuenta la evolución de la relación de fuerzas entre burguesía y proletariado, tanto a nivel mundial como nacional, y la ruptura del compromiso histórico resultante, ninguna «gobernanza urbana», por muy autónoma o voluntarista que sea, será susceptible de contrarrestar las fuertes tendencias de la globalización. En resumen, frente al peso del mercado, la «democracia local» no sabría estar a la altura.

Según muchos especialistas dedicados a estudiar el impacto de las mutaciones económicas en curso sobre las formas espaciales, la globalización de los mercados tendría como efecto paradójico favorecer un cierto retorno a lo «local». Mientras que la mundialización de la producción y de los intercambios, las estrategias de las firmas transnacionales y la revolución telemática, al hacer perder su sentido a las fronteras nacionales, sitúan poco a poco a los Estados

27. Aunque la igualdad figure entre los principios oficiales de la República, ha sido desplazada por la equidad como valor de referencia. Es una manera, para los ideólogos del orden establecido, de levantar acta del aumento de las desigualdades y de la imposibilidad de frenar este proceso.

28. Fondo Monetario Internacional y Renta Mínima de Inserción, respectivamente.

fuera del circuito en tanto que productores de normas y reguladores de la actividad económica, esos mismos procesos ofrecerían una oportunidad a las ciudades, o al menos a algunas de ellas —áreas metropolitanas, «ciudades globales», tecnópolis...—, para recuperar autonomía, poder y resplandor, como el que conocieron hace algunos siglos las ciudades-Estado de la Edad Media y del Renacimiento. La analogía, no obstante, no sirve más que como imagen movilizadora destinada a satisfacer la megalomanía de las elites neopequeñoburguesas que olvidan, al parecer demasiado rápido, que la redistribución de roles entre lo nacional y lo local o, si se prefiere, entre el Estado y la Ciudad, se efectúa bajo la égida del capital.

Ciertamente, las ciudades —o por lo menos las más importantes y dinámicas— cada vez dependen menos para su desarrollo de la evolución interna en el espacio económico nacional. Los «polos urbanos», sobre los que se interconectan hoy en día los flujos de la economía globalizada, mantienen más relaciones entre ellos, a menudo por encima de las fronteras, que con el interior de sus respectivos países, contribuyendo así a reducir el papel instigador o corrector del poder público nacional en este dominio, como lo demuestra el declive de las políticas de reordenación del territorio.

Las ciudades, inmersas ahora en una economía internacional abierta, no pueden aspirar, no obstante, a un desarrollo independiente y autocentrado sobre su propio territorio. Sin duda, las grandes metrópolis se han (re)convertido efectivamente en los lugares privilegiados de la acumulación del capital, pero sólo en tanto que nodos territorializados de redes y de flujos cuya lógica obedece al capricho de un orden económico autonomizado y sin fronteras. Puntos de anclaje de la malla planetaria que tejen las firmas industriales, los grupos financieros y los servicios especializados para las empresas, las grandes organizaciones públicas internacionales, las cooperaciones científicas y tecnológicas y, por supuesto, las infraestructuras de comunicación e

intercambio materiales o «inmateriales»; ellas no pueden por tanto erigirse, como muchas imaginan, en actor colectivo de primera línea, ni a nivel político ni social. Incluso cuando las coaliciones gobernantes situadas a su cabeza saben organizarse para sacar un provecho de la oportunidad que les ha sido dada, éstas no dirigen el juego. En este caso, el juego de la competencia. Y aun cuando son «actrices», la dirección nunca deja de estar en manos del capital.

Según una hipótesis de moda entre los defensores del «renacimiento urbano» contemporáneo, la característica de la ciudad europea actual, en el orden económico, sería «una capacidad particular de movilizar, en el seno mismo de la economía mercantil, recursos generalmente considerados como extraeconómicos —culturas compartidas, redes de diferentes tipos, tejidos de cooperación—, según modalidades que en sus extremos pueden comportar las formas más brutales e impersonales del mercado puro»²⁹. Dicho de otro modo, en la era globalitaria, el capitalismo con rostro urbano también sería un capitalismo de rostro humano. Incluso hay quien llega a imaginarse que esta «energía político-cultural localista» puede eventualmente llegar a «apoyarse sobre fuerzas económicas que superan con mucho la esfera local e incluso dominarlas y orientarlas»³⁰.

Esta es una manera algo paradójica de presentar la sumisión de los actores locales a los imperativos de «transformación» y de «excelencia» a los que deben suscribirse las elites locales, preocupadas por ver su territorio incluido en el archipiélago de la economía globalizada. Se podría demostrar, por el contrario, que lejos de dominar y orientar las fuerzas económicas que remodelan el planeta, las formas sociales no mercantiles —como el espíritu de cooperación, la confianza nacida del conocimiento mutuo o la capacidad de

elaborar proyectos de modo colectivo— están cada vez más *al servicio* de los nuevos «amos del mundo». Si hay «refuerzo del papel de las interacciones no mercantiles» es precisamente en la medida en que se encuentran a su vez *enroladas* al servicio de la lógica mercantil, en tanto que factores de competitividad. El mercado, lejos de ser «puesto a raya», es decir, lejos de verse frenado, canaliza en su propio beneficio la energía político-cultural de las elites locales.

De modo que las ciudades están en venta, como lo confirma el desarrollo multiforme del marketing urbano. Todo lo que constituye la especificidad de cada una de ellas ha entrado, hoy en día, en el reino del valor de cambio. «Identidad local y territorio urbano, en tanto que lugar de depósito estratificado de un patrimonio natural y cultural, ya no tienen el valor de ser lo que son, sino el de aquello en lo que se convierten en el proceso de valorización»³¹. En la competición interurbana, que enfrenta unas ciudades con otras para figurar en buen lugar en las redes globales, el paisaje, la arquitectura, los usos y costumbres y el arte de vivir se ven reducidos al estatuto degradado —y degradante, a nuestro parecer— de «ventajas competitivas». Desde esta perspectiva utilitarista, los esfuerzos realizados por los ediles para equipar, embellecer y animar sus ciudades, no están dirigidos de forma prioritaria al conjunto de la población que ya reside en ellas. En primer lugar, estos esfuerzos participan de una «política de imágenes construidas en función de una mirada que procede del exterior, aspirando a cumplir los supuestos deseos de la economía-mundo, sometiéndose a los caprichos de unas organizaciones que tienden al nómadeo»³². Por tanto, lo primero es crear un entorno favorable a la empresa y una calidad de vida agradable para sus asalariados más cualificados (directores, ingenieros, ejecutivos,

29. Pierre Veltz, «Les villes européennes dans l'économie mondiale», en *Villes en Europe*, ob. cit.

30. *Ibid.*

31. Giuseppe Dematteis, «Représentations spatiales de l'urbanisation européenne», en *Villes en Europe*, coordinado por A. Bagnasco y P. Le Galès, La Découverte, 1997.

32. Jean-Pierre Gaudin, *Technopolis*, PUF, 1989.

técnicos, investigadores) y sus esposas. En otros términos, «lo más urgente, en primer lugar, sería fijar los capitales erráticos y hacerse con los empleos vagabundos»³³.

Convendría, pues, no malinterpretar el significado del «partenariado» que liga a los actores públicos locales con los actores privados «globales». A medida que el poder del Estado sobre las empresas se pone en entredicho, como se ha convertido en regla en las sociedades afectadas por la oleada neoliberal, *son las ciudades las que dependen de las empresas* para la creación de empleos y de riqueza, y no a la inversa. Ante el abanico de posibilidades de implantación que ofrecen las «fuerzas vivas» locales —una mezcla de autoridades públicas y grupos de intereses privados—, comprometidas en la promoción de su territorio ante los inversores extranjeros y las nuevas clases medias, las empresas tienen mucho donde escoger. De ahí la puja de unos en materia de ventajas de todo tipo, y el chantaje de los otros en lo que atañe a sus exigencias. El globalitarismo, aunque ello no constituya más que un aspecto, entre otros, del nuevo modo de dominación que instituye, permite precisamente que una compañía de seguros, un grupo bancario, un consorcio comercial, una firma industrial o un conglomerado multimedia hagan competir entre sí a varias «localizaciones», a la espera de quedarse con la mejor oferta.

Lo mismo se puede decir de la llamada «revancha de las ciudades frente a los Estados», de la que algunos se felicitan hoy en día, y que no es más que un señuelo: frente a un Estado-nación debilitado, se puede afirmar la autonomía de las políticas urbanas respecto al poder central, pero es el poder del capital el que, en última instancia, sale ganando de esta pseudoconfrontación. El «aumento de la fuerza del poder local» no es más que el corolario del impulso del mercado y de la incapacidad de los gobiernos centrales de los Estados nacionales de oponerse a sus efectos desintegradores.

33. *Ibid.*

La decisión de importar a Francia el concepto anglosajón de «gobernanza» para aplicarlo a la gestión de las ciudades es de lo más reveladora. De hecho, incita a establecer un paralelismo significativo entre lo que el término designa en su campo de origen, la empresa, y el sentido que adquiere en el campo urbano, donde se está estudiando su transferencia en la actualidad. Traducir «*corporate governance*» por «gobierno de empresa», como se hace habitualmente en Francia, es engañoso ya que este neologismo remite a «la entrada en el conjunto de grupos industriales de fondos de pensiones privados y de fondos de inversión colectivos»³⁴. Esta penetración impone a la empresa las posiciones de los «mercados», confirmando así el carácter cada vez más financiarizado de la acumulación capitalista mundial. También estamos asistiendo en el seno de las ciudades a la formación, más o menos institucionalizada, de coaliciones basadas en un «partenariado» que permite a los intereses privados jugar un papel cada vez más activo en el «gobierno urbano». Desde esta perspectiva, la reciente moda de la temática de la «gobernanza» se explicaría por la voluntad de legitimar esta evolución, es decir, por la obligación impuesta a los poderes públicos de dar una mayor cabida en sus políticas urbanas a la lógica globalitaria de la que son portadoras las potencias privadas. «Algunas ciudades han logrado completar estrategias colectivas que integran plenamente los intereses privados así como a sus dirigentes. [...] Los actores privados (individuales y colectivos) juegan un papel cada vez más visible en la gobernanza urbana»³⁵. Aquí también se verifica lo que avanzamos anteriormente, a saber, que el «aumento de la autonomía de las ciudades» del que tanto se habla últimamente no concierne más que a su relación con el Estado central. El capital, por su parte, les impo-

34. François Chesnais, «Mondialisation du capital et régime d'accumulation à dominante financière», *Agone*, n.º 16, 1996.

35. Patrick Le Galès, «Quels intérêts privés dans les villes européennes ?», *ob. cit.*

ne directamente sus desideratas, y la «gobernanza» le sirve, por lo tanto, como caballo de Troya.

En realidad, el aumento de poder de la «democracia local» se presenta, ante todo, como un sustituto político y una compensación ideológica a la impotencia creciente de los poderes públicos nacionales frente a las potencias privadas transnacionales. Además, no puede constituir un obstáculo para la tiranía globalitaria porque es parte integrante de ella. Sin duda, ha colaborado con ella implícitamente, al sustituir de forma cada vez más frecuente el discurso de la «gobernanza» por el de la «democracia local», cuando en realidad se trata de una gestión pública infranacional.

Quizás este concepto sería igualmente adecuado para explicar otra evolución concerniente a la gestión local y, más específicamente, a la urbana. Una evolución inquietante que está relacionada con la precedente, ya que participa de las mismas pautas en el reino del mercado globalizado. Pero en esta ocasión va claramente contra la democracia.

El sistema glocalitario

Es por este motivo que, al terminar esta reflexión, me pregunto si no debería haber modificado el título. La democracia local renovada, «localdemocratizada», incluso, no se sitúa «contra», sino más bien «al lado» del globalitarismo y éste, además, también puede estar localizado. Esto es así porque, si la mundialización significa un aumento de la movilidad del capital y la posibilidad para los capitalistas de liberarse en cierta medida de las coacciones espaciales, esta liberación va simultáneamente de la mano, como se ha recordado anteriormente para el caso de las ciudades globalizadas, de un mayor compromiso con el territorio urbano o, por lo menos, con ciertas porciones de él, en tanto que lugares estratégicos de inversión en el sentido económico, y casi militar, del término. En efecto, los «nuevos amos del mundo», o sea, los casi dos mil líderes globales que se reen-

cuentran cada año en Davos, no gravitan en levitación alrededor del globo terráqueo. Para poder dirigir bien su «guerra económica» deben disponer de cuarteles generales, es decir, de núcleos acondicionados y equipos encargados de la toma de decisiones, del mando y de la organización. Por otra parte, esta administración a nivel planetario exige la presencia inmediata, es decir, físicamente próxima, de un conjunto de servicios especializados y de instrumentos financieros, cuyo suministro constituye una de tantas otras oportunidades suplementarias de beneficio, incluyendo, por supuesto, los beneficios obtenidos de la especulación inmobiliaria.

Dicho de otro modo, por muy desterritorializado que esté, el capital sigue teniendo lugares predilectos, empezando por las plazas financieras y otros centros de negocios donde se determina el vaivén de los flujos financieros. Lugares sagrados, como ningún otro, de esta religión del beneficio que en lo sucesivo reinará en solitario, a juzgar por la reverencia o el temor universales que suscitan las «reacciones del mercado»: «inquietud» o «alivio», «hostilidad» o «satisfacción», «desconfianza» o «confianza», «depresión» o «euforia». En cuanto a sus «eventuales sanciones», ison tan temidas como los castigos divinos!

Terminaré con una opinión de Robert Reich, eminente universitario norteamericano que desempeñó el cargo de ministro de Trabajo al lado de su amigo, el presidente de los Estados Unidos Bill Clinton, durante su primer mandato: «Jamás en la historia de la humanidad los sentimientos que ha despertado una sola calle —Wall Street— habían tenido tanto poder. En la antigüedad, los hombres estaban pendientes del humor del cielo, las montañas, los mares y los bosques. Nosotros, tratamos de aplacar la inquietud que genera una calle».

Un desarrollo urbano insostenible

¿Securizar o tranquilizar?¹

«La cuestión de los valores está en el centro del problema de la supervivencia de la humanidad en el mundo y de la subsistencia del mundo, con la humanidad a la que acoge, y ésta no es una cuestión operativa, sino política.»

Michel Freitag

Inundaciones en zonas de sequía, picos de contaminación en ciclones cada día más frecuentes, la lluvia ácida como causante de la desaparición de «especies únicas», la rarefacción del agua potable en el deshielo de glaciares o icebergs; los fenómenos que se han producido en las últimas décadas, cada vez menos naturales y más alarmantes, se clasifican, entre otras cosas, como síntomas suplementarios, al mismo tiempo que pruebas irrefutables, de un «desequilibrio» general del universo. Pero si existe alguna clase de inseguridad, entre los diferentes tipos que se han inventariado hasta hoy —y cuya lista no cesa de crecer—, que esté «en vías de globalización», ésta es la relacionada con lo que se ha dado en llamar el «medio ambiente». O, para ser más precisos, su devastación. Esta clase de inseguridad, además de englobar —si se puede decir así— al globo terráqueo en su totalidad (incluyendo, por supuesto, la atmósfera que se calienta a su alrededor), obliga a los seres humanos, si

1. Texto publicado originalmente bajo el título «Un développement urbain insoutenable. Sécuriser ou rassurer?», *L'Homme et la Société*, n.º 155, París, enero de 2005.

hemos de creer lo que dicen los ecologistas, a «pensarla globalmente», aunque la mayoría de ellos se apresura a precisar, sin duda para no parecer sospechosos de intenciones totalitarias, que la acción para remediarlo sólo puede ser «local». Ya que remedio sí que lo habría.

De hecho, a medida que se multiplican las señales que anuncian una catástrofe ecológica planetaria, proliferan paralelamente todo tipo de discursos reconfortantes que aseguran que no sólo se podría evitar lo peor, sino que, por poco que los habitantes de la «tierra-patria» se uniesen en un esfuerzo «solidario» contra ésta, se podría conseguir un mundo mejor, si no perfecto, cuya primera virtud sería la de garantizar a la humanidad un desarrollo de por vida.

Este «desarrollo sostenible», como se lo denominó inicialmente, y que en su origen fue concebido para frenar los «estrags del progreso» sin que éste se viera perjudicado, no permanecerá confinado demasiado tiempo en el ámbito en que hizo su aparición, el de la economía². En Francia, donde recibió el apelativo de «duradero» por razones de orden no solamente lingüístico³, no tardará en convertirse

en la panacea de todos los males engendrados por un modo de producción —al que ya no se osa denominar «capitalista»— que se revela paulatinamente, e incluso a los ojos de sus defensores más lúcidos, como aquello que sus detractores más radicales ya habían detectado hacía mucho tiempo: un modo de destrucción del que la naturaleza y el ser humano serían, tarde o temprano, sus principales víctimas.

De modo que, en la actualidad, la temática del «desarrollo duradero» es arrancada de su contexto, porque ahora les toca a los planificadores, los urbanistas y los arquitectos adaptarlo a su terreno de acción: la urbanización. Y el tipo de razonamiento que se aplicará obedecerá a los mismos principios de efectividad y operatividad que el que se aplica en otros campos, donde lo habitual es excluir por adelantado cualquier cuestionamiento sobre la finalidad. Un sociólogo quebequés recordaba que «*todo el mundo es perfectamente consciente*» de los efectos nocivos que para la humanidad tiene el desarrollo ininterrumpido de la sociedad industrial y del modo de vida asociado a éste, y «que esta forma de crecimiento y de “desarrollo” no puede durar indefinidamente, tanto desde el punto de vista de nuestra relación global con la naturaleza, como por las desigualdades cada vez más explosivas que genera»⁴. A continuación, este mismo sociólogo ponía sobre aviso a sus contemporáneos contra el modelo «postmoderno» que le habría sucedido. Este modelo consistiría en abordar y tratar cualquier cuestión social, empezando por la potencial destrucción de la naturaleza a manos del ser humano, a través de una visión burocrática y tecnista que lo considera todo en términos de «problemas a resolver». Por lo tanto, esta visión tecnologista y tecnocrática, que disuelve la política en la gestión pragmática generalizada de la vida social, «no puede conocer ni reconocer la significación misma de un conflicto portador de sentido».

4. Michel Freitag, *L'Oubli de la société*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2002.

2. En 1983, la Asamblea General de la ONU reclamó la creación de una Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo. En 1988, esta comisión publicó un informe titulado *Our common future*. Con la pretensión de conciliar el desarrollo industrial capitalista y las preocupaciones ecológicas, la Comisión propone el concepto de «*sustainable development*», traducido como «*développement soutenable*» en la versión francesa realizada por los servicios de la ONU.

3. La combinación lingüística «desarrollo/sostenible» no era nada apropiada. En la lengua francesa, el adjetivo «sostenible» se aplica a un razonamiento o argumento, lo que puede dar a entender —desgraciadamente— que el principio de una prolongación ilimitada de desarrollo puede convertirse en objeto de debate. Además, su antónimo «insostenible», que se aplica a un espectáculo espantoso ante el que se suele apartar la mirada, tiene connotaciones negativas nada desdeñables. Por el contrario, el epíteto «duradero» ligado a «desarrollo» comporta, entre otras ventajas, la de hacer funcionar el binomio semántico como si se tratase de una profecía autorrealizada en el campo simbólico: el éxito prolongado de este epíteto, tranquilizante, si es que realmente lo es, garantiza por adelantado en el imaginario la posible perennidad de este desarrollo, independientemente de los repetidos desmentidos que resulten de cualquier examen, aunque sea sumario, de la realidad práctica.

Una versión ecologizada del futuro radiante

El medio urbano, acusado de contribuir al deterioro del entorno natural y humano debido a las formas que ha revestido hasta el momento, también será analizado y desmenuzado en una infinidad de componentes —cada uno de ellos por separado—, que constituirán un objeto virtual, de previsión, programación, manipulación y control. Por lo tanto, cuanto más se focalice la atención sobre la «criba», cada vez más refinada y diversificada, que se realiza de todas las variables a examinar y de los objetivos de las intervenciones planificadas (localización de los proyectos, ubicación en el paisaje e impacto sobre el terreno de los edificios, configuración arquitectónica, técnicas y materiales de construcción, sistemas de calefacción, iluminación y ventilación, etc.), destinadas a convertir en «duradero» el desarrollo urbano futuro, menos en cuenta se tiene el *sentido*, es decir, la orientación y la significación de ese desarrollo.

Sin embargo, del mismo modo que existen «empresas ciudadanas», un «comercio justo» o «fondos de inversión éticos», que permiten volver a ofrecer a los espíritus crédulos la vieja fábula de un capitalismo más humano, bastaría con situar la urbanización futura bajo el signo de la ecología para que los estragos que causa no sean percibidos como tales, e incluso para que pasen totalmente desapercibidos. Las viviendas y casas unifamiliares, si bien provistas de la etiqueta HQE (alta calidad medioambiental⁵), que causa furor entre los promotores y los constructores, ocupados, desde hace décadas, en devastar paisajes o en arruinar la salud de millones de ciudadanos, continuarán proliferando como antes y con la misma lógica, pero eso sí, sin despertar en esta ocasión ni críticas ni protestas, ya que esta proliferación respondería ahora a unas normas ecológicas.

5. En francés, «*haute qualité environnementale*» (HQE).

Por ejemplo, Maison Phoenix, líder en la construcción de casas unifamiliares en Francia, para relanzar la demanda recurrió al arquitecto-ingeniero Jacques Ferrier, que se jactaba de haber «reinventado» el chalet de las afueras dotándolo de un «*diseño contemporáneo*» y de materiales ecológicamente correctos⁶. Tal vez este modelo innovador logre «convencer a los dirigentes para que sean condescendientes» con un tipo de vivienda que hasta el momento habían despreciado debido a su carácter popular, aunque no se emplee más que como segunda residencia. Paralelamente, los fabricantes de automóviles se lanzan sobre el nicho de mercado de los utilitarios «simplificados» y de bajo consumo, con vistas a volver a dinamizar un mercado europeo que había permanecido parado. Por fin consolidada, la pareja infernal casa unifamiliar-coche podrá continuar su gran obra: generar el desarrollo duradero de una «urbanización desurbanizada», negación de la ciudad y de su urbanidad, fuente inagotable de agotamiento de los recursos naturales... y también fiscales⁷.

¿La ciudad como problema y el campo como solución? Esta pregunta no tiene nada de gratuita, a pesar de su apariencia provocadora. En efecto, paradójicamente, cuando los dirigentes políticos franceses y sus expertos se dignan a interesarse por el futuro del espacio rural, lo que les preocupa no es tanto la suerte poco envidiable del campo y sobre todo de los campesinos, sino más bien el futuro de las ciudades y de los ciudadanos.

Es cierto que, en el momento de las elecciones o cuando una manifestación de agricultores o de ganaderos enfurecidos altera el orden, está bien visto lamentar la «decadencia del campo» y preconizar su «revitalización». Sin embargo, salvo esos breves períodos de agitación política, cuando se

6. *Libération*, martes 1 de marzo de 2005.

7. El coste elevadísimo de las redes técnicas que irrigan estas viviendas dispersas constituye uno de los temas preferidos de queja en la literatura especializada.

piensa en «contener la expansión urbana» para «reequilibrar» el territorio en provecho de las comunidades rurales, se piensa esencialmente en el futuro de las ciudades, amenazadas por todos los males atribuibles a la hiperconcentración de la población y de sus actividades: congestión de los medios de transporte, asfixia debida a la contaminación, degradación y desaparición de los espacios «naturales», creciente dificultad para administrar el ciclo del agua y de los residuos, encarecimiento del coste global de funcionamiento de las poblaciones... No obstante, de tanto fijar la atención sobre los aspectos «ecológicos» de la crisis urbana, se corre el riesgo de dejar de lado otros aspectos que podrían comprometer definitivamente el futuro de las ciudades y, sobre todo, el de sus habitantes; y ello a pesar de la multiplicación de las acciones públicas en materia de urbanismo, de reordenación del territorio y de protección del medio ambiente.

Aunque Francia pudiera ir con retraso respecto a Alemania, Holanda o Austria, el «desarrollo duradero» que se aplica a la evolución de las ciudades aparece hoy en día, a los ojos de la mayoría de los «responsables» públicos y privados, como «un tema a todas luces importante, sobre todo desde un punto de vista político, o sea, electoral, y desde un punto de vista económico, o sea, comercial: existe un mercado para el medio ambiente y para los bienes que contribuyen a su conservación»⁸. Además, este nuevo mercado crea empleos: más de 300.000 en Francia, sin contar los asalariados de las ecoindustrias. Una baza nada desdeñable en un país afectado por un paro o un subempleo endémicos. Pero todas estas políticas y medidas no servirán más que para limitar temporalmente los estragos causados y posponer los plazos, ya que la urbanización capitalista, sea cual sea su

8. Francis Beaucire, «Contrainte écologique et développement urbain durable», en *Vers un nouvel urbanisme*, La Documentation française, París, 1996.

forma, conduce inexorablemente a un desastre que será sin duda, y sobre todo, un desastre de carácter esencialmente social antes que ecológico.

Aplicada a la organización y al uso del espacio, la problemática del «desarrollo duradero» intenta evitar que la extensión continua de las superficies urbanizadas afecte a la renovación de las condiciones *físicas* que posibilitan la prosecución del desarrollo. Aunque resulte desagradable, recordemos que lo que se pretende convertir en «duradero» es, ante todo, un *desarrollo de tipo capitalista*. Ahora bien, la degradación del entorno *humano* que este desarrollo entraña podría ser aún más rápida que la del entorno natural. Dicho de otro modo, «los límites del capital son más sociales que físicos», como lo ha demostrado magistralmente el geógrafo estadounidense David Harvey⁹.

Contrariamente a lo que sostienen habitualmente los partidarios del «desarrollo sostenible», el peligro al que se enfrenta hoy nuestra civilización no es única ni principalmente de orden ecológico aunque, por supuesto, no se puede descartar la posibilidad de que se produzca una catástrofe de este tipo. A escala planetaria, el agotamiento de los recursos naturales, la polución del aire y del agua y el recalentamiento de la atmósfera se acelerarán con la entrada de los antiguos países del «Tercer Mundo» (Malasia, Indonesia, Tailandia...) o de los «comunistas» (China, Rusia, Polonia...) en la carrera hacia la producción y el consumo de masas¹⁰. Eso, sin mencionar la reticencia de los propios europeos, por no hablar de los ciudadanos de los otros países que se definen como desarrollados, a poner freno a hábi-

9. David Harvey, *Limits to capital*, Blackwell, Oxford, 1982.

10. Según un estudio del Earth Policy Institute, fundación de investigaciones estadounidense, si el ritmo actual de crecimiento de la China se mantiene, el parque automovilístico chino llegará a 1.100 millones de unidades en el 2051. «Las carreteras, autopistas y aparcamientos necesarios para absorber todos esos automóviles representarán el equivalente a la superficie dedicada hoy al cultivo del arroz en China», se puede leer en el informe, entre otras cosas (*Le Monde*, 11-03-2005).

tos destructores para el ecosistema como el uso del automóvil¹¹, que amenazan con el agotamiento de recursos que se creían ilimitados (agua, aire y espacio). «Los chinos y los hindús tienen derecho al mismo nivel de vida que los occidentales», no dejan de repetir sus representantes en las instancias internacionales, apoyados por sus homólogos de los llamados países occidentales. Pero ni unos ni otros quieren reconocer públicamente lo que esto implicaría¹². Pero, por mucho que se posponga el peligro de un desastre ecológico, y aunque llegue a descartarse, lo que cabe esperar es, tarde o temprano, un hundimiento *social*. Eso, en el caso de admitir que aún no ha empezado¹³.

La internacionalización de la producción, la desindustrialización y la terciarización de la ocupación en las metrópolis constituyen potentes factores de recomposición del panorama económico y, por lo tanto, de reorganización de las estructuras y de las actividades territoriales. No obstante, tener esto en cuenta, como se hace habitualmente en los discursos consagrados a la «ciudad del mañana», equivale a mantener el *black out* sobre las transformaciones del «panorama social» que están en marcha. Para caracterizar su evolución habría que hablar de «descomposición» más que de «recomposición».

Se trata tanto de la «crisis de la ciudad» como de «la crisis» en general. En realidad, ésta se corresponde con una reestructuración de la economía capitalista a escala mundial, en su fase de acumulación flexible. Una flexibilidad que «concierte a los procesos de trabajo, los mercados laborales, los productos, los modelos de consumo»¹⁴. A diferencia de otras fases de transición, esta «mutación»¹⁵ no anuncia una estabilización de las relaciones sociales sobre bases nuevas, sino su fragilización permanente. Lo fluctuante, lo efímero y lo incierto se convierten en la norma. Las clases dominantes consiguen consolidar su poder sobre el conjunto del planeta. Desde esta perspectiva, las transformaciones en marcha no revelan en absoluto una «crisis» del capitalismo, ni un debilitamiento de las elites dirigentes. Al contrario, gracias a la «globalización» de los mercados, la «explosión» de las nuevas tecnologías y la precarización, erigida en principio de «regulación del mercado de trabajo», éstas han pasado a la contraofensiva, acabando poco a poco con las conquistas sociales arrancadas mediante la lucha, en la época en que las relaciones de fuerza se inclinaban a favor de los dominados.

Esta «guerra de clase», «pacífica» en sus maneras, y dirigida por la burguesía, tiene unos resultados devastadores en el día a día¹⁶. Las liberalizaciones, privatizaciones, desregla-

11. Recordemos que las crisis petroleras, junto con la perspectiva de un agotamiento de los yacimientos, incluidos los que todavía no han sido descubiertos, jamás han bastado para frenar el consumo del oro negro. En los países ya «desarrollados» y en las economías llamadas «emergentes», los productores y consumidores de automóviles parecen poco motivados —por usar un eufemismo— a limitar sus necesidades.

12. En un informe publicado recientemente, *L'évaluation des écosystèmes pour le Millénaire*, elaborado a petición de la ONU, el escenario prospectivo («Orchestration globale») que preveía el mayor crecimiento económico para los países «emergentes», implicaba una rápida caída de las capacidades de autorregulación de la biosfera... y de los valores culturales en que se fundamenta la civilización (*Libération*, 31-03-2005).

13. El término «hundimiento» se usa aquí en un sentido metafórico: designa un proceso de dislocación que afecta a una o varias formaciones sociales bajo el efecto combinado de una crisis duradera del modo de producción capitalista, la desagregación más o menos rápida de las estructuras oficiales y diferentes formas de regresión cultural y psicológica.

14. David Harvey, «The political-economical transformation of late twentieth century capitalism», en *The condition of post-modernity*, Blackwell, Oxford, 1989.

15. Las comillas aplicadas a este término de uso corriente remiten al carácter ideológico de este uso. De hecho, aplicado a las transformaciones recientes o en curso del capitalismo (a menudo rebautizado eufemísticamente como «economía de mercado»), hace creer en la inexorabilidad e irreversibilidad de los procesos naturales regidos por leyes establecidas científicamente.

16. Noam Chomsky, *Class Warfare*, Common Courage Press, Monroe, 1996. El autor distingue entre la «guerra de clase», en la que la burguesía tiene la iniciativa frente a los trabajadores, que han perdido toda cohesión y conciencia colectivas de clase, y la lucha de clases, en la que los trabajadores constituyen una fuerza social estructurada, con sus organizaciones, sus programas y sus ideales.

mentaciones y otras «desregulaciones» no han sido impuestas por dictaduras militar-policiales, sino por gobiernos elegidos democráticamente, aunque la mayor parte del tiempo escapen al control popular, en tanto que actúan como apoderados de los organismos internacionales, públicos o privados. Las consecuencias son nefastas para una parte cada vez mayor de la población: precarización, pauperización, marginación. Y con el riesgo para las clases dominantes de ver cómo se desestabilizan los fundamentos de su dominación. Efectivamente, tal y como no dejan de lamentarse los políticos e ideólogos que se encargan de la preservación del orden establecido, la «cohesión social» se debilita, el «tejido social» se rasga, el «vínculo social» se rompe y la desagregación acecha a la sociedad. Hay muchos procesos que se materializan en el plano espacial mediante una acentuación de la segregación y de la fragmentación residencial, como lo demuestra el desarrollo de los conjuntos residenciales cerrados que las promotoras inmobiliarias comercializan desde hace una quincena de años¹⁷. Algunos investigadores hablan de «apartheid urbano», otros de «secesión» y algunos, incluso, de «separatismo». Esto es válido para el espacio urbano en el que vive la mayor parte de la población, pero también para el espacio rural, también en vías de urbanización... o de abandono.

El modo de producción, en plena «mutación», transforma el territorio de la misma manera que remodela el aparato productivo. Ciertas ramas de actividad se modernizan, otras desaparecen, otras incluso surgen y se desarrollan. Las regiones, las ciudades y los barrios sufren el impacto de estas transformaciones, que a veces son positivas y otras negativas. Por una parte, creación, desarrollo y dinamismo; por la otra, cierre, decadencia y pérdida del patrimonio. A menu-

17. Respecto al estado de la cuestión provisional sobre el autoencierro residencial y las reflexiones que suscita este fenómeno, recomendamos leer el dossier «La ville fragmentée?», en *L'Information géographique*, volumen 68, junio de 2004.

do, los dos procesos se yuxtaponen o se sobreponen en el seno de los mismos espacios tanto a escala local, como a escala nacional o mundial. Se hablará, entonces, de «dualización». Una forma ideológica de designar la dinámica propia del capitalismo: el desarrollo desigual y mixto¹⁸. Un desarrollo devenido hoy caricaturesco y en el que las diferencias tanto entre los lugares como entre los entornos han aumentado hasta convertirse en verdaderos abismos. Un desarrollo en el que la integración económica en el mercado mundializado —y europeizado— va de la mano de la desintegración social. Un desarrollo que amenaza a la sociedad con la dislocación. Y, sin embargo, es *este desarrollo* el que se esfuerzan en convertir en «duradero».

Una oposición superada

Para apuntalar una perspectiva que a muchos les parecerá algo alarmista, por no decir «catastrofista», tomaremos como referencia un pronóstico del urbanista Paul Virilio. No es obligatorio compartir la visión religiosa del mundo en la que se inspira, pero nos permite formular la cuestión de tal modo que aquello que normalmente se deja en la sombra sale a la luz. Según P. Virilio, «la oposición campo/ciudad ha caracterizado el siglo XIX y la oposición centro/periferia el siglo XX»¹⁹. Si tomamos como referencia esta última oposición, se podría perfilar una tercera en el horizonte del siglo XXI: «La periferia y el centro son sustituidos por ciudades periféricas respecto a una ciudad global (*global city*)»²⁰; y para completar el cuadro se podría añadir por «el campo-periférico».

18. Concepto forjado por un teórico y dirigente de la revolución bolchevique: León Trostky.

19. Paul Virilio, *Cybermonde, la politique du pire*, Les Éditions Textuel, París, 1996.

20. *Ibid.*

Hoy en día todo el mundo lo reconoce: la mundialización de la economía y la metropolización de lo urbano van unidas. «Cuanto más se internacionaliza la economía, más se concentran las funciones centrales: ésa es la dinámica esencial de la ciudad global»²¹. De ello se deriva que, fuera de las metrópolis y, más exactamente, del centro activo de las metrópolis, que puede ser asimismo policéntrico —el «centro» se reparte entre diferentes «nudos geográficamente dispersos, pero unidos por la red telemática»²²—, el resto del territorio tiende a convertirse en un inmensa «periferia».

Esta suburbanización generalizada puede ser más o menos pronunciada y adoptar diferentes formas: suburbio «clásico» compuesto por «parques de actividades» (las antiguas «zonas industriales»), centros comerciales, cines «multisalas», conglomerados de viviendas sociales muy densificados o parcelas de casas unifamiliares, ciudades nuevas o viejas integradas en el tejido de la aglomeración. También hay ciudades pequeñas o medianas separadas físicamente, pero más o menos dependientes del complejo metropolitano. De hecho, el proceso de metropolización produce sistemas urbanos de gran tamaño en los que la red viaria y de ferrocarril entre las ciudades cambia de función: pasa a ser el soporte principal de los flujos internos. El TAV, por ejemplo, tiende a transformarse poco a poco en un metro para las comunicaciones entre las ciudades próximas a la red. En resumen, con la expansión urbana, el espacio interurbano reticular tiende a transformarse en espacio intra-urbano territorial. La cuenca parsina, por ejemplo, con sus veinte millones de habitantes, presenta una trama cada vez más comprimida de ciudades medianas o pequeñas que rodean la metrópolis parisina, acoplada a ella por relaciones y flujos múltiples. A corto plazo, la evolución de este territorio deberá considerarse como la de un conjunto totalmente

urbanizado. Esto implicará incluir —y aquí entramos en el quid de la cuestión— los entornos rurales.

El concepto de «entornos», y no el de «medio ambiente», se utiliza aquí intencionadamente, aunque las implicaciones ecológicas de esta evolución sean considerables. Otras expresiones similares como «campo» o «medio rural» evocan un mundo autónomo en vías de desaparición, al menos en las sociedades que se consideran «desarrolladas». Ya ha pasado la época en que constituía una civilización diferente, con su dinámica, sus tradiciones y sus valores propios. «Cuando las excavadoras hacen desaparecer la tierra, cuando los jóvenes marchan a la ciudad o cuando se instalan los «alóctonos», se están eliminando, en el sentido más físico, en el más espacial, junto con las marcas del territorio, las señas de identidad».²³ Además, debido a su funcionalidad y su estatus simbólico, estos espacios no construidos se definen cada vez más como los complementos o satélites «verdes» de las áreas metropolitanas.

El papel que se asigna al campo en el marco de su integración en la sociedad urbana global depende de los objetivos que se fija esta sociedad. O, más exactamente, de los que fijan las fuerzas sociales que dominan esta sociedad. Hoy como ayer, y hoy más que ayer debido al triunfo —¿momentáneo?— de la «economía de mercado», esos objetivos obedecen a la lógica que rige el funcionamiento del mundo, la lógica del beneficio. Se puede decir lo mismo de la producción espacial, tal como la entendía el sociólogo Henri Lefebvre, que obedece, en primer lugar, al imperativo de la rentabilización, incluso cuando, por motivos políticos y cada vez más ecológicos, este imperativo deba ser ligeramente retocado, como se verá más adelante. Ahora bien, esta rentabilización implica una urbanización generalizada.

Sin duda, en ciertos países, entre ellos Francia y la China «Popular», se ha iniciado un debate sobre la posibilidad de

21. Saskia Sassen, «La Ville globale», *Le Débat*, n.º 80, mayo-junio de 1994.
22. *Ibid.*

23. Marc Augé, *Non-lieux*, Seuil, París, 1992.

contener la expansión de eso que los urbanistas e investigadores italianos denominan la «ciudad difusa», oponiéndole un modelo «compacto» de desarrollo urbano. Calificado, un poco a la ligera, de «europeo», para distinguirlo de la expansión urbana anglosajona, este modelo se basa en la ecuación «densidad + mixicidad = urbanidad»²⁴. Su consigna no es otra que «reconstruir la ciudad sobre la ciudad», en lugar de dejar que continúe expandiéndose por las zonas rurales de los alrededores bajo la forma de un hábitat irregular y funcionalmente segregado.

Sin embargo, independientemente de que su «viabilidad» —como dicen los expertos en ordenación urbana— sea dudosa, dado el carácter cada vez más inaccesible del centro de las aglomeraciones para las clases populares, e incluso medias, debido a la presión al alza de los precios de alquiler y de compra de la vivienda — algo que la densidad que se preconiza no haría más que acentuar—, nadie ignora que entre los ciudadanos la pasión por la casa unifamiliar, alentada por los poderes públicos y privados, es una de las más vivas. Sin contar, en el caso de los más afortunados, con su deseo de complementar una localización central con una o varias segundas residencias. Pero, sobre todo, no se revela que la primacía otorgada a la verticalidad modificaría básicamente el modo de afrontar los problemas (aumento de las desigualdades y la miseria, «violencia urbana», sobrepoblación, polución...) que, «al ser de carácter normativo [...], no recibirían más que una respuesta puramente técnica»²⁵.

La «urbanización del espacio», o sea, su transformación en espacio urbano, no toma solamente la forma de una

24. El concepto «*mixité*», empleado por el autor, vendría a ser la adaptación francesa del concepto inglés de «*melting pot*» (crisol de identidades), pero entendido de una manera más amplia, pues comprende también la variedad de funciones; es decir, entendido como la mezcla de personas y de actividades que contribuyen a la riqueza del espacio urbano. (N. de la T.)

25. Michel Freitag, *ob. cit.*

extensión o expansión urbana²⁶. Más allá de la ocupación del terreno por un espacio construido más o menos continuo o, por el contrario, disperso, asistimos a una difusión de las formas de vida urbanas por zonas cada vez más alejadas de los límites de las aglomeraciones. Se podría incluso hablar de una «suburbanización» progresiva del espacio rural, si se entiende como tal su reducción al estatus de periferia dependiente y subordinada, ya no en relación a «la ciudad», en general, o a la ciudad más próxima, en particular, sino a las grandes metrópolis francesas, europeas e incluso mundiales, donde hunde sus raíces la dinámica del capitalismo «posindustrial». En la Europa en vías de integración, el espacio rural representa todavía cerca del 80% de la superficie. En Francia, se ha reafirmado la función «alimenticia» del campo, pero «racionalizándola». Ésta continúa, en gran parte, garantizando el avituallamiento parcial de los ciudadanos, no sólo franceses sino también extranjeros, sobre una base cada vez más «cualitativa». Las producciones que se consideran «no competitivas» dentro del Hexágono²⁷, gracias a la «integración europea», se abandonan, al igual que se abandona a sus productores; y tomarán el relevo los países vecinos (España, Italia) u otros más lejanos (Marruecos)²⁸. Así, cerca de un tercio del territorio rural nacional ha sido clasificado como potencialmente «competitivo» en el mercado mundial, aunque esta cifra ha sido recientemente revisada a la baja por la irrupción de la competencia de los ex paí-

26. Según cifras de la Federación Nacional de Sociedades de Planificación Funcional e Instituciones Rurales (Safer), anualmente desaparecen 60.000 hectáreas de tierras agrícolas, 20.000 de ellas en Ile-de-France. A estas superficies, transformadas en espacios urbanizados, hay que añadir la influencia de las infraestructuras de transporte viario, ferroviario, aeroportuario y portuario, que crecen a un ritmo aún más rápido (cf. A. Portier Kriegel, *L'Avenir des paysages de France*, Fayard, 2005).

27. Nombre dado a Francia por su forma geográfica. (N. de la T.)

28. La reforma de la PAC (Política Agrícola Común) de 1992 animaba a los agricultores del Hexágono a reorientar sus actividades hacia las producciones de «alta gama» (productos con denominación de origen, «biológicos», etc.), dejando a las economías del hemisferio sur la tarea de abastecer el territorio europeo de los bienes alimenticios básicos.

ses «socialistas». Después de más de cuarenta años, la agricultura y la ganadería francesas han sido «modernizadas» con métodos directamente inspirados en la lógica productivista de la organización industrial, de la que son un calco. No obstante, cabría preguntarse si esta «modernización» no será acaso tan perjudicial para las zonas rurales como lo son el éxodo rural y la urbanización sin control.

En la Bretaña, por ejemplo, la «revolución de la cultura y del cultivo»²⁹ del mundo rural ha permitido, sin duda, evitar el despoblamiento y el declive económico del campo. La ganadería se ha convertido en la regla y los agricultores bretones ya no tienen demasiado en común con los campesinos de antaño. El «modelo» de explotación agrícola es, en el caso de los animales, el del campo de concentración: una «batería» de granjas avícolas con más de 10.000 pollos y de granjas de cerdos con 1.200 plazas aseguran más de la mitad del consumo nacional. Resultado ecológico: una tercera parte de los municipios rurales está saturado de purines, con los graves problemas de abastecimiento de agua potable que eso supone, y unos cuarenta municipios del litoral están afectados por la eutrofización, es decir, esas mareas de algas verdes infectadas de pesticidas que desprenden un olor pestilente. Suficiente para espantar a los turistas, que constituyen —por así decirlo— la segunda gallina de los huevos de oro del «mundo» rural.

Entre la desertificación y la disneylandización

Los dos tercios restantes del territorio rural francés están destinados, de hecho, a convertirse en su mayoría en espacios de ocio para los ciudadanos, como única alternativa, según parece, a la desertificación. Una gran parte de las tierras que antiguamente se cultivaban son abandonadas, por

ser consideradas «improductivas», es decir, aptas para acoger únicamente actividades que se juzgan poco o nada rentables. Actualmente, en Francia el 40% del espacio rural se encuentra en estado de abandono. ¿Se trata de una situación temporal o duradera? Todo depende de lo que se pretenda hacer con él.

En efecto, nunca es demasiado tarde para descubrir alguna nueva utilidad. La falta total de interés que hubo durante mucho tiempo respecto a algunas zonas ha tenido, paradójicamente, el efecto de que resurja de nuevo el interés por ellas. Así, hallamos zonas estériles y desoladas reconvertidas en vertederos industriales, en tierras de acogida de actividades contaminantes o peligrosas, en terrenos de entrenamiento militar, en trazados de autopistas o del TAV... Pero, en este caso, se trata de espacios residuales, ya que la vocación primera que se reserva a lo queda de campo es, a medida que se extiende la urbanización, la de servir de entretenimiento a los ciudadanos. Por lo tanto, y desde esta perspectiva, el peligro que acecha al campo no es el de la desertificación, sino por el contrario, el de estar demasiado lleno.

En su libro *L'Identité de la France*, el historiador Fernand Braudel afirmaba que uno de los mayores riesgos que corre esta identidad, no sólo para los franceses sino para toda Europa occidental, era el de la desruralización ocasionada por el abandono de las culturas tradicionales. Espacio agroindustrial o abandono del campo a la maleza, tal era, según él, la alternativa reservada a eso que aún hoy se denomina, por costumbre, «el campo». Este historiador tenía el hábito de exclamar: «Una Europa sin campesinos: ¡eso no se ha visto jamás!». Por lo que respecta a Francia, quizás sea una observación un tanto exagerada. En primer lugar, subsisten importantes porciones del territorio nacional dedicadas a la agricultura y a la ganadería aun cuando, como ya se ha dicho, la «racionalización» de las técnicas y de los métodos, junto con la modernización del modo de vida, hayan hecho desaparecer los rasgos esenciales que daban especificidad cultural y estética a la ruralidad. Esta observación es,

29. En el original «*révolution culturelle et culturelle*». (N. de la T.)

ante todo, ingenua, porque se trata de un aspecto más, entre otros, de las convulsiones que ha provocado el capitalismo, que no cesa, como ya señalaba Marx, de «revolucionar» las formas de producir, de vivir y de pensar y, por tanto, de eliminar los arcaísmos, empezando por la sociedad rural. Pero parece que la nostalgia de una época en que aquello que subsistía de la sociedad preindustrial escapaba todavía a la influencia de las relaciones sociales dominantes sigue viva en nuestros días, incluso entre los intelectuales que pretenden anticipar el futuro.

El urbanista Virilio, que volveremos a citar más adelante, también lamenta ese «gran desastre» que constituye, según su parecer, «la conversión del territorio europeo en terreno baldío»³⁰. Según él, «el espacio europeo era una inmensa huerta». Poco importa aquí la veracidad de una afirmación que parece olvidar los terrenos baldíos y las zonas boscosas que abundaban en la época en que la civilización rural todavía era floreciente. En este caso, lo que resulta interesante es la crítica, ingenua también, que P. Virilio y algunos más hacen de la «política paisajística» que llevan a cabo los poderes públicos para poner remedio a esta situación.

«Hoy en día, corregir es sinónimo de disfrazar», escribe Virilio. El acento que se pone sobre lo visual, en el caso del *land art*, por ejemplo, o en los «debates museográficos actuales», haría olvidar lo esencial: que más allá del medio ambiente, lo que se plantea es la «cuestión capital del paisaje de acontecimientos»³¹. En particular, de aquellos acontecimientos relativos a la «culturización de los hombres a través de la viña, el trigo, etc.». Precisamente, lo que Europa habría perdido es este paisaje rural animado por la relación activa con los elementos naturales. En pocas palabras, en el campo ya no ocurre nada. También a este respecto se observa una cierta propensión a la exageración. Pero esa no es la

cuestión. Lo que importa, y debería plantear un problema, es la conclusión que sacan Virilio y todos los partidarios de la «revitalización del mundo rural». De entenderlo bien, habría que «reintroducir el hombre, los acontecimientos en el paisaje», aun a riesgo, para los planificadores, de convertirse en «colaboradores de la desertificación del campo»³².

En realidad, «esta imagen del paisaje de la acción que tiene lugar en alguna parte y que hay que reencontrar» no nos saca del ámbito del espectáculo. «¿Cómo concebir el espacio como un escenario para los hombres y no solamente como un objeto de contemplación más o menos nostálgico? Hay que reinventar una dramaturgia del paisaje. Reencontrar una escenografía con actores y no sólo con espectadores»³³. En definitiva, lo que P. Virilio y sus colegas le reprochan a las medidas adoptadas para preservar el mundo rural es no haber tenido en cuenta más que el decorado, mientras que un buen director se preocuparía, en primer lugar, de los actores. Pero olvidan que el orden mercantil eso ya lo ha tenido en cuenta. Los roles ya se han distribuido y cada cual ha de conformarse con el suyo; los «animadores», «organizadores» y otros «diseñadores de acontecimientos» —un nuevo oficio aparecido a principios de este siglo— serán los encargados de ayudar a los neófitos en esta tarea.

Todo está a punto para que los habitantes de las ciudades que invaden el campo se entreguen a ello con entusiasmo y capacidad, aunque sólo sea como extras, es decir, como consumidores, ya que «la relación con la historia que rodea nuestros paisajes tal vez esté en vías de estetizarse y, simultáneamente, de desocializarse y de artificializarse»³⁴. Alquiler de casas o apartamentos en pueblos o aldeas, estancias pagadas en casas rurales, restauración o construcción de

30. Paul Virilio, *ob. cit.*

31. *Ibid.*

32. *Ibid.*

33. *Ibid.*

34. Marc Augé, *ob. cit.*

segundas residencias al estilo tradicional, neoartesano, cocina regional y mercados de productos «bio» y «con denominación de origen» especialmente destinados a los visitantes, alojamiento de veraneantes en albergues, hostelerías y castillos, espectáculos y festivales de pago de todo tipo, paseos y visitas guiadas para «descubrir los tesoros locales», iniciación a deportes «ecológicos» cada vez más costosos en equipos y en prestaciones (*mountain bike*, ala delta, *rafting*, vela, canoa, caballo, etc.)... Todas estas actividades están programadas, «orientadas», organizadas —por no decir, planificadas— de manera metódica. Los *tour operadores* han incluido circuitos «verdes» en sus catálogos. Los banqueros y los promotores de Londres, Hamburgo o París han empezado a concebir y a planificar *center parks* para recrear la «naturaleza salvaje» en el seno mismo de un campo totalmente desfigurado. Ni siquiera los espacios protegidos —¿contra quién?— logran ya escapar a esta suburbanización generalizada.

Al final, todo es cuestión de escala. Los «parques regionales», al igual que los parques urbanos, son «reservas» de naturaleza conservada o reconstituida para servir de «pulmón» a una población ciudadana en busca de «aire puro». Con su parte alícuota de polución³⁵. Las autopistas los bordean, cuando no los atraviesan; los aparcamientos permiten a la multitud de visitantes ser cada día más y más numerosos. Los itinerarios indicados con flechas y los caminos balizados, junto con los pueblos, los terrenos de acampada, los merenderos, las «curiosidades naturales» y otros «parajes catalogados» conectados entre sí terminan por constituir una red cuya razón de ser y cuyo funcionamiento son a todas luces comparables al de cualquier otra red urbana.

35. En vista de esta intensificación programada de la circulación en el campo, ¿de qué sirven los compromisos, admitiendo que los haya, que los fabricantes de automóviles anuncian regularmente a bombo y platillo de reducir las emisiones de CO₂ de sus vehículos? ¿Acaso no aumenta el número de los que contaminan?

Dicho de otro modo, el campo es cada vez menos un espacio rural desde el momento en que se deja de privilegiar el espacio físico, la fisonomía del territorio, para interesarse por las *lógicas sociales* que rigen su modelación y su uso.

El proceso que observaba Lefebvre en los contornos del Mediterráneo, en los años sesenta y setenta, afecta hoy en día a vastas extensiones de espacio «rural»: «se está produciendo una neocolonización económica, social, arquitectónica y urbanística»³⁶. El «redescubrimiento» del campo celebrado por algunos, como ocurrió con el de los pueblos con vestigios históricos, no testimonia la llegada de una «civilización del ocio» liberada de los imperativos económicos. Esta civilización se revela tan «productivista» como la del trabajo, y aunque estaba destinada a sustituirla, no es, sin embargo, más que su complemento. Situados inicialmente bajo el signo de la gratuidad, el reposo, la distensión o la fiesta, también han sido sistemáticamente comercializados —«mercantilizados» dicen los «altermundistas»—, con un refuerzo de la explotación del personal encargado de la distracción y el confort de los ciudadanos fatigados e irritados³⁷. Al «oro azul» de los balnearios y al «oro blanco» de las estaciones de esquí, habrá que añadir ahora el «oro verde» del turismo rural.

Este campo museificado, reserva de indígenas empleados en el «agroturismo», está consagrado al reposo y al ocio estival de los asalariados del norte de Europa. «En el futuro, Francia jugará en Europa el papel de una Suiza ampliada y se convertirá en un país de turismo». El deseo de Hitler está a punto de serle concedido, si se tiene en cuenta la reafectación en curso de una parte del Hexágono³⁸. Las agencias de

36. Henri Lefebvre, *La Production de l'espace*, Anthropos, París, 1976.

37. Aunque el hecho sea de notoriedad pública, cabe recordar a los cantores diplomados de la «sociedad de servicios» o «del tiempo libre» que los trabajadores del sector de la restauración y la hostelería ocupan empleos que están entre los peor pagados y los más precarios. A menudo, significativamente, los que trabajan en el sector los llaman «curros de esclavo».

38. Directiva n.º 480 del 9 de julio de 1940.

viaje y las oficinas de turismo, apoyadas y en colaboración con la burocracia estatal y, cada vez más, con sus instancias descentralizadas (regiones, departamentos, municipios), organizan la travesía de un mundo «rural» mercantilizado y reinventado, una especie de «reino mágico» a la europea, un gigantesco «parque temático» (la historia, los usos y costumbres, la ecología, la fauna, la flora, la gastronomía, etc.) que trata de dar respuesta a la nostalgia bucólica de los habitantes estresados de las grandes aglomeraciones. Como en Eurodisney, convertido en Disneyland París para no herir la susceptibilidad nacional, nadie ignora que ese reino maravilloso es una ficción. Pero ¿para qué preocuparse, cuando uno puede pagar para disfrutar del placer de creérsela?

Hacia una nueva frontera

En los países desarrollados el modo de producción capitalista ha integrado, después de mucho tiempo, la ciudad y el campo o, más bien, el campo ha sido subordinado a la ciudad. Lo que no significa, evidentemente, que se vaya hacia una homogeneización del territorio. Dado que las diferencias y las desigualdades socioespaciales no dejan de crecer entre las aglomeraciones y en el seno de éstas, como ya se ha visto, sería paradójico que no sucediera lo mismo con el *continuum* «rurbano» o «periurbano» cuya trama se extiende por el espacio europeo. En realidad, sería conveniente pensar en términos de *fragmentación* y de *segregación*.

Si es cierto que el campo sigue perteneciendo a un sistema único cuyo control se le escapa totalmente, no se puede afirmar, sin embargo, que la ciudad «domine» el campo. «La ciudad» ya no constituye el «centro» que gobierna la periferia rural próxima. Precisamente, las actividades direccionales o decisionales que reúne tienden a concentrarse en algunos «nodos» privilegiados —y para privilegiados— que tienen muchos más vínculos entre ellos —mediante las comunicaciones de alta velocidad y las telecomunicacio-

nes— que con el *binterland* más o menos próximo, es decir, las barriadas o zonas rurales más cercanas. A medida que se extiende, el espacio urbano se encuentra él mismo dividido entre los pocos «polos de excelencia» en que se concentran el tener, el poder y el saber, y las «periferias» que, aunque estén urbanizadas, en el sentido clásico del término, también se hallan sometidas a los imperativos y a las órdenes que emanan de otros lugares.

Este movimiento de polarización a la vez espacial y social tiene como efecto trazar una *nueva frontera*, ya no entre ciudad y campo, sino entre aquellos espacios urbanos y «rurales» que se benefician de la reterritorialización en curso del crecimiento capitalista, cualquiera que sea la actividad considerada (financiera, industrial, comercial, cultural, recreativa...), a escala no sólo europea sino mundial, y otros espacios que se hallan en situación de marginación o de abandono. Es por este motivo que se habla tanto de «zonas industriales abandonadas», de «terrenos portuarios abandonados» o de «yermos urbanos», como de yermos rurales, a propósito de los espacios abandonados —también se dirá que «dejados en barbecho»— que las leyes de mercado han convertido en «desiertos sociales», debido a la falta de rentabilidad de lo que se produce en ellos y de la falta de solvencia de quienes viven en ellos. «En resumidas cuentas, los contrastes que genera la ocupación del suelo y su población tenderían menos a una oposición ya superada, que es la de lo rural y lo urbano, que a la creciente diferencia entre zonas fuertes y zonas débiles de un país»³⁹.

Sin embargo, la cuestión de fondo no es la desertificación, ni tampoco, como se suele pensar, el despliegue de la urbanización. El problema, habría que precisar, no es espacial en el sentido físico de la palabra. Hay que repensar la relación entre los diferentes tipos de espacios urbanizados, en el sen-

39. Marcel Roncayolo, *La Ville et ses territoires*, Folio-essais, Gallimard, 1990.

tido sociológico y antropológico, replanteando las bases mismas de la «civilización urbana», aunque para ello sea necesario cuestionar los fundamentos capitalistas de esta civilización. Algo a lo que muchos especialistas se niegan, porque también se les paga para que sepan estarse callados.

Algunos ecologistas sueñan, si no con una «vuelta al campo», por lo menos con «ciudades pequeñas». En Francia, en los años setenta, prevaleció la moda entre los expertos y los tecnócratas de la reordenación del territorio de frenar la expansión de las ciudades grandes, favoreciendo el desarrollo de ciudades pequeñas y medianas, e incluso la implantación de «fábricas verdes», es decir, de instalaciones industriales en pleno campo. Una elección inspirada por preocupaciones económicas y políticas: plantar cara a las «disfunciones» cada vez más costosas de ciertas aglomeraciones grandes, que se consideraban «hipertrofiadas», y a los problemas sociales que pudieran engendrar. Era la época tragicómica de las «luchas urbanas» contra los «mercaderes de ciudad» y el «urbanismo tecnocrático», de los «nuevos movimientos sociales» por la mejora de la calidad de vida, en que las autoridades temían —isín motivo alguno!— una alianza de éstos con el movimiento obrero tradicional. Hoy en día, con la interrupción del crecimiento industrial, el éxito de una nueva «utopía urbana», en la que la red de ciudades de menor talla tendría por vocación acoger lo esencial de la urbanización futura, —al menos entre ciertos investigadores, técnicos, cargos locales y responsables políticos—, responde a una preocupación de corte más ecologista, aunque se mantiene su peso político.

Para preservar la calidad del entorno natural, pero también para proteger el medio social carcomido por la «crisis» (recesión, paro, flexibilización, precarización, delincuencia, «violencia urbana», «inseguridad»...), algunos especialistas proponen conectar mediante un sistema de transporte rápido y confortable un conjunto de «ciudades medianas». Dotadas de equipamientos y servicios de fácil acceso desde el lugar de residencia o de trabajo, estas ciudades serían bas-

tante densas, estarían bien delimitadas y rodeadas de naturaleza (campos, bosques...). Cada ciudad estaría compuesta por barrios social y funcionalmente diversificados, irrigados por una red de transportes públicos eficaz y por «corredores verdes» que permitirían a la naturaleza circundante penetrar en el interior mismo del espacio urbano. Este «modelo espacial de desarrollo urbano duradero», del que las ciudades de la Renania alemana ofrecen una materialización aproximativa, reuniría todas las cualidades que requiere la urbanización actual: «centralidad, proximidad, mezcla de funciones y de personas, diversidad, patrimonialidad, convivialidad, en una palabra, urbanidad»⁴⁰.

Se trata, pues, de una nueva versión de la vieja ideología espacial, según la cual se puede «cambiar la vida» cambiando la ciudad sin tener que cambiar de modelo de sociedad, modelo que, por otra parte, se postula como insuperable. Desde esta perspectiva, la «exclusión», la marginalización, la desaparición de la solidaridad y la pérdida del sentido de comunidad no serían más que las consecuencias de la metropolización, de la periurbanización, de la fragmentación espacial de la producción, de la zonificación monofuncional, de la dispersión de las zonas residenciales. Ahora bien, por un lado, la dinámica misma del desarrollo actual del capitalismo refuerza —como ya se ha mencionado— la polarización social y espacial y, sobre todo, la división entre metrópolis y periferias urbanas o rurales. Y, por otro, el propio «modelo renano», si llegara a difundirse, no lograría por sí mismo frenar ni invertir el proceso en curso de fragmentación y atomización sociales. No haría más que diluirlo. Entre las ciudades medianas, algunas tendrían un claro predominio burgués o pequeñoburgués —como en el caso de las ciudades universitarias o las villas turísticas—, mientras que otras tendrían un predominio proletario o... subproletario (trabajadores a tiempo parcial, interinos, empleo juve-

40. Francis Beaucire, *art. cit.*

nil, parados, prejubilados...). Una diferenciación socioespacial que se podría reproducir en el seno de cada ciudad, donde los «barrios altos» continuarían, bajo nuevas formas, diferenciándose de los «barrios bajos». En cuanto al campo, teniendo en cuenta el descenso del precio de los terrenos a medida que se alejan del centro de las ciudades y, cada vez más, de las ciudades-centrales, y el uso masivo del coche, seguirá siendo objeto de la marea constructora de chalets, que también diferencia asimismo, como ya se ha constatado, entre las áreas destinadas a las casas estilo «neorrural» para las clases medias y las zonas de relegación periurbanas, en las que una vivienda unifamiliar de baja gama albergaría «categorías modestas a veces precarizadas y expulsadas de las metrópolis por el *boom* inmobiliario»⁴¹.

Para darle un semblante de urbanidad, los arquitectos, urbanistas y paisajistas sueñan con canalizar este despliegue alrededor de núcleos urbanos dotados de los atributos funcionales y estéticos de la centralidad. Pero estas nuevas «ciudades-frontera», construidas en los límites de las aglomeraciones, corren el riesgo de parecerse a los *edge cities* que han florecido en los *suburbs* de los Estados Unidos, con sus *homeland* para las clases sociales acomodadas, reagrupadas en torno a sus *shopping malls*. Ya han empezado a proliferar en los alrededores de París, Burdeos, Aix-en-Provence, Montpellier o Toulouse las «residencias securizadas», versión hexagonal de las «comunidades cerradas» norteamericanas. A juzgar por las precauciones draconianas que se adoptan con el fin de asegurar la tranquilidad de sus residentes (verjas, puestos de control, guardianes, vigilancia electrónica...), la preocupación que inspira este modo de urbanización parece menos relacionada con la protección de un entorno natural amenazado que con la protección contra un entorno humano que se considera hostil.

41. Christophe Guilluy y Christophe Noyé, *Atlas des nouvelles fractures sociales en France*, Autrement, 2004.

De un «problema de sociedad» a una sociedad como problema

A primera vista, cabría felicitarse por el interés que suscita, tras el último tercio del siglo precedente, la preservación del «campo», frente a una expansión urbana que, aunque ralentizada en Europa, sigue siendo irrefrenable. Y que lo continuará siendo, a juzgar, como se ha visto, por la búsqueda de la periurbanización como respuesta a la inaccesibilidad financiera creciente de las áreas centrales de las aglomeraciones para la población con menos recursos, e incluso para las franjas inferiores de las clases medias.

Este interés por la «preservación del campo» no es, evidentemente, desinteresado. Algunos habitantes de las ciudades, más preocupados por su futuro como ciudadanos que de la suerte de los rurales, ¿acaso no verían en la «protección de la naturaleza» (incluyendo las culturas agrícolas) un medio de protegerse a sí mismos contra la destrucción causada por una urbanización fuera de control? Granjas reformadas en pueblos restaurados, parques protegidos en zonas clasificadas, es como si se quisiera reinventar el mundo rural a medida que en la ciudad la cotidianidad se deteriora. En nombre de la defensa del patrimonio, de la memoria, de la historia y de la identidad, se empeñan en olvidar un presente sombrío e incluso siniestro para muchos. Un presente tanto más insostenible en la medida en que no hay ninguna perspectiva de un futuro mejor que lo ilumine. De ahí ese retorno al pasado y a los lugares que mejor lo simbolizan: lo que se denomina el «país profundo», sin duda porque es en esta «profundidad» postulada donde se busca un refugio, una especie de retorno imaginario a una infancia «provinciana» que la mayoría de los habitantes de las ciudades contemporáneas jamás ha conocido. Desde este punto de vista, la «rurbanización» representa más una regresión que un progreso. Lejos de «salvar» el medio rural, acelera su desaparición. Además, tampoco logrará salvar a los ciudadanos de su desamparo.

En vistas de ello, quizás podamos comprender ahora el triple significado que se da al calificativo «insostenible», aplicado a la urbanización capitalista en este principio de siglo. En primer lugar, en el sentido más corriente del término, es decir, en el ecológico, este tipo de desarrollo ¿sería eternamente «duradero» —«viable»—, cuando en la práctica destruye poco a poco las condiciones no sólo materiales sino sobre todo humanas que han de permitir su prolongación⁴²? Además, ¿no es igualmente insostenible en el plano teórico? De hecho, no existe ninguna argumentación que, a pesar de la multitud de discursos, expertos o no, consagrados a este tema, pueda apoyar la tesis según la cuál podría ser de otro modo, como ya lo han demostrado, en la práctica, el carácter irrisorio e ilusorio de las innumerables medidas que se han adoptado para detener el desastre⁴³.

De la cumbre de Río a la firma del Protocolo de Kyoto —por no hablar de su laboriosa puesta en marcha—, la emisión de gases de efecto invernadero, el despilfarro energético, la deforestación, la construcción masiva en la costa, la polución de los ríos y los mares, por citar sólo algunos de los rasgos más sobresalientes de la devastación ecológica, han proseguido a un ritmo que no sólo no ha disminuido significativamente, sino que a veces incluso ha aumentado. Al alterar las condiciones del reequilibrio natural del ecosistema, la supervivencia del «sistema-mundo» se vuelve, en lo sucesivo, dependiente de intervenciones correctoras permanentes, unidas a una gestión preventiva de los efectos, tanto más aleatorios cuanto que se limitan a menudo a formas de aviso.

42. El diagnóstico de Millenium Ecosystem Assessment, informe publicado el 30 de marzo de 2005, bajo el auspicio de la ONU y en el que colaboraron más de 1.300 expertos durante cuatro años, sigue sin respuesta: la tendencia al empeoramiento no sólo se confirma, sino que las medidas acordadas oficialmente para frenarlo ni siquiera se han puesto en marcha.

43. «Fracaso de la Conferencia sobre el Clima» destacaba *Libération* en la víspera de la clausura de la X.^a Conferencia de la ONU sobre Cambio Climático, donde se proponía aplazar los compromisos del Protocolo de Kyoto —no suscrito por Estados Unidos ni China, dos de los mayores emisores de gases de efecto invernadero— para después de 2012.

En Francia lo último hasta la fecha es la inserción, con gran alboroto mediático, en la Constitución de la V.^a República de una «Carta del Medio Ambiente». Poco importa que el «principio de precaución», que en adelante ocupará un buen lugar, corra el riesgo de tener tanto impacto efectivo como los grandes principios ya inscritos en «nuestra Ley Fundamental» —como dicen los juristas—, como son el derecho al trabajo o el derecho a la vivienda. Lo importante es que se invoque de forma ritual para calmar las inquietudes que podrían suscitar sus repetidas violaciones, legitimando las medidas y las actuaciones destinadas a ocultar la gravedad de sus consecuencias. Asegurada, de este modo, su «durabilidad», la «sociedad urbana» podrá terminar de destruir lo que queda de «naturaleza» siendo, tanto la una como la otra, mantenidas de forma artificial gracias a los cuidados intensivos de los gestores y los técnicos de la prevención o de la reparación.

Por último, este desarrollo es insostenible en el plano ético y, por tanto, político. Y esto tiene una doble lectura. En primer lugar, porque se revela cada vez más insoportable para la mayoría de los humanos y, por este motivo, injustificable, aun cuando la mayor parte de ellos, enfrentados ya a múltiples problemas en relación con un «nivel de vida» que a duras penas les asegura la supervivencia, todavía no concedan demasiada importancia a los problemas relativos a su «entorno de vida», y eso si no los ignoran.

Pero los daños ocasionados por el modo capitalista de desarrollo urbano no sólo condenan a los dominados a ver cómo se agrava su situación; pronto, ni los dominantes estarán a salvo. Por ejemplo, los nuevos ricos de la China «Popular», que han sido los últimos en incorporarse al grupo de los «amos del mundo», entre viaje y viaje de negocios, se inquietan por la nube de polución que no deja de extenderse y espesarse sobre el cielo de Shangai, como consecuencia del aumento desenfrenado de la tasa de motorización. Otros, anticipándose sin duda al efecto bumerán en el plano social de un «milagro económico» que no beneficiará a todos por igual, se hacen cons-

truir residencias fortificadas a lo largo y ancho de las grandes aglomeraciones. Para ellos, al igual que para los «burgueses» establecidos desde hace tiempo en «Occidente», el horizonte a medio plazo no parece estar del todo «securizado». Y qué decir de la perspectiva a largo plazo: «fragmentación», «fractura», «apartheid urbano», «secesión», y tantas otras denominaciones propuestas por los sociólogos o los geógrafos para designar la desagregación social en curso.

Presentar la hipótesis según la cuál esta disyuntiva podría preceder, perfectamente, antes de que termine el siglo —con la ayuda de los desastres ecológicos y del pánico consiguiente—, a la aniquilación de la humanidad, ¿es acaso un ejemplo de pesimismo o más bien de realismo?⁴⁴ Desde la entrada de la humanidad en el «tercer milenio», y como si hubiera empezado la cuenta atrás de la vida sobre la Tierra, no han dejado de multiplicarse los avisos⁴⁵. He aquí, por ejemplo, lo que pronosticaba el antiguo presidente de la Agencia de Medio Ambiente y Control Energético, con motivo de la «entrada en vigor» del Protocolo de Kyoto: «El siglo XXI será probablemente el siglo de la estabilización de la humanidad, de su población y de la gestión de sus recursos. De no ser así, se perfila un escenario de fracaso total: cada uno mira sólo por lo suyo, las emisiones continúan aumentando y un cambio climático destruye la humanidad. En este caso, tenemos todos los puntos para que este siglo XXI sea de una violencia extrema»⁴⁶. Aniquilación física,

posiblemente. Barbarie deshumanizante a medida que se acerque la catástrofe anunciada, seguramente. ¿Habrá en estas circunstancias gente capaz de afirmar que la alternativa propuesta por Rosa Luxemburg, a principios del siglo pasado, ha sido superada?

44. La «preservación de las condiciones de vida de generaciones futuras» figura, como todo el mundo sabe, entre las cantinelas del discurso ecologista. Una preocupación sintomática del *impasse* teórico y práctico del «desarrollo duradero»: la supervivencia de la especie se convierte en una finalidad en sí misma, evitando cualquier cuestionamiento sobre la razón de ser de esta «supervivencia» y sobre lo que constituye su valor simbólico. Cuestionamiento que provoca inseguridad, es cierto, sobre nuestras vidas.

45. Recordemos igualmente que el año de referencia, el de la aparición carnal del supuesto Hijo de Dios en Palestina, es muy posterior al del periodo en que el *homo erectus* empezaba a actuar de manera consecuente sobre su hábitat.

46. Pierre Radanne, entrevista, *Le Monde*, 16 de febrero de 2005.

Un espacio indefendible

La reordenación urbana en la hora securitaria¹

«*La forma sigue al pavor y viceversa*»
Nan Ellin (profesor de arquitectura y de urbanismo)

«La imagen de la ciudad, “refugio de las libertades” y “remanso de paz”, que todavía proponen algunos autores complacientes que se niegan a tener en cuenta los desórdenes y dramas de la guerra civil es, sin duda, una de las imposturas más flagrantes de la historia de nuestras sociedades en Occidente». Esta apreciación del historiador Jacques Heers, que aparece como conclusión a su magistral estudio sobre la ciudad medieval (Heers, 1990), podría trasladarse sin dificultad a los discursos, cultos o populares, que hoy en día se escuchan por doquier y que celebran ese «lugar por excelencia del vivir juntos» que sería la «ciudad de la era democrática», y lo hacen en el momento preciso en que una guerra social rampante está a punto de desmentir tal augurio.

La aplicación de la mirada irénica sobre el hecho urbano por la mayoría de teóricos (sociólogos, antropólogos, políticos, filósofos) o profesionales (arquitectos, urbanistas, paisajistas), por no nombrar a ciertos políticos (ministros o políticos locales), es, cuando menos, desconcertante. De hecho, contrasta especialmente con la proliferación simultánea de discursos alarmistas, también en este caso expertos o vulgares, sobre el aumento de la violencia y de la inseguri-

1. Artículo publicado en *La Prétentaine*, n.º 16-17, Montpellier, invierno de 2004.

dad, el desarrollo de un nuevo «*apartheid urbano*» y los riesgos de la «división urbana» —que se derivarían de éste— entre, por una parte, las clases más dominadas, asignadas de facto a residir en los cascos viejos abandonados o en «ciudades-vertedero», donde sus acciones y gestos son sometidos a un control cada vez más estricto; y, por otra, los ciudadanos acomodados y acobardados que huyen de la promiscuidad de las clases bajas, refugiándose en lujosas zonas residenciales ultraprotegidas y separadas del resto de la aglomeración.

La visión lenificante y consensual de la ciudad como comunidad pacificada de «habitantes de la ciudad-ciudadanos», que se solidarizan entre sí más allá de la diversidad de condiciones y de aspiraciones, ¿no funcionaría acaso como una forma de exorcismo? A menos que, claro está, dicha visión sea partícipe de una tarea concertada de normalización del espacio urbano, cuyo horizonte no sería otro que la imposición de un *nuevo orden local* también coercitivo, bajo la engañosa apariencia de una «urbanidad compartida», de la que el «nuevo orden mundial» neoliberal no sería más que la contrapartida obligada (Garnier, 1997, 1999). En cualquier caso, se trata de un enfoque que permite arrojar luz sobre diferentes facetas del «proyecto urbano» en el que, a falta de proyecto alternativo de sociedad, la gestión territorial de la marginación de masas, puesta en marcha en Francia bajo la denominación de «política de la ciudad», tiende a confundirse cada día más con la *policía* de la ciudad, en toda la acepción del término (Rancière, 1995).

Sin embargo, existe un aspecto de esta política urbana que hasta el momento ha permanecido a la sombra: la remodelación física del espacio construido con fines, más o menos explícitos, de defensa social contra un nuevo enemigo interior. Este enemigo ya no sería el «subversivo» que querría, como en el pasado, subvertir el orden social —aunque el militante contrario a la mundialización neocapitalista podría ser clasificado como tal en caso de infringir la ley—, sino el «pobre malo» que, de un modo u otro, plantea problemas de orden público, aunque sólo sea por su presencia,

como es el caso de los mendigos o de los sin techo. Un gobernador encargado de velar por el mantenimiento del orden en la región de Ile-de-France, tras haber dirigido el departamento de Seine-Saint-Denis, en el norte de París, considerado como particularmente «caliente», resumía bien la preocupación securitaria que de ahora en adelante deberá guiar a quienes diseñan los proyectos urbanos: «Hoy en día es necesario tener en cuenta la seguridad, como se hizo no hace mucho con los incendios, lo que llevó a la creación de normas de seguridad contra éstos. Todos los arquitectos han integrado perfectamente las normas de evacuación de un edificio en caso de incendio. Los arquitectos deben investigar los posibles problemas de seguridad» y, entonces, «integrar las soluciones en sus proyectos» (Duport, 1999). También resulta urgente empezar a analizar de *forma crítica* los dispositivos espaciales (urbanísticos, arquitectónicos, técnicos, simbólicos) que contribuyen a «securizar» el espacio urbano.

Aquí la precisión «de forma crítica» no es puramente formal, ya que los debates que habitualmente suscita este tema no abordan la necesidad de hacer el espacio urbano físicamente «defendible», sino la eficacia de las soluciones que se ponen en funcionamiento o que se proponen como posibles. La noción de «espacio defendible», que se ha tomado prestada de la terminología norteamericana (*defensible space*), se basa en el postulado según el cual existen algunos espacios construidos que son propicios a los actos delictivos. En consecuencia, «una concepción mejor de nuestro entorno arquitectónico» permite «prevenir la criminalidad» (Newman, 1973). De este modo, se califica como «defendible» aquel espacio cuya configuración está encaminada a facilitar la protección, ya no contra los accidentes o las catástrofes naturales, sino contra el azote social que representa la delincuencia «urbana» y, categoría nueva, el «incivismo», es decir, todo acto o comportamiento que se juzgue contrario a las normas de conducta consustanciales a la vida ciudadana.

En Francia se habla sobre todo de «arquitectura de protección situacional». La formulación que resume oficialmente su finalidad, su «filosofía», es desde este punto de vista muy explícito: «reordenar los lugares para prevenir el delito». En el Instituto de Altos Estudios sobre la Seguridad Interior (Institute d'Hautes Études sur la Sécurité Intérieure), políticos locales, constructores de vivienda social, promotores de conjuntos «residenciales», gestores de equipamientos colectivos públicos o privados y organizadores de espectáculos se reúnen, reflexionan y debaten con policías, magistrados, investigadores y artistas (urbanos) sobre la «reconstrucción de la ciudad» en su materialidad física, con el fin de proteger mejor la ciudad contra los «nuevos bárbaros», calificados de «salvajes» por un ministro de Interior «socialista». No es necesario señalar que la crítica es bienvenida en estos intercambios entre gente autorizada, siempre y cuando sea interna y constructiva (calificativo que no puede ser más apropiado para este caso).

En otros países, donde los objetivos securitarios adquieren también una importancia igualmente creciente en materia de urbanismo y de arquitectura, entre los investigadores e incluso entre los profesionales se está desarrollando paralelamente una corriente crítica que alerta a la opinión pública sobre las aberraciones de todo tipo a las que puede conducir lo que uno de ellos llama «la arquitectura» o «la ecología del miedo» (Ellin, 1997; Davis, 1997). En esta corriente se inscriben las propuestas que se abordan a continuación, aunque parece que en nuestro país no han logrado tener demasiados partidarios.

Del espacio culpable al espacio cómplice

Entre los «actores» implicados en la cruzada securitaria, desde los años setenta en los Estados Unidos y posteriormente en Europa, han aparecido nuevos reclutas: los arquitectos, los urbanistas y los paisajistas. A algunos de ellos la

nueva misión que les ha sido encomendada es la de hacerse cargo de la remodelación física del espacio urbano y, en particular, del espacio público, pero no como «condición mínima de la democracia política», tal y como imaginan (o tratan de hacer creer) ciertos politólogos o sociólogos franceses², sino con objetivos muchos más prosaicos de mantenimiento del orden.

Sin duda, se puede objetar que tales objetivos no son algo inédito. Además de la arquitectura militar, que a lo largo de la historia ha hecho una gran contribución a la protección de los poderosos contra la ira de sus propios subordinados, y no sólo contra un enemigo exterior cualquiera, el nombre del barón Haussman se cita a menudo como prueba de que también la arquitectura civil puede servir a los mismos fines. En efecto, nadie ignora que, aunque también obedezcan a otras preocupaciones, las grandes obras de reestructuración del tejido urbano parisino que se efectuaron por orden suya estaban dirigidas a terminar con las tradiciones revolucionarias de la población de la capital (Hazan, 2002). Tras la «alerta» de Mayo del 68, una de las primeras iniciativas, en materia de reordenación urbana, fue hacer desaparecer los adoquines de los bulevares en el Barrio Latino, que habían servido de proyectiles a los manifestantes, para reemplazarlos por asfalto; y ello tras planificar la instalación de nuevas universidades en la periferia de la capital para evitar que ésta pudiera verse afectada de nuevo por las turbulencias estudiantiles. Quizás también valdría la pena mencionar, por su actualidad, un cierto retorno al urbanismo represivo, aunque, como ya se ha dicho, el enemigo haya cambiado de rostro, obligando a los profesionales encargados de su neutralización a innovar.

El postulado de partida de los partidarios del «espacio defendible» es la supuesta existencia de espacios urbanos

2. A nuestro parecer, un mínimo de igualdad social constituiría la mejor garantía.

«criminógenos». Una vez más, la idea no es nueva. Desde el siglo XIX no faltan espíritus filantrópicos, entre los miembros de las clases propietarias, que denuncien el hacinamiento de las familias desfavorecidas en barrios insalubres, percibidos no sólo como focos de infección desde donde las epidemias podían extenderse incluso hasta los barrios ricos, sino también como focos de depravación moral y de agitación política. Y todo el mundo sabe que el higienismo que impregna estas consideraciones inspirará la política de la vivienda llamada «social», destinada a sanear a un mismo tiempo los cuerpos y los espíritus de los proletarios. Del mismo modo, esta ideología indisociablemente sanitaria y social será reactivada, durante el siglo siguiente, por los teóricos del «movimiento moderno» a quienes debemos, en parte, el «urbanismo de barreras y torres» que se impuso tras la Segunda Guerra Mundial. En los años setenta, y debido a un giro extraño, este tipo de vivienda será considerado, precisamente, responsable de favorecer la enfermedad social bautizada con el nombre de «inseguridad».

La tesis del urbanismo criminógeno, difundida durante la presidencia de Valéry Giscard d'Estaing y hecha oficial por el ministro de Justicia francés Alain Peyrefitte, ha sido integrada rápidamente como una certidumbre, dando pie a una serie de operaciones de «rehabilitación» que la llegada de la izquierda al poder, lejos de interrumpir, amplificará todavía más, en esta ocasión como signo de la «civilización urbana» que debe promoverse en las «barriadas»³. A finales de los años noventa, apenas elegido, el primer ministro Michel Rocard, confrontado con un recrudecimiento de los problemas en los «barrios difíciles», también se apuntará al «urbanismo criminógeno». Pero, entretanto, la expresión ya había cambiado de acepción.

3. Término polisémico, la palabra *cit*é designa aquí un grupo de viviendas, dotado o no de equipamientos colectivos, construidas por iniciativa de los poderes públicos y destinadas a las fracciones más sometidas de las clases dominadas.

Al principio, aludía a una arquitectura y a un urbanismo cuya configuración deshumanizante (estandarización, serialización, monotonía, anonimato, fealdad) se consideraba una verdadera «invitación al crimen». Las barreras, las torres, el cemento puro y duro, la ausencia de calles, el aislamiento de los grandes conjuntos residenciales respecto al resto de la ciudad, no podían sino suscitar la cólera y la revuelta de sus habitantes. Desde esta perspectiva, la «violencia urbana» se percibía como una reacción lógica y comprensible, si no legítima, de sus hijos a la violencia a la vez material, visual y simbólica, de un entorno considerado coercitivo, humillante y estigmatizante para las capas populares confinadas en él. De ahí la prohibición, mediante un edicto gubernamental, de construir nuevos «grandes conjuntos». A la vez degradante y degradada —degradada por sus habitantes, en la medida en que a ellos les resultaba degradante—, la vivienda se presentaba como el factor principal de degradación de la vida social.

La solución, por tanto, estaba clara: bastaba con «cambiar la ciudad para cambiar la vida». Este eslogan electoral del Partido Socialista, tomado al pie de la letra durante una quincena de años por los ministros, concejales, profesionales de la planificación y, por supuesto, los arquitectos, demostraba la preponderancia, a pesar de las críticas de las que ya había sido objeto en múltiples ocasiones, del espacialismo. Esta ideología, que establece una relación de causalidad directa entre las formas espaciales y las prácticas de los agentes sociales, no tiene para nada en cuenta las relaciones sociales de dominación (Castells, 1973). Sin embargo, éstas determinan ampliamente tanto el entorno como el modo de vida, así como sus interacciones recíprocas. El haber ignorado esta determinación estructural hizo que muchas de estas intervenciones urbanísticas y arquitectónicas destinadas a «reurbanizar» los suburbios populares no dieran los resultados esperados. Al contrario, no dejarán de multiplicarse las acciones catalogadas como «violencias urbanas» (vandalismo, agresiones, extorsión, tráfico de dro-

gas, encubrimiento, enfrentamientos con la policía, peleas entre bandas, etc.), hasta el punto de llegar al centro mismo de las ciudades. Pero, a pesar de todo, las autoridades no se decidieron a abandonar la creencia según la cual el espacio construido puede ser, al mismo tiempo, el origen de los males sociales y uno de sus remedios.

El deterioro continuo de la situación, incluso en el grupo de viviendas que habían sido renovadas recientemente, habría podido incitar a los gobernantes a admitir públicamente que no se trataba del resultado de procesos «espaciales», ni siquiera «locales», sino de evoluciones de orden económico, cultural y político de carácter más general, a escala nacional, europea e incluso mundial. Si los nuevos «bárbaros» amenazaban la ciudad, quizás hubiera convenido preguntarse por el sistema social cada día más mundializado y cuyo producto era esta barbarie, a fin de cuestionar ese mismo sistema (Garnier, 1996). Pero eso era algo impensable, dada la orientación de clase de los poderes existentes y las opciones políticas que se derivaban de éstos.

Alineados a su vez con el social-liberalismo, los dirigentes de la izquierda francesa renunciarán a luchar contra las desigualdades para adoptar la línea política que terminará por prevalecer en todos los países occidentales: la lucha contra la «inseguridad». En este contexto, el imperativo ya no será el de «cambiar la ciudad», sino el de protegerla contra los criminales. Y esto no se puede hacer sin algunas reordenaciones urbanísticas y arquitectónicas. A partir de este momento, éstas tomarán un cariz resueltamente securitario.

En esta nueva coyuntura político-ideológica, la noción de «espacio criminógeno» cambia de significación. En adelante, designará una arquitectura y un urbanismo que favorecen la delincuencia, real o virtual. Si antes a las generaciones jóvenes salidas de los medios «desfavorecidos» se las consideraba sobre todo como víctimas, condenadas, como sus progenitores, a sufrir las consecuencias de una concepción errónea de la planificación urbana, ahora ésta deja de legitimar la «violencia urbana». Un entorno de vida misera-

ble y deprimente ya no es suficiente, o no más que otros componentes negativos del entorno social (paro, precarización, fracaso escolar, discriminación...), para justificar las fechorías de los «gamberros». En la retórica securitaria que prevalece hoy en día, cualquier referencia a las causas sociales del fenómeno de la delincuencia se califica de «excusa sociológica» y, por tanto, se considera carente de valor e indeseable. Sólo cuenta la «responsabilidad personal».

En consecuencia, los espacios se clasificarán como «criminógenos» bien porque animan a la realización de actividades delictivas (por ejemplo, rincones, pasajes, callejones sin salida propicios a los trapicheos o a las agresiones y emboscadas; patios cerrados, descampados cubiertos de maleza frente a inmuebles «okupados» y que han hecho suyos jóvenes desocupados...), bien porque entorpecen la represión (vestíbulos transversales que facilitan la huida, aparcamientos en los bajos de los edificios y zonas peatonales que dificultan el paso de las patrullas motorizadas de la policía...), o bien por ambas razones al mismo tiempo (pasarelas, azoteas, entramado laberíntico...). Por todo ello, algunos encargados del mantenimiento del orden dicen que se trata de «espacios cómplices». De ahí se deriva la idea de reducir los delitos y los «comportamientos incívicos» poniendo fin a esta complicidad, es decir, actuando sobre un espacio urbano ya no en tanto que espacio «agresivo» para los habitantes, sino más bien en tanto que espacio «hostil» a las fuerzas del orden, ya que sitúa al nuevo enemigo interior en una posición favorable.

Esta aproximación al espacio urbano, en general, y al espacio público, en particular, que habría que calificar de policial, se difundirá con rapidez entre las autoridades encargadas de garantizar la «paz civil» en las ciudades. «No existe ninguna forma urbana intrínsecamente perversa», advertía, por ejemplo, el gobernador regional citado anteriormente (Duport, 1999). Sin embargo, «en ciertos casos, la forma urbana es fuente de inseguridad, sobre todo porque hace extremadamente difícil la intervención de las fuer-

zas policiales». Para apoyar estas observaciones este alto funcionario citaba el barrio de Landeau en Noisy-le-Sec, un antiguo municipio obrero del este de París. Enclavado en el nudo viario donde convergían una carretera de enlace y la intersección con una autopista, estaba totalmente encerrado sobre sí mismo y tenía un funcionamiento circulatorio en forma de «concha de caracol». De hecho, sólo se podía penetrar en él por una única entrada, estrecha y llena de coches mal aparcados que representaban un estorbo. Según el gobernador, el conjunto formaba un «callejón sin salida perfecto», donde las fuerzas policiales no se aventuraban a penetrar en coche patrulla por miedo a quedarse encerrados. Sólo una «intervención dura», de tipo casi militar, siempre costosa y habitualmente desproporcionada en relación con el incidente que la había provocado, permitía resolver el problema. Los habitantes eran, al parecer, «conscientes de esta trampa»; se imaginaban a sí mismos bloqueados en caso de ataque de una banda, mientras que la policía tendría problemas para auxiliarles. La conclusión era sencilla: sería necesario que en el futuro los nuevos grupos de vivienda social se implantaran de tal modo que formasen «espacios más abiertos».

Las propuestas de la agencia Arcane, un gabinete de arquitectura especializado en la renovación de los conglomerados de viviendas sociales, perseguían el mismo objetivo estratégico. La ciudad de Courtilières, en Pantin, un municipio del este de París, disponía de un «gran espacio central» pero con el inconveniente de ser «inseguro», ya que estaba «replegado sobre sí mismo». Para los arquitectos-rehabilitadores la vía a seguir era clara: «crear un espacio transversal para hacer penetrar en él la circulación y, por tanto, la vida. Al eliminar el carácter cerrado de este espacio, será más fácil atraer a los habitantes». Y sobre todo a la policía, tendría que haber añadido. Además se puede mencionar, en esta misma perspectiva securitaria, la «reestructuración» de la Cité Bonnier en París, en el distrito XX: se arrasaron varios edificios de viviendas para abrir una calle

que cruzase de punta a punta el barrio, con el fin de facilitar las rondas de la policía y la llegada de camiones de la CRS (Compañías Republicanas de Seguridad), en caso de jaleo.

«Apertura», «conectividad», «accesibilidad»: éstos son algunos de los conceptos clave del urbanismo securitario. Sin duda, éstos también se utilizaron durante las operaciones de «rehabilitación» llevadas a cabo con anterioridad. Se afirmaba —y se sigue afirmando— querer evitar la segregación y la guetización para hacer acceder a las capas populares al «derecho a la ciudad». «Hay que destruir los inmuebles para destruir la lógica del gueto», «derruir las barreras», «reintegrar el barrio en la ciudad», proclaman a coro urbanistas y arquitectos. Pero dichos discursos, que cuentan con una amplia difusión mediática, no deben ilusionarnos. Tras esta fachada humanista, por no decir progresista —tanto más verosímil en la medida en que son los ex «contestatarios» de Mayo del 68 quienes realizan estas «pintadas antisegregacionistas»—, se ocultan otras intenciones que, debido a su naturaleza, no pueden beneficiarse de la misma publicidad.

El fin que se persigue es, en primer lugar, el de facilitar la intervención de las fuerzas del orden, las patrullas y los cordones policiales, la vigilancia generalizada, incluso por la misma población, como lo deja entrever la temática tan en boga de la «máxima visibilidad de los espacios públicos», el «*survespace*» importado de los Estados Unidos. Un investigador arquitecto, que hizo carrera en el urbanismo securitario, no duda en desvelar la finalidad real de la «apertura» preconizada por sus colegas: «Es mejor mantener los espacios comunes abiertos. Permite garantizar la visibilidad de los territorios desde la calle y las intervenciones de instancias preventivas (policía de proximidad, equipos de mediación)» (Landauer, b, 2001).

Un situacionismo represivo

En Francia el discurso del poder se fundamenta en una larga tradición de eufemización. Al contrario que los anglosajones, de quienes parten la mayoría de los modelos securitarios de organización del espacio urbano que se han desarrollado recientemente en el país, nunca se llama a las cosas por su nombre. Así, se preferirá hablar de «residencias securizadas» antes que de «comunidades cerradas» (*gated communities*). Esta formulación evoca, seguramente de una manera demasiado cruda, una manera de vivir que creíamos exclusivamente norteamericana, a pesar de que ha empezado a expandirse por Francia, en la región parisina, en los departamentos de Yvelines, en concreto, así como en la periferia de algunas grandes ciudades del sur, como Burdeos, Aix-en-Provence o Toulouse.

Por temor a los robos, las agresiones, el vandalismo y, de manera más general, a un vecindario poco recomendable, las familias francesas pertenecientes a las clases acomodadas de la mediana burguesía (ingenieros, ejecutivos, profesores de instituto, arquitectos, abogados...) recurren, a su vez, al autoencierro en complejos residenciales rodeados de muros y rejas, vigilados por alarmas electrónicas y protegidos por guardas armados que hacen retroceder a cualquier visitante que no haya sido invitado por alguno de los miembros de estos falansterios de nueva generación.

A pesar del *aggiornamento* —algunos hablan incluso de «revolución cultural»— operado a finales de los ochenta por la izquierda en el gobierno, que en adelante se adherirá plenamente a las tesis securitarias que no hacía tanto calificaban de «liberticidas», la noción de «espacio defendible» es difícil de introducir en el Hexágono. Con más razón se negarán rotundamente a hablar de una «ecología del miedo», como propone el sociólogo norteamericano Mike Davis, de clara orientación «radical». Por el momento, se conforman con una formulación más elegante y menos alusiva: la «arquitectura —o urbanismo— de prevención situacional».

Para saber a qué clase de «situación» se refiere, no hay más que remitirse a los trabajos del jefe de la Unidad de Investigación y Planificación del Home Office (Ministerio del Interior británico), Ronald V. Clarke, uno de los maestros de los partidarios franceses de la prevención situacional (Clarke, 1991). Clarke asegura, entre otras cosas, que «el entorno físico y social de la sociedad [sic] crea oportunidades de delito al reunir en el tiempo y en el espacio tres componentes de base, que son un probable delincuente, un objetivo apropiado y la falta de una disuasión suficiente». No nos extendemos aquí, por falta de espacio, en diseccionar los orígenes ideológicos, tremendamente conservadores, que definen el primero de estos «tres componentes de base». Limitémonos a remarcar que, en los tiempos que corren, es decir, en los tiempos de la sospecha generalizada respecto a aquellos a los que la globalización del capital ha abandonado a su suerte (parados, sin techo, inmigrantes sin papeles, jóvenes sin futuro, mendigos, prostitutas, etc.), cualquier individuo que pertenezca a las clases populares es susceptible de entrar en la categoría de «probable delincuente».

A principios de los noventa, la etiqueta *Secured by Design* (SbD) fue instaurada en Gran Bretaña conjuntamente por los arquitectos y la policía de Manchester para definir las consignas de seguridad que debían aplicarse en la elaboración de los proyectos. Estas recomendaciones se generalizaron en 1994 a través de la circular gubernamental *Planning out crime*, confirmando así el creciente papel de la policía en la reordenación urbana. En Francia, una Ley de Orientación y Programación sobre Seguridad (LOPS), conocida como «Ley Pasqua», el nombre del antiguo ministro del Interior de la derecha, Charles Pasqua, y no derogada por sus sucesores de la izquierda, incluye disposiciones que responden a los mismos objetivos. Tras haber reafirmado el «derecho a la seguridad» como un «derecho básico», la ley introducía una novedad en su época (1995), asociando estrechamente la cuestión de la seguridad pública y los problemas de urbanismo, vivienda y arquitectura. Según el artí-

culo 11, en concreto, los estudios previos para los proyectos de reordenación y construcción, indispensables para conseguir la licencia de obras, debían incluir una encuesta para medir su impacto sobre la seguridad pública.

Este contratiempo legal afectaba a los equipamientos colectivos, públicos o privados, los espacios públicos o semipúblicos, calificados como «espacios intermediarios», así como a las operaciones de construcción de más de 250 viviendas. También se contemplaban todos los proyectos que, «por su importancia, su ubicación o sus características propias», eran susceptibles de sufrir «incidencias respecto a la protección de las personas y bienes, en cuanto a las amenazas y agresiones». Las leyes que siguieron no hicieron más que reforzar la obligación de los promotores, los constructores y, por extensión, los urbanistas y arquitectos de velar por las repercusiones de las soluciones urbanísticas y arquitectónicas en materia de «inseguridad», la cual —como recordaban dos comentaristas entusiastas de la nueva ley— «no reside sólo en los actos castigados penalmente, sino en los comportamientos de incivismo y en la pequeña delincuencia» (Montain-Domenach y Froment, 1999).

Más allá de su diversidad, las «soluciones» urbanísticas y arquitectónicas aplicadas en este contexto siempre obedecen a uno de los dos ejes que guían la concepción del «espacio defendible»: impedir que se produzcan actos delictivos o, una vez cometidos, contribuir a la neutralización de sus autores. En otras palabras, la configuración del espacio será ora «disuasiva», ora «represiva», aunque ambas orientaciones puedan combinarse.

En el primer caso, se tratará de «impedir la acción delictiva y criminal modificando las circunstancias en las que los delitos podrían ser cometidos». Por lo tanto, las intervenciones para «recalificar» los espacios públicos o semipúblicos (entradas de los inmuebles, pasajes...) serán concebidas con un único criterio: su capacidad de ser vigilados. Se esforzarán en organizarlos de manera que los habitantes puedan ver y controlar por sí mismos todo lo que en ellos

ocurre. Se suprimirán los rincones, los callejones sin salida y los pasajes aislados, considerados propicios para la complicidad, el tráfico de drogas, las agresiones, las violaciones y las emboscadas.

También será posible optar, siempre con fines disuasorios, por la «residencialización» de ciertas ciudades de HLM⁴. Este neologismo podría hacernos creer que finalmente merecerán el calificativo revalorizante de «residencias», término reservado habitualmente a las viviendas burguesas, pero que, a partir de ese momento, será usurpado para pasar a denominar el hábitat popular de los «suburbios». En realidad, esta denominación es menos inocente de lo que parece. Se trata de convencer a los arrendatarios de las viviendas sociales de que se comporten como propietarios, mediante una reordenación adecuada del espacio público circundante con el objetivo de expulsar físicamente al nuevo enemigo interno —o sea, a la juventud descarriada— de las viviendas de alquiler y de sus inmediateces.

Ya hace algún tiempo que en Francia se incita a los habitantes a «securizarse», a que se conviertan ellos mismos en policías, adoptando los principios, importados de los EE.UU., del *community policing* (policía comunitaria) o, como en Gran Bretaña, del *neighbourwatch* (patrullas vecinales). En nombre del principio de la covigilancia, ningún lugar debe ocultarse a la vista del vecindario. Pero la «autogestión» del control social por parte de los habitantes, en coordinación con la policía, siempre será más fácil si el hábitat se presta a dicho control. Y es eso a lo que precisamente tiende el proyecto de reordenación del espacio público en las zonas de vivienda popular bautizado como «residencialización».

4. HLM son las siglas de *Habitation à loyer modéré*, vivienda de protección oficial que puede ser pública o privada, aunque se benefician parcialmente de la financiación pública. En Francia hay unos 3 millones de viviendas de este tipo en las que viven cerca de 12 millones de personas. (N. de la T.)

El pretexto que se alega para reconfigurar el espacio público en los conjuntos de viviendas sociales parece, a simple vista, inspirado solamente por un deseo de racionalización técnica: «clarificar y jerarquizar el estatus de los espacios libres para evitar los conflictos de uso y entre usuarios», ya que a menudo no se sabe a quién pertenecen. Pero lo que sí se sabe es que los «ángulos muertos» no son iguales para todo el mundo. De hecho, estos «espacios sin vocación específica» poseen la utilidad de acoger actividades muy concretas, si se las puede denominar así: las de la economía «informal» o «paralela». «Las superficies vacías demasiado amplias favorecen el encuentro de los hooligans», afirma la geógrafa urbanista británica Alice Coleman. La publicación en 1985 de su obra *Utopia on trial* (La utopía a juicio), un verdadero manifiesto de la arquitectura de «prevención situacional», dio el pistoletazo de salida para la aplicación de estas políticas en algunos grupos de viviendas sociales en Inglaterra (Coleman, 1985). Su obra está inspirada por una obsesión: «ocupar» el terreno, es decir, cuadricularlo, recortarlo y reasignarlo a otros usos —y usuarios—... controlables.

Con este propósito, la mayor parte del espacio público preexistente será «parcelado», o sea, dividido y transformado en jardines adosados a cada inmueble, protegidos por verjas. Dispuestos en torno a un edificio o incluso al pie de uno o dos huecos de escalera, pasan a ser semiprivados. De hecho, como sólo los residentes de los apartamentos correspondientes pueden usarlos, en la práctica se prohíbe su uso a los residentes «externos», percibidos como extranjeros e incluso como posibles enemigos. El resultado es una privatización parcial del espacio público, que se convierte en residual en la medida en que las superficies que escapan al «parcelado» se encuentran reducidas a una función de circulación. Dicho de otro modo, la «residencialización» tiene por objeto eliminar, o al menos restringir, el espacio realmente común (patios, jardines, descampados...).

Oficialmente, se apuesta por la «solidaridad» entre los habitantes y por una apropiación «positiva» de los lugares.

Se apuesta por las virtudes de uno mismo a costa de la alteridad: mejor conocerse entre vecinos para identificar mejor a los extranjeros del suburbio e incluso del edificio, percibidos a priori como intrusos. Esta política/policía del espacio urbano trata de reforzar las exclusivas/exclusiones de los indeseables. Según un arquitecto partidario de esta reconfiguración, «la residencialización conlleva la idea de que hay que hacer salir al enemigo del interior» (Landauer, b, 2001). Aunque reconoce que esto plantea un problema: «¿Está el enemigo en el interior del territorio que se quiere proteger o viene del exterior?» Los encuentros nocturnos de jóvenes en los vestíbulos de los edificios, por ejemplo, que desde hace poco pueden perseguirse de forma penal en Francia, se forman a partir de una mezcla de jóvenes del interior con otros que vienen de fuera.

La política de la «mixicidad», otra buena idea, aparentemente, también obedece a preocupaciones de orden público. Debido a la «violencia urbana» que emana de esos lugares, las bolsas urbanas de pobreza, que se han multiplicado durante los últimos treinta años, a menudo son comparadas con «polvorines» a punto de «explotar». De ahí surge la idea de fraccionar los «grandes conjuntos» en conjuntos pequeños o, en su defecto, demolerlos, parcial o totalmente, con el fin de terminar con las concentraciones de «familias problemáticas» y otros «problemas sociales». Siguiendo el viejo dicho de «divide y vencerás», se intentará dispersarlas y diluirlas en unidades residenciales de pequeño formato, diseminadas en barrios «sin problemas» —con la sola excepción, por supuesto, de los barrios burgueses, en los que el emparejamiento selectivo y la cultura endogámica propias de la elite excluyen cualquier inyección, incluso en dosis homeopáticas, de presencia popular— para reintroducir la «mixicidad». Una vez colocados, en minoría, bajo la mirada de familias más desahogadas y mejor educadas, los jóvenes subproletarios, tentados por la delincuencia y propensos al «incivismo», quizás perderán ese «sentimiento de impunidad» que la apropiación de

un espacio público que habían convertido en su «territorio» despertaba en ellos.

Bajo una perspectiva más represiva, la de la «reconquista de zonas ilegítimas», que pasarán a llamarse zonas «sensibles», se llevarán a cabo grandes operaciones de reestructuración urbana para que los delincuentes ya no se sientan en «su» terreno. Siempre en nombre de la «recalificación urbana», se obturarán o eliminarán las pasarelas y vestíbulos que facilitan la huida de los «gamberros», en caso de carreras y persecuciones con las fuerzas del orden. Las porterías cambiarán de emplazamiento y se transformarán en «puestos de control», situándolas en los salientes de las fachadas y ya no en la planta baja —demasiado vulnerable—, sino en un segundo nivel, para permitir a sus ocupantes ver todo lo que sucede a los pies de los inmuebles sin tener que moverse. También se evitará la construcción de azoteas que puedan servir no sólo como refugio a los traficantes de droga, sino también como puestos de vigilancia para sus aguadores o como posiciones de tiro que los protegen durante los enfrentamientos con la policía, a menudo recibida con una lluvia de piedras, lanzamiento de carritos de súper, frigoríficos viejos o muebles usados. A veces, arquitectos y paisajistas también se ven impelidos a cambiar los aparcamientos de sitio y a rediseñar los espacios de circulación, con el fin de facilitar las rondas de la policía motorizada e incluso la eventual intervención de carros blindados.

El partidario de la «arquitectura defendible» antes citado afirma que «no sería necesario que el espacio público se redujera al espacio que queda entre recintos securizados». Pero éste es el caso hace tiempo ya de los centros urbanos y los barrios comerciales. La moda ideológica de la que goza actualmente la temática referente al espacio público, la retórica eufórica que acompaña a cada una de sus reordenaciones, en la que se celebra el «renacimiento urbano» y el «retorno de la urbanidad», no bastarían para disimular el hecho de que el dominio público cambia poco a poco de carácter, para parecerse cada vez más al dominio privado,

tanto en su aspecto como en su uso. La diferencia entre galerías comerciales, *piazzas* o *atriums* de los megacomplejos comerciales —y otros *shoppings malls* edificados por iniciativa de la promoción privada— y las calles «peatonales» y plazas «recalificadas» bajo la égida de los poderes públicos tiende a esfumarse. En la práctica, el ciudadano queda reducido, la mayor parte del tiempo, al estatus de consumidor, excluyendo así a todos aquellos que, por falta de medios, no pueden aspirar a dicho estatus, y cuya presencia en estos lugares resultará, por lo tanto, incongruente. Las actividades gratuitas que se desarrollaban en el ámbito público han sido también reemplazadas, poco a poco, por las actividades de ocio, entretenimientos y servicios de pago en lugares especializados, accesibles al público pero estrechamente vigilados. «El entorno construido contemporáneo cada vez contiene menos espacios públicos significantes, y los existentes cada vez están más controlados por todo tipo de dispositivos de vigilancia y más asediados por intereses de orden privado» (Ellin, 1997).

Sin embargo, hubo un tiempo en que las avenidas, las plazas y los parques, eran percibidos y experimentados como espacios de convivencia entre grupos sociales. Ciertos espacios urbanos fueron concebidos como una especie de válvula de escape para que las tensiones entre las clases y las etnias pudieran atenuarse, para que unos y otros se relacionaran entre sí alrededor de actividades de ocio y gustos comunes, aunque no se mezclasen entre ellos. Actualmente, en cambio, «esta visión reformista de los espacios públicos como emolientes de la lucha de clases, incluso como fundamento de la *polis*, parece tan obsoleta como las panaceas keynesianas para el pleno empleo» (Davis, 1997). Con sus bibliotecas, mediatecas, museos, auditorios, palacios de congresos, comercios de «alta gama» y sus restaurantes «diferentes», los barrios renovados o «rehabilitados» del centro son cada vez más selectivos y exclusivos. Frecuentados mayoritariamente por la alta y media burguesía, están vetados de facto, sino de jure, a las capas populares.

Los espacios públicos, consagrados principalmente a la circulación de las personas... y las mercancías, también están «securizados»: desaparición de bancos públicos susceptibles de fomentar la estancia de individuos indeseables (vagabundos, *zonards*⁵, borrachos, mendigos...) en pro de un mobiliario urbano de «vanguardia» destinado, en primer lugar, a orientar y canalizar los flujos; multiplicación de pasajes, pasarelas y escaleras mecánicas, que funcionan como filtros respecto a las calles populares vecinales; colocación, bajo el pretexto del «embellecimiento», de grandes macetas con flores, fuentes y escaleras a la entrada de vías comerciales para evitar la irrupción súbita de vehículos «sospechosos», etc.

En Montpellier, por ejemplo, han colocado filigranas de hierro sobre los bordillos de piedra o en los bordes de las fuentes con fines no solamente decorativos: su angulosidad disuade a cualquiera de ir a sentarse. Los únicos asientos que se ponen a disposición de los viandantes, con profusión, son los de pago de las terrazas de los bares. En la Place de la Comédie, las célebres «Tres gracias» ya no podían sufrir por más tiempo la ingrata promiscuidad de los punkis andrajosos que, acompañados por sus ruidosos perros, habían establecido allí su cuartel general. Nuevamente, con la excusa del embellecimiento, el estanque y los escalones que las rodeaban fueron reemplazados por un gracioso amasijo de piedras donde el agua fluye continuamente, obligando a la «*zône*» a mudarse un poco más allá. En Lyon, en la plaza Terreaux, fueron los chorros de agua y los juegos intermitentes de agua los que se encargaron de «limpiar» el sitio, método más refinado y discreto que los riegos aleatorios de los escalones del patio del Forum des Halles de París, destinados a dar caza a las «sanguijuelas» venidas de la periferia que se habían apostado allí.

5. *Zonard* es el nombre con el que se conoce a los jóvenes de los suburbios del área metropolitana de París. (N. de la T.)

A todos estos dispositivos decorativos con vocación disciplinar hay que añadir la proliferación, en los espacios públicos, de cámaras de videovigilancia y agentes de control social: policías, militares, vigilantes, guardas, pero también jóvenes en paro sin cualificación reclutados como auxiliares de las fuerzas del orden oficiales, bajo etiquetas fantasiosas («auxiliar de seguridad», «agentes locales de mediación social», «agentes medioambientales», «corresponsales nocturnos», etc.). En la capital los ediles de izquierdas recién elegidos se encargaron de «recalificar» algunas arterias, cuya mala reputación se había evidenciado en el transcurso de «rutas de exploración nocturna» debidamente mediatizadas, para convertirlas en «espacios civilizados». Y esto con el fin de protegerlas de la barbarie, procedente de fuera, es decir, de las «periferias», próximas o alejadas de la humanidad. El espacio público tiende así a convertirse en un espacio de civismo, situado bajo el signo de la urbanidad, es decir, de la seguridad. ¿Para que olvidemos esto bastará con la publicidad que todo lo invade con sus rótulos de colores, sus letreros luminosos y sus paneles electrónicos? ¿Acaso no viene a corroborar esto la hipótesis de su privatización, a imagen y semejanza del «Valle de las Marcas» de Eurodisney? Bajo la varita mágica de los arquitectos y decoradores, el pasillo central de un centro comercial se transforma en una gran calle de pueblo, tipo Ile-de-France, aséptica y securizada, en la que el cliente es el rey, tanto más cuando que cualquier desviación de la norma ha sido expulsada.

Según uno de los planificadores partidarios de la aplicación del espacio defendible «a la francesa», «la aparición de la noción de seguridad transforma tanto la lógica espacial de las operaciones urbanas de la posguerra, como sus objetivos estratégicos y organizativos, y su división del espacio» (Landauer, 1996). Al menos hubiera podido precisar que la «posguerra» a la que hacía alusión era la de la Segunda Guerra Mundial, ya que el alistamiento de arquitectos y urbanistas en la «lucha contra la inseguridad», medio siglo después, no hacía más que señalar una etapa suplementaria en la gue-

rra, en esta ocasión civil y de un nuevo tipo, que se desarrollaba subrepticamente contra las clases dominadas desde hacía una veintena de años, con la instauración de un nuevo modelo de acumulación del capital basado en la «flexibilización» del mercado de trabajo y el desmantelamiento del «Estado social» (*welfare state*).

El aumento de la precariedad de las condiciones de vida de las capas populares, en Francia igual que en otras partes, no hará más que consolidar, entre los habitantes más acomodados de las metrópolis, el deseo de separación y la preocupación por protegerse frente al resto de la población. De hecho, en lo sucesivo, en una sociedad cada vez más desigual, la creciente diversificación de las categorías sociales va a la par con la creciente división entre ellas. A falta de un cuestionamiento de la estructura de la sociedad global, es poco probable que la *Cité* pueda volver a ser una «comunidad». Al contrario, los muros, cercados y barreras de todo tipo, materiales o virtuales, visibles o invisibles, continuarán elevándose entre los ricos, refugiados en enclaves de alto copete autovigilados, y los pobres, confinados en zonas de relegación hipercontroladas. En los unos, el Gran Hermano velará por sus habitantes; en los otros, los vigilará.

Para terminar, citaremos la amarga observación que inspira al sociólogo Zygmunt Bauman la aparición, en el seno de la «civilización urbana», de lo que bien podría considerarse una forma inédita de barbarie (Bauman, 1999):

La ciudad, que originariamente fue construida por razones de seguridad —para proteger a los habitantes del interior de los muros de la ciudad contra los enemigos que siempre irrumpían desde el exterior— está asociada, en nuestra época postmoderna, más al peligro que a la seguridad. Los «miedos urbanos» contemporáneos, a diferencia de los miedos que en el pasado condujeron a la construcción de las ciudades, tienen por objeto el «enemigo interior». Este tipo de miedo no genera una inquietud en cuanto a la suerte de la ciudad

como tal—concebida por sus habitantes como una propiedad colectiva y una garantía de seguridad individual—, sino que más bien conduce a cada uno a aislarse y a proteger su morada en el interior de la ciudad. Los muros construidos en otro tiempo alrededor de la ciudad la recorren ahora por todas partes, bajo la forma de dispositivos más o menos visibles, dirigidos ya no contra eventuales invasores, sino contra los ciudadanos indeseables.

A título de conclusión provisional, se puede avanzar que el «espacio defendible» se revela ante todo como algo indefendible. En primer lugar, porque aunque pueda erigir obstáculos físicos a las acciones delictivas más comunes, la experiencia demuestra que los agresores decididos, experimentados y organizados, siempre sabrán cómo superarlos, sobre todo cuando proceden de esos medios ahora «protegidos», como se ha podido comprobar en algunos «sucesos» recientes. Además, a pesar de que algunas personas pueden sentirse algo reconfortadas en dicho entorno, éste también contribuye, a causa del ambiente paranoico que crea, a mantener e incluso a acentuar el sentimiento general de inseguridad y desconfianza que prevalece en nuestros días. Finalmente, y sobre todo, porque «el compromiso de construir una verdadera comunidad siempre va más allá del ladrillo y el mortero» (Blakely y Zinder, 1997), a no ser que consideremos las formas arquitectónicas y urbanas como elementos autónomos que, por su propia lógica, tendrían el poder de generar o de modificar las prácticas sociales.

Sin duda es lógico que, al no controlar las condiciones generales que favorecen el desarrollo de las formas de violencia e incivismo en el espacio urbano, ni aquellas que producen la demanda securitaria, la acción de los poderes públicos y la reflexión de los expertos que les asesoran tiendan a conformarse con la organización y la reordenación del entorno construido. Pero cualquier planteamiento que pretenda resolver los problemas sociales reduciéndolos a una

cuestión de forma urbana está abocado al fracaso: el hecho de que surjan en las ciudades no significa que procedan de las ciudades. Como subrayaba el sociólogo Pierre Bourdieu, «lo esencial de lo que se vive y se ve sobre el terreno, es decir, las evidencias más chocantes y las experiencias más dramáticas, tienen sin duda su origen en el afuera» (Bourdieu, 1993). Este «afuera», que se encuentra en todas partes y en ninguna, no es más que el capitalismo «global». Defender la legitimidad de un «espacio defendible», ¿acaso no implica, entonces, defender el sistema social, cada vez menos defendible en el plano ético y político, que éste intenta perpetuar?

BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, Zygmund (1999): *Le Coût humain de la mondialisation*, Hachette, París (reedición en Point Seuil, París, 2000).
- BLAKELY, Edward; SNYDER, Mary Gail G. (1997): «Divided We Fall: Gated and Wall Communities in the United States»; en *Architecture of Fear*, Princeton Architectural Press, Nueva York.
- BOURDIEU, Pierre (1993): «Effets de lieu»; en *La Misère du monde* (dir. P. Bourdieu), Seuil, París.
- CASTELLS, Manuel (1973): *La Question urbaine*, Maspero, París.
- CLARKE, Ronald Victor: «Les technologies de la prévention situationnelle», *Cahiers de la Sécurité intérieure*, n.º 21, 3er trimestre 1991.
- COLEMAN, Alice (1985): *Utopia on trial*, Hilary Shipman, Londres.
- DAVIS, Mike (1997) *City of Quartz*, La Découverte, París.
- DUPORT, Jean-Pierre: entrevista, *Les Cahiers de la recherche architecturale et urbaine*, n.º 1, Éditions du Patrimoine, París, 1999.
- ELLIN, Nan (coord.) (1997): *Architecture of Fear*, Princeton Architectural Press, Nueva York.
- GARNIER, Jean-Pierre (1996): *Des barbares dans la Cité*, Flammarion, París.
- (1997): *La Bourse ou la ville*, París Méditerranée (colección Les pieds dans le plat), París.
- (1990): *Le Nouvel ordre local*, L'Harmattan, París.
- HEERS, Jacques (1990): *La Ville médiévale*, Hachette (colección Pluriel), París.
- LANDAUER, Paul (a): «Paysages sous surveillance: les contraintes de sécurité dans les grands ensembles», *Cahiers de la sécurité intérieure*, n.º 23, 1er trimestre 1996.
- (b): entrevista, *Libération*, 26-27 mayo 2001.
- MONTAIN-DOMENACH, Jacqueline; FROMENT, Jean-Charles: «Sécurité et urbanisme», *Les Cahiers de la recherche architecturale*, n.º 1, mayo 1999.
- NEWMAN, Oscar (1972): *Defensible space*, Mac Millan, Nueva York.
- QUERRIEN, Anne; LASSAVE, Pierre: «Au risque des espaces publics», *Les Annales de la Recherche urbaine*, n.º 83-84, septiembre 1999.
- RANCIERE, Jacques (1995): *La Mésentente*, Galilée, París.

Arquitectura y anarquía: una pareja mal avenida*

«Un día vi un grabado que representaba un arquitecto de la antigua India: un hombre sentado en el centro de una casa, armado con una larga vara con la que indicaba a los obreros dónde colocar sus piedras. Estar sentado y dar órdenes a los albañiles, había encontrado mi vocación.»

Renzo Piano, arquitecto¹

¿Podrían mantener la arquitectura y la anarquía algún tipo de relación que no fuera a priori antinómica? Decir que la arquitectura está, desde sus orígenes, al servicio del orden, no es gran cosa; prueba de ello es la edificación de templos para honrar a los dioses, los palacios para proteger a los poderosos o los monumentos para gloria de los tiranos. No cabe duda de que la arquitectura es un símbolo de la autoridad. Pero no sólo eso: es ante todo uno de sus instrumentos, y no de los menores, ya que constituye un medio indispensable de su ejercicio. «Más que una representación ostentosa del poder, la arquitectura se halla en el origen del arte de mandar. Todo poder se ejerce arquitectónicamente»². Además, la etimología griega de la palabra es sin duda significa-

* Artículo publicado en *Réfractations*, n.º 11, Lyon, otoño de 2003.

1. Galardonado en 1998 con el premio Pritzker (el Nobel de la arquitectura), Renzo Piano es el coautor del Centre Pompidou. Realizados en los cuatro puntos cardinales del globo, sus proyectos figuran entre las obras maestras incontestadas —e incontestables— de la arquitectura contemporánea: Centre Jean-Marie Djibaou en Nueva Caledonia, la terminal aeroportuaria de Kansai en Okinawa, la sede social de *Hermès* en Tokio y la del *New York Times* (en construcción) en Nueva York, etc.

2. Benoît Goetz, «La dislocation : critique du Lieu»; en Ch. Younès y M. Mangematin, *Lieux contemporains*, Descartes & Cie, 1997.

tiva: el prefijo *arkbi* determina lo que es preeminente, designando lo que viene primero en el orden tanto cronológico como jerárquico. Dicho de otro modo, el comienzo va unido al mando (*arkbê*).

Marcada como nunca antes por el elitismo y el autoritarismo, la propia práctica de la arquitectura se resiente por ello. Desde esta perspectiva, carece de sentido soñar con «democratizarla», como hicieron los estudiantes «contestatarios» de la disciplina hace una treintena de años. Su afán por deshacerse de la tutela de sus «grandes maestros» era tal, que algunos llegaron incluso a declararse maoístas —o por lo menos a secundar el maoísmo que se practicaba en los salones y en los seminarios— para incitar al arquitecto a «descender de su pedestal», a practicar el «retorno a la base» con el fin de poder «escuchar a las masas». Pero en cuanto empezaron a ejercer la profesión, estos revolucionarios de la mesa de dibujo corrieron a reconciliarse con la tradición de los mandarines. Y eso si es que alguna vez habían roto con ella. En cuanto renegaron del izquierdismo de su juventud, los Jean Nouvel, Christian de Portzamparc, Roland Castro y otras «estrellas de la arquitectura» empezaron a dejarse ver como nunca antes en los círculos del poder.

¿Es posible, por tanto, y a propósito de la creación arquitectónica, un punto de vista anarquista que no sea puramente negativo, por no decir iconoclasta? ¿Acaso no estará la arquitectura abocada a servir al Príncipe eternamente, aunque éste se reclame servidor del pueblo, como fue el caso de los países del socialismo realmente inexistente o aquellos donde, hoy en día, gobierna supuestamente la «democracia», si es que la podemos llamar así? Por muy impresionante que pueda ser y por muy fuerte que sea la impresión estética que nos cause, ¿acaso la huella que dejan los humanos sobre la tierra a través del arte de construir no será, a fin de cuentas, la huella del dominio y la sumisión? ¿Acaso este arte, debido a su naturaleza intrínsecamente autoritaria, y como si se tratase de una excepción que escapa a la regla, debería escapar a la «revolución total» o «integral»

que constituye el horizonte de la lucha por la emancipación? Dicho de otro modo, ¿cómo romper el vínculo secular que asocia el poder de los lugares con los lugares del poder y reinventar el primero a partir de aquello de lo que los humanos han sido desposeídos por los lugares del poder, es decir, su capacidad para auto-instituir, individual o colectivamente, su relación con el *habitar*?

Las falsas ventanas de la autoconstrucción

Hay múltiples maneras de abordar este vínculo y que permite a los habitantes dar rienda suelta a sus facultades creativas e inventivas en su relación con el hábitat. La primera que se nos ocurre es, por supuesto, la autoconstrucción. Se han dedicado muchos artículos al tema, pero este tipo de respuesta y las experiencias en las que se inspira o a las que ella misma inspira no responden exactamente a la problemática enunciada anteriormente.

La autoconstrucción, que a menudo se realiza bajo el signo de la urgencia y la miseria, constituye hoy en día, y en primer lugar, una forma de supervivencia corriente en aquellos países donde una mayoría de la población, víctima de la opresión de los regímenes gobernantes, malvive en la miseria y el desamparo. No hay duda de que la chabola que les sirve de refugio, o de residencia, es fruto del «buscarse la vida», es decir, de una inventiva dictada por la necesidad. Pero, a no ser que se caiga en el populismo exótico del que se complacen ciertos antropólogos enamorados de la «cultura de la pobreza», resulta imposible, si no se quiere ser ni cínico ni demagógico, descubrir en los barrios de chabolas el esbozo de un modelo alternativo de creación arquitectónica. En el mejor de los casos, y como mucho, se podrían tomar de estos barrios algunas ideas susceptibles de mejorar lo existente (elección de materiales económicos, utilización de los saber-hacer locales, adaptación de las disposiciones espaciales a los modos de vida...), como hacen los expertos en desarrollo, «duradero» o no.

También en los países del capitalismo avanzado la autoconstrucción ha sido considerada como el no va más del «hábitat autogestionado». Sin embargo, de esto no se deriva que la creatividad en materia arquitectónica se encuentre siempre a la vuelta de la esquina. A pesar de los constantes esfuerzos de algunos investigadores en ciencias sociales por evidenciar la «riqueza de significados» de las casetas construidas por sus propietarios o bajo su atenta mirada, lo que predomina es la mediocridad y la banalidad estética. En consecuencia, no se debe confundir el saber-hacer constructivo que pueden demostrar los «constructores de domingo» con una forma más de inventiva estética. Por ejemplo, las viviendas unifamiliares construidas por los trabajadores inmigrantes portugueses, españoles o griegos, para sus familias con la perspectiva de retorno a su país, no estropean menos el paisaje de su región de origen que las urbanizaciones y otros «pueblos de nueva planta» que proliferan en la periferia de las ciudades de los países de acogida. Y es que la «competencia» práctica y lingüística del «que se construye el chalet», que algunos sociólogos han erigido en símbolo del «que ocupa activamente» su alojamiento, no lo convierte automáticamente en creador. Igualmente, la ingeniosidad de la que puede hacer gala para «hacer chapuzas» en el interior de su vivienda o para arreglar el jardín sigue siendo, la mayoría de las veces, presa de los estereotipos sacados de los «modelos-tipo» de casas prefabricadas vendidos «llave en mano» por catálogo, que hacen imposible salirse de los caminos ya marcados. ¡No todo el mundo es el *Facteur Cheval*³!

3. Ferdinand Cheval (1836-1924), conocido popularmente como *Facteur Cheval*, el cartero Cheval, fue efectivamente un cartero que invirtió 33 años de su vida en construirse el *Palacio ideal*, a partir de las piedras que iba recogiendo en sus viajes de vuelta a casa desde el trabajo en Châteauneuf-de-Galaure. Considerado uno de los máximos exponentes del arte marginal —aunque para sus paisanos sólo era el «tonto del pueblo»—, tras su muerte se interesaron por su obra personajes como André Breton y Pablo Picasso. En 1969 su castillo fue declarado Patrimonio Nacional por el entonces ministro de Cultura, André Malraux. (N. de la T.)

En oposición a este hábitat autoconstruido en que diversidad y repetición van de la mano, existen prototipos de vivienda «innovadores», que surgen de iniciativas diversas, en casas individuales o en pequeños inmuebles comunitarios, concebidos y realizados por sus propietarios, a menudo con la ayuda de amigos arquitectos, urbanistas, ingenieros o dibujantes. Se trata de experiencias sin duda enriquecedoras, pero que sólo están al alcance de una minoría acomodada deseosa de demostrar que se podría «vivir de otro modo» en un mundo sin alteraciones a nivel global. Lo mismo sucede con las «barracas reformadas» por sus compradores para ser convertidas en segundas residencias en las zonas rurales amenazadas de desertificación. ¿Y qué decir de los «lofts» que la gente con dinero ha arreglado a precio de oro en talleres o almacenes recalificados de uso urbano y que constituyen el legado de la desindustrialización?

Quizás se pueda objetar que antes de que los «pijos» invirtiesen en ellas, las «áreas industriales abandonadas urbanas» habían servido inicialmente de lugar de acogida de los «marginales», más o menos empobrecidos, alérgicos al derecho a la propiedad y a la mercantilización generalizada del espacio urbano. Las okupas, lugares de experimentación social al mismo tiempo que modo de supervivencia, brindarán a los no profesionales la posibilidad de desplegar su talento como arquitectos, sobre todo cuando los artistas las convierten en «espacios culturales», un talento que no hubiera pasado del estado virtual en cualquier otra situación residencial. Sin embargo, muy a menudo las contribuciones realizadas son de lo más superfluo. Hechas, además, con medios limitados, obligan a los okupas a vivir en condiciones precarias, en cuanto a comodidad e higiene, en espacios donde la inventiva y la creatividad arquitectónica no han sabido encontrar su lugar.

La recuperación imaginativa de los intersticios de un tejido urbano degradado, que presuntamente «rompía con el urbanismo capitalista», no ha tardado en inspirar a concejales y promotores que se han sumado también a la búsqueda

de una alternativa a una «renovación» que se ha hecho impopular y sobre todo invendible, a largo plazo, debido a la destrucción estética y ecológica que habría ocasionado. Un nuevo modelo de «reconquista urbana» le ha sucedido: la «rehabilitación» de los antiguos barrios populares y su «gentrificación», es decir, su progresiva —por no decir progresista— ocupación por parte de individuos con dinero, colgados y prendados de un inconformismo de marca⁴. En este caso, la autoconstrucción deja de ser una apuesta. A partir de ese momento se tendrá que recurrir a los arquitectos especializados para «reinventar» la ciudad.

El *impasse* de la «participación»

A raíz del impulso liberador de Mayo del 68, se acumuló rápidamente toda una literatura alrededor de la temática del «derecho a la ciudad», teorizado por el sociólogo Henri Lefebvre y popularizado por una pequeña-burguesía intelectual radicalizada que veía en el «campo urbano» la apertura de un «nuevo frente» contra la dominación burguesa. Las «luchas urbanas», llevadas a cabo en aquella época contra los proyectos de planificación de la tecnocracia o las operaciones inmobiliarias de los «vendedores de ciudad», parecían confirmar la buena base de dicha perspectiva. Organizados en asociaciones de usuarios, asambleas de residentes y otras asociaciones de vecinos, apoyados por militantes que auguraban una extensión o desplazamiento del «conflicto» del campo de trabajo al espacio urbano, muchos ciudadanos hicieron valer su voluntad de intervenir directamente en un ámbito que hasta aquel momento estaba reservado al urbanismo y a la arquitectura.

⁴. Para saber más acerca de este proceso, léase: Catherine Bidou-Zacharian (dir.), *Retours en ville*, Descartes et Cie, 2003.

El eslogan «cambiar la ciudad para cambiar la vida», que los situacionistas tomaron prestado de los arquitectos futuristas de la URSS preestalinista, y antes de ser convertido en cantinela electoralista por los «voceros» del PS, abrirá la vía a una proliferación de propuestas orientadas a hacer «participar» a los habitantes en la «mejora de su entorno de vida». Incluso se llegará a preconizar la «autogestión» de éste último, en nombre de una profundización de la «democracia local» que se juzga indispensable. Arrastrados por este flujo ideológico, los arquitectos hablarán de «vincular a los usuarios» con la definición y la puesta en marcha de los proyectos urbanos, y los más radicales no dudarán en retomar, por su cuenta, la consigna lanzada por su colega egipcio Hassan Fahti, en un contexto totalmente diferente: «construir con el pueblo».

Por supuesto, estas proclamas no sólo no vieron la luz sino que ni siquiera tuvieron consecuencias notables sobre la división de roles entre, por una parte, los productores del espacio urbano, es decir, quienes toman las decisiones, y quienes lo diseñan, que son los únicos habilitados para determinar, entre otras cosas, qué formas debe revestir la ciudad en el futuro; y, por otra parte, los consumidores, es decir, la mayoría de sus habitantes, invitados por una «crítica» arquitectónica servil no sólo a aceptar, sino a aprobar e incluso aplaudir las «grandes obras» realizadas sin su aval.

Ciertamente, en las altas esferas se preocuparon por conocer un poco mejor, en materia de urbanismo y de arquitectura, los gustos y aversiones del pueblo, transmutado, entretanto, en «público». Regularmente, una cuadrilla de investigadores se despliega «sobre el terreno» para captar sus «necesidades», estudiar sus «prácticas», tantear sus «representaciones». Además, el desarrollo de las «nuevas tecnologías de comunicación», utilizadas, sobre todo en este caso, como técnicas audiovisuales informatizadas de manipulación, ha permitido a los políticos locales poner a punto procedimientos de «concertación» cada vez más sofisticados para convertir al ciudadano en un «protagonis-

ta de pleno derecho en la Ciudad». No obstante, cuando se le pide su opinión, pocas veces será en relación con proyectos urbanos susceptibles de modificar notablemente su entorno, sino más bien sobre cuestiones tan vitales como el emplazamiento de un campo de petanca, la altura de las aceras o la señalización de un paso cebra. Sea como sea, aunque llegue a tener voz y voto, ¡jamás sobrepasará el nivel «consultivo»!

A pesar de los esfuerzos que han realizado las autoridades y sus compinches mediáticos para hacer creer lo contrario, el «derecho de control» otorgado al ciudadano en relación con la calidad del paisaje urbano no ha hecho más que confirmarlo y confinarlo en el estatus que siempre ha tenido: el del espectador. Hoy como ayer, el arte de construir sigue siendo prerrogativa de los Príncipes, ya sean gestores «globales», gobernantes nacionales o potentados locales, auxiliados por los arquitectos de renombre cuyos servicios han contratado.

Puro producto de la separación y la fragmentación de la praxis humana bajo el efecto de la división capitalista del trabajo, la creación arquitectónica pasa por ser, con toda razón, una actividad altamente especializada reservada a una minoría, por no decir a una elite. Hoy en día, sólo los individuos con una formación, conocimientos y aptitudes adecuadas pueden aspirar a transformar el entorno en el que sus semejantes se ven obligados a vivir. ¿Debemos, por tanto, terminar por admitir que la hipótesis inicial, formulada por André Bernard y Philippe Garnier, según la cual «el poder de innovar, de inventar, está en el corazón de cada hombre, como potencialidad», no podría aplicarse a la producción arquitectónica y, por extensión, a la producción del espacio habitado, con la excepción de los pequeños arreglos domésticos evocados anteriormente? ¿Tendremos que admitir, finalmente, que la complejidad que ha alcanzado hoy día la actividad constructiva vuelve ilusoria cualquier esperanza de reapropiación popular en este ámbito? ¿O no se tratará, más bien, como siempre que se utiliza el concep-

to de «complejidad», de una coartada para hacer impensable la idea misma de reapropiación?

¿«Madre de todas las artes» o hija ingrata de la artesanía?

Hubo un tiempo en que, junto a la arquitectura «culta» reservada a los edificios religiosos, nobles o civiles, es decir, a los emblemas construidos de la dominación, se desplegaba una arquitectura ordinaria que casi se podría calificar de popular, en la medida en que era la obra de artesanos sumergidos en la vida cotidiana de las «gentes modestas», entre quienes se contaban y con quien trabajaban en permanente colaboración. El hábitat resultante (casas, tiendas, calles, plazuelas, bóvedas, capillas, fuentes, tapias, terrazas...) se ajustaba tanto a las necesidades, deseos, gustos o creencias de cada uno, que no sería exagerado considerar al pueblo como el verdadero creador de su «entorno» y al artesano, por tanto, como simple mediador técnico. Para destacar el arraigo de esta «arquitectura sin arquitectos» en el sedimento sociohistórico local, los antropólogos la calificaron de «vernácula» —del latín *vernaculus*, es decir «nacido en la casa», que se aplicaba a los esclavos que no procedían de otro lugar—, por no decir «indígena», término más apropiado, pero que tiene unas connotaciones desagradables tras la colonización.

Si anteriormente se ha utilizado la expresión «entorno» entrecomillada es porque resulta mistificadora. Bajo el pretexto de valorizar el entorno señalando lo que tiene de vital para nuestros contemporáneos, incita a aprobar, naturalizándolo, el encuadramiento de su vida a través del espacio construido. Ahora bien, lo propio de la arquitectura llamada vernácula es que se elaboraba en *contacto* directo con la manera de vivir de sus habitantes, al contrario que la construcción industrializada que le sucederá y que hará pesar su *dominio* sobre ellos. La primera materializaba y simbolizaba

ba, al mismo tiempo, la autonomía que preservaba la colectividad que formaban los habitantes, aun cuando ésta debiera rendir cuentas a los poderosos, más o menos lejanos, bajo cuyo control se hallaba. La segunda, en cambio, se implantará conjuntamente con el urbanismo tecnocrático que se estaba desarrollando en paralelo, para enseñar a vivir a los habitantes —planteamiento que debe tomarse tanto en un sentido exacto como figurado—, según los cánones individualistas de la modernidad. Aunque estuviera dirigido, sin duda alguna, a crear consumidores dóciles, se despliega ante todo, tal y como recuerda un autor que no olvida la dimensión política de la destrucción programada del antiguo tejido urbano, para «romper la vieja capacidad de resistencia de las clases populares asegurando las condiciones materiales de su atomización»⁵.

La arquitectura vernácula precapitalista se mantendrá, a pesar de todo y más mal que bien, hasta que la «modernización», bajo la forma de la industrialización, acabe por invadir lo que se llamará el «sector de la construcción», acabando con el arte de construir de los artesanos, cuyos conocimientos se arrojarán al cubo de basura del «arcaísmo», al igual que el arte de vivir al cual estaba vinculado. En este sentido, la palabra «arte» sirve para calificar, al mismo tiempo, una manera de vivir y de concebir el entorno que se corresponde con ella, aunque esta última acepción tampoco sea del todo satisfactoria. De hecho, presupone una exterioridad del hábitat en relación con quien lo habita, típica de una sociedad en la que el sentido del *habitar* se va perdiendo poco a poco.

Habitar un espacio, en el sentido antropológico del término, es decir, transitivo, es poder invertir en él nuestros deseos, nuestros sueños y nuestros recuerdos, para hacer de él un lugar identificable en el que nos podamos recono-

cer, ya sea durante toda una vida o solamente por un breve espacio de tiempo, como huésped efímero de un lugar o simple visitante de paso. Pero lo más habitual es que tengamos que reprimir nuestros sentimientos y aspiraciones, obligados a vivir en un espacio que no sólo se vivirá como externo, sino que nos resultará extraño e incluso hostil. Indisociables, el «saber hacer» y el «saber vivir» la ciudad —o el pueblo— se combinaban en el pasado para convertir de modo espontáneo a ésta —o a aquél— en una *obra*. En la actualidad, como ya hemos dicho, el capitalismo los ha convertido intencionadamente en productos, como a todo lo demás.

Por tanto, la arquitectura fue durante mucho tiempo fruto de una actividad artesanal, antes de ser entronizada, con o sin razón, como «madre de todas las artes». Y sería un error hacer abstracción de los «imperativos» del modo de producción capitalista, porque la arquitectura jamás volverá a ser esa actividad artesanal, al menos en parte, aunque el propio artesanado fuese reactualizado. Ésta es la vía que preconiza, entre otros, el arquitecto belga Léon Krier, más libertario que anarquista, cuyos proyectos han podido realizarse, a veces a escala de un conjunto de apartamentos, de equipamientos y de espacios públicos, en el marco de la lógica de mercado, por supuesto, pero sin haber tenido que recurrir a métodos industriales pretendidamente eficaces y que han conducido a los consabidos fracasos técnicos, culturales, ecológicos y políticos. Una vez liberados, como cualquier otra actividad productiva, de la obsesión de la rentabilidad y del beneficio, la cuarentena de gremios que componen el artesanado de la construcción podría ofrecer infinitas posibilidades de expresión artística e invención personal a multitud de individuos, reduciendo mucho, a falta de poder acabar con él, el monopolio creativo que se arrojan los arquitectos.

5. Jean-Claude Michéa, «De la destruction des villes en temps de paix», *Revue du Mauss*, n.º 14, 2.º semestre de 1999.

Vivir del arte de los otros

«Un pueblo, una casa de campo entre bancales de cultivos en el flanco de una colina humaniza el paisaje hasta el horizonte: la pobreza y la soledad que albergan sus piedras proyectan sobre sus alrededores la presencia de un sentido secreto y de un orden deseable». En una sola frase y con un único ejemplo, el sociólogo Michel Freitag resume e ilustra lo que la arquitectura podría tener de problemática hoy en día⁶. Y esta carencia a la que tendrán que asumir todos aquellos —la mayoría— que no pudiendo dar forma y modelar por sí mismos sus lugares de vida, ni siquiera como aficionados, tendrán que contentarse con emocionarse, regocijarse, divertirse, recordar e imaginar, cada cual a su manera en contacto con los espacios concebidos y fabricados por otros.

Se puede afirmar, sin correr el riesgo de ser contradicho, que la mayor parte de lo que se ha construido en el transcurso de las últimas décadas corta por lo sano, salvo raras excepciones, con cualquier aspiración o deseo de descubrir o de proyectar en lo construido otro significado que no sea el de la utilidad. «¿Qué mundo se deja entrever y desear más allá de la funcionalidad inmediata de la reordenación de los lugares y las cosas?»⁷ ¿Qué «presencia» se puede adivinar en el entorno urbanizado que se nos propone/impone en la actualidad? En realidad, no son necesarios los arquitectos, urbanistas, paisajistas y artistas plásticos para intentar restablecer el diálogo entre los habitantes y «su» hábitat. Pero el hecho de que haya necesidad de todos esos «profesionales», «expertos», «especialistas» y otros «mediadores» — como se les suele llamar — pone de manifiesto, precisamente, que la capacidad de inventar que tendría que existir en el corazón de cada hombre en tanto que habitante, al igual que en otras esferas de su existencia, ya no le pertenecen.

6. Michel Freitag, *Architecture et société*, Editions Saint-Martin, 1992.

7. *Ibid.*

¿Más allá de su utilidad, la arquitectura, sea cual sea, acaso no debería obtener, en estas condiciones, una nueva legitimidad a partir del poder que ejerce sobre el imaginario de los habitantes? No hablo de ese poder de intimidación e imposición al que nos referíamos al principio del artículo, como el poder de persuasión «clandestino» que se ejerce en los templos del consumo —incluido el consumo cultural, ya se trate de museos, teatros o salones de ópera—, muy en sintonía con una sociedad que prospera gracias a la pasividad general de una gran mayoría. De lo que se trata aquí es, más bien, de lo contrario, de un poder de incitación a la autoexposición.

En el artículo citado anteriormente, Philippe Garnier recordaba cuál era el criterio que proponía Picasso para evaluar si una obra de arte lograba su cometido: «que produzca sobre el otro el deseo de inventar, no sólo en la pintura, sino en su propio campo». Este criterio, evidentemente, también es válido para la arquitectura. Cabría añadir —aún con más razón— que, siendo «la madre de todas las artes» y dada la multiplicidad de registros estéticos sobre los que debe actuar, podría hacer nacer «vocaciones» creativas en las inclinaciones y en los ámbitos más diversos, entre personas cuyo oficio no es la arquitectura. Pensemos, por ejemplo, en todos aquellos que se han convertido en escritores, pintores, fotógrafos o cineastas —conocidos o desconocidos, con talento o sin él, poco importa— por haber tomado la pluma, el pincel o la cámara, con el único fin de compartir las sensaciones y emociones que sentían al recorrer una ciudad, un barrio, una calle, una casa...

En consecuencia, no se puede más que lamentar que todo lo precedente de lo que se construye bajo nuestros ojos participe de esta arquitectura muda o ininteligible que no ofrece ningún texto para leer, tan estéril para el espíritu como la monumentalidad locuaz que sirve de altavoz a los discursos, propagandísticos o promocionales, de los poderosos. Y puesto que es necesario un final feliz, acabaremos con la evocación de uno de esos lugares que nos interpelan,

como quien dice, porque otros consiguieron establecer un diálogo activo con ellos. Así pues, transportémonos a una de esas islas de las Cícladas que el genio de los hombres, hace mucho tiempo, supo hacer pasar por bendecidas por los dioses.

¿Cómo no sentir una profunda emoción ante esos pueblos encaramados sobre el borde de un acantilado que dan la impresión de que la nieve ha caído sobre ellos en pleno verano, o que sus copos, armoniosamente petrificados como por un azar poético, se resisten a derretirse en forma de olas sobre el acogedor puerto agazapado a sus pies? Ésta es una prueba irrefutable, si cabe, de la posibilidad de ese «arte inmediato del espacio» del que hablaba con pasión el escritor Jacques Lacarrière, poco antes de que el despliegue del turismo de masas hiciese sentir sus efectos nocivos sobre él. Soñemos, a pesar de todo, y hagamos lo imposible para que se haga realidad, con un mundo en el que todos los humanos, convertidos, de una manera u otra, en artistas, puedan volver a crear en lugar de contentarse con trabajar y consumir, si es que dichas actividades pueden ofrecer realmente algún tipo de satisfacción. Un mundo en el que cada cual se pueda fabricar, con los recursos existentes, desde los más rudimentarios a los más elaborados, pero sobre todo con su propio imaginario, un lugar a imagen del que evocaba el gran poeta cretense, Nicos Kazantzaki, cuando, en el crepúsculo de su vida, escribía: «En el atroz instante de la muerte, cerrad los ojos y, si veis Santorino, Naxos, Paros y Mikonos, entraréis, sin ni siquiera pasar por la tierra, en el Paraíso. ¿Qué recompensa puede ser el pecho de Abraham y los espectros inmateriales del paraíso cristiano comparados con esta eternidad griega, hecha de agua, de rocas y de una suave brisa?».

¿Rebeldes sin causa(s)?

*«A falta de poder fortalecer la justicia,
se ha justificado la fuerza.»
Blaise Pascal*

A juzgar por la conmoción que suscitó en el complejo político-mediático-intelectual francés la «insurrección de los suburbios», de los primeros días de noviembre de 2005, por retomar una formulación periodística entonces en boga, casi se podría tener la impresión de que habría surgido como una tempestad en medio de la calma. Sin embargo, a pesar de los innumerables discursos, expertos o no, que intentan sostener lo contrario, estudiar las llamadas políticas «de la ciudad» que, bajo éste u otro nombre¹, se han sucedido en Francia durante los últimos treinta años para mantener o restablecer la «paz civil» —es decir, el orden en las «barriadas»²— significa hacer la crónica de un desastre anunciado. O, para ser más exactos, de un desastre en marcha cuya existencia había sido implícitamente negada.

1. Bajo esta denominación burocrática, desprovista como tantas otras («violencia urbana», «barrio difícil», «zona urbana sensible») de validez científica, se esconde una gestión territorial de la marginación de masas que afecta a ciertas partes de la ciudad y a determinadas categorías de habitantes, consistente en tratar de forma local problemas cuyo origen se halla en otra parte por medio de una panoplia diversificada de medidas e intervenciones: económicas, arquitectónicas, educativas, culturales, deportivas, caritativas, policiales...

2. En francés *cités*: conjuntos, grandes o pequeños, de edificios de viviendas sociales construidos por iniciativa de los poderes públicos, entre 1960 y 1975, y donde en la actualidad viven los grupos más desfavorecidos de la población.

Posteriormente, sin duda, en cuanto la situación volvió «a la normalidad», entre los miembros del gobierno o de la que se autodenomina oposición, entre los alcaldes de las ciudades afectadas por el acontecimiento, entre los editoriales, los líderes asociativos y otros comentaristas autorizados se escucharía repetidamente un «¡Mira que os lo había dicho!». En este arte de la profecía retrospectiva, los expertos diplomados en «violencias urbanas» (sociólogos, politólogos, criminólogos, geógrafos, etc.) no se quedaban atrás, aunque la mayoría —como se suele decir— ni lo hubieran «visto venir»³. De hecho, había sido necesario esperar el inicio de este siglo para que los más lúcidos —o los menos timoratos— de entre ellos, muy minoritarios en la «ciudad científica», terminasen por descubrir que la «desesperación» y el «resentimiento» de los hijos de los inmigrantes víctimas del fracaso escolar, de la precarización profesional, de la marginación residencial y de la discriminación racista podían convertirse en «bombas de efecto retardado»⁴.

Sin embargo, los libros y artículos que, desde mediados de los años setenta, no han dejado de redundar en la «crisis de las periferias» estaban plagados de referencias frecuentes a una posible «explosión». En ellos se observaba, particularmente, una clara predilección por las metáforas «caloríficas», del tipo: «la temperatura sube» en los «barrios calientes». Se señalaba, además, que estos barrios jamás están protegidos de los «incendios», a pesar de los «planes de enfriamiento» destinados a prevenirlos. Y por si fuera poco, se añadía que se

pueden producir «golpes de calor» incluso fuera de los «veranos calientes»⁵. No obstante, se recomendaba tranquilidad, dado que se habían tomado medidas diversas en el ámbito de la «inserción» o de la «prevención» que permitían «hacer bajar la fiebre»; y además los actores que había sobre el terreno ejercían de «bomberos de servicio» (políticos locales, trabajadores sociales, educadores, animadores, militantes de las asociaciones, jueces, policías, etc.), y hasta el momento habían logrado «sofocar los incendios» y evitar su propagación. Pero siempre hay que temer una nueva «llamarada de violencias», advertían, ya que «quedan rescoldos del fuego en las ciudades», siempre al borde de la «erupción». Concluían que una «chispa» sería suficiente para que, de una vez por todas, estos «polvorines» explotasen...

Es precisamente esta eventualidad la que, tanto en un sentido real como figurado⁶, se ha convertido en una realidad a finales del mes de octubre de 2005. En estas condiciones, ¿cómo es posible que haya cogido desprevenidos tanto a «responsables» como a «observadores»? ¿Cómo explicar su estupor y perplejidad ante una «explosión» tantas veces temida?

Como si su función les obligara a ello, los iniciadores o promotores de la «política de la ciudad» o de sus sucedáneos, incluyendo en este grupo a la cohorte de investigadores afiliados a los poderes de turno, han terminado por creerse la canción que años atrás difundieran sus predecesores. Puede resumirse así: «Es cierto que esta política no ha dado los resultados esperados, pero por lo menos ha permitido evitar lo

3. Sin ánimo de ser presuntuoso, me permito remitir a los lectores a uno de mis libros, escrito entre 1994 y 1996 (J-P Garnier, *Des barbares dans la Cité*, Flammarion, 1996). En esta obra ya preveía un empeoramiento inevitable de la situación, no sólo de las «periferias», sino de la situación de los jóvenes pertenecientes a las capas populares surgidas de la inmigración poscolonial, que se traduciría, de manera inequívoca, en una multiplicación, extensión e intensificación de las formas violentas de la rebelión. En aquel momento, todos mis colegas calificaron estas previsiones de «excesivas», por no decir «apocalípticas».

4. Stéphane Beaud y Michel Pialoux, *Violences urbaines, violence sociale*, Fayard, 2003.

5. Así denominados por policías y periodistas, a principios de los años ochenta, porque se correspondían con el período estival de vacaciones escolares en que ciertos elementos de la juventud empobrecida y desocupada de los barrios de «viviendas sociales» tenían la costumbre de distraerse, dedicándose a hacer «rodeos» con coches robados a los que luego prendían fuego, y entregándose a carreras y persecuciones con las «fuerzas del orden» o a enfrentamientos entre bandas.

6. El principal detonante de los «motines» de octubre-noviembre de 2005 fue la muerte por electrocución de dos adolescentes que se refugiaron en un transformador eléctrico cuando huían de la represión policial.

peor». De este «lo peor», que evocan siempre cuidándose mucho de definirlo —por prudencia, falta de imaginación o, simplemente, porque en el fondo creían que jamás se llegaría a producir—, acaban de tener un anticipo. Aunque esto no les impida —puesto que se les forma y paga para ello— volver a proponer nuevamente, de una manera reiterada, soluciones falsas para problemas mal planteados. Hasta la próxima «deflagración». ¿Qué ha de suceder para que la «violencia urbana» deje de ser presentada y percibida en Francia como un «problema de sociedad» y se empiece a plantear la cuestión al revés —por decirlo de algún modo—, formulando una pregunta que se ha convertido en tabú: no será más bien *este tipo de sociedad* la que representa un problema?

De la «fractura social» a la fractura total

Lo más asombroso de los acontecimientos recientes no es que se hayan producido, sino que no lo hayan hecho antes. De hecho, hace tiempo que se daban los elementos necesarios para ello. Tampoco es nuevo que los hijos y, tomando su relevo, los nietos de los trabajadores venidos de las ex colonias como mano de obra barata y dócil destruyan su lúgubre forma de subsistencia, pegándole fuego a los coches, a menudo tras un «error» policial⁷. Después de más de un cuarto de siglo, este tipo de «violencias urbanas» forma parte, en cierto modo, del paisaje francés. Al principio de la última década del siglo pasado, habían sido objeto de mayores medidas paliativas, cuando de forma casi simultánea estallaron los problemas en muchos sectores de la periferia parisina y lionesa, provocados, una vez más, por la muerte de adolescentes que huían del acoso policial. La izquierda

7. Error: eufemismo que se refiere —y que difunden los intermediarios de los media— a un abuso, que a menudo acaba en muerte, ocasionado por la violencia policial y que tiene consecuencias negativas para la reputación de la policía.

institucional, entonces en el poder —y vinculada desde hacía algunos años a la ideología de la seguridad, así como a las ventajas del mercado, la empresa y el beneficio—, había demostrado que, en materia de «firmeza» respecto a las actividades de los jóvenes revoltosos de los suburbios, ya no podía recibir ninguna lección de la derecha. Sin embargo, tras esta alerta, esta última, tomó nota, por lo menos verbalmente, de la degradación de la situación. Hasta tal punto que Jacques Chirac, entonces alcalde de París, se hará elegir presidente de la República con la promesa de reducir la «fractura social». Una promesa que no mantuvo, como todo el mundo sabe, pero que merece la pena recordar en la medida en que debería haber impulsado a los dirigentes políticos de las dos tendencias a no dejarse sorprender por lo que tarde o temprano iba a llegar.

En un libro-programa, *La France pour tous*, publicado el 10 de enero de 1995, J. Chirac pronunciaba una requisitoria incendiaria, si se puede llamar así, contra un país —de hecho, contra los dos septenios de su predecesor «socialista» en el Elíseo— que había permitido el desarrollo del paro, la exclusión, el empobrecimiento y el deterioro de los barrios populares situados en la periferia de las ciudades. Las cifras que el futuro presidente ofrecía para sostener su diatriba no lograban «manifestar por sí mismas», según él, «la gravedad de la fractura social que amenaza —y mido las palabras— la unidad nacional». Y a continuación: «En los barrios desheredados reina un terror blando. Cuando muchos jóvenes no ven más perspectiva que el paro o pequeños cursos después de unos estudios inciertos, acaban por sublevarse. Por ahora, el Estado se esfuerza en mantener el orden y la cobertura social del paro evita lo peor. ¿Pero hasta cuándo?»⁸.

8. Este diagnóstico procedía, en realidad, de un «informe» de la Fundación Saint-Simon, fundación social-liberal que reúne a intelectuales «de izquierda», altos funcionarios «progresistas» y patronos «modernos».

Algunos años más tarde, el 21 de octubre de 2003, en Valenciennes —ciudad cuyo alcalde era el ministro «de Empleo y Cohesión social» del gobierno de derechas de Jean-Pierre Raffarin— Jacques Chirac, que acababa de empezar su segundo septenio presidencial, volvió a poner sobre la mesa la famosa «fractura social». De hecho, lejos de haberse «reducido» en aquellos años, ésta había aumentado, lo que condujo al jefe del Estado a proclamar que había llegado la hora de reconquistar esos «territorios perdidos de la República» que constituían las «zonas urbanas sensibles», así llamadas porque en ellas la «enfermedad de los suburbios» se hacía sentir más que en ningún otro lugar de una forma muy aguda. «Estas dificultades, estos dramas, esta fractura social que amenaza con ampliarse en forma de fractura urbana, étnica e incluso religiosa, no son ninguna fatalidad», aseguraba J. Chirac. Pero no se trataba más que de una retórica politiquera desmentida en la práctica por una política económica y social ultraliberal. No era cuestión de invertir el curso de los acontecimientos, como demostraba la política desarrollada durante muchos meses por un primer ministro que él mismo había elegido para el cometido. En el marco de una reducción programada de los gastos públicos, los presupuestos consagrados a la «prevención» se revisaron a la baja, con el corolario de un refuerzo de la represión con vistas a frenar los desórdenes que sin duda se iban a producir. En consecuencia, ¿acaso resulta asombroso que la última «llamarada de violencias urbanas» hasta la fecha haya manifestado una fuerza tan desacostumbrada?

Sin duda, la angustia que ha provocado entre los dirigentes políticos franceses y sus consejeros está en parte relacionada con el marco de análisis misticador que se han encargado de difundir y que ellos mismos han terminado adoptando para comprender los problemas sociales con los que se ven confrontados. Debido a sus connotaciones médicas, la metáfora de la «fractura social» y sus equivalentes geológicos («falla», «abismo») forman parte de un procedimiento poco novedoso de naturalización y denegación de las contra-

dicciones sociales. Porque hablar de «contradicciones» significa hablar de clases, intereses, antagonismos, reivindicaciones, luchas. ¿A quién se le podría ocurrir hoy en día la desfachatez de recurrir a una terminología tan desfasada como maniquea? Más aún cuando la «violencia urbana» que se difunde en «nuestras democracias pacificadas» ya no encaja, debido a su carácter anómico, desorganizado e improvisado, con un esquema de interpretación según el cual la sociedad se comprende a través de las divisiones y oposiciones de las clases bien definidas que la estructuran. Las «mutaciones» que ésta ha vivido en los últimos años ¿no habrán acabado de una vez por todas con esas divisiones pertenecientes a otra época? Todo ocurre como si, en el plano teórico —por no decir ideológico—, la fisura entre dominantes y dominados y los conflictos que ésta generaba se hubiesen desvanecido definitivamente, engullidos por la «fractura» que se habría abierto en el propio centro de nuestra sociedad. Visto desde esta perspectiva, la irrupción espectacular en la escena urbana de una multitud de «jóvenes de los suburbios», para los que la desesperanza es su pan de cada día, ¿acaso no es la expresión del retorno inesperado de los oprimidos?

De hecho, hablar de «fractura social» también permite exorcizar el espectro de la guerra social. Por una parte, se afirma implícitamente y «en falso», por decirlo de algún modo, la existencia de un mundo social «normalmente» unificado, de una «sociedad de iguales» que se sitúa bajo el triple signo de la interdependencia, de la complementariedad y de la solidaridad, y en la que la disociación aparecería, por tanto, como una excepción temporal a la regla de la «cohesión social». Por otra parte, la alternativa que implica el enfoque en términos de «fractura» reside en el acercamiento⁹ y el alejamiento, y ya no en el posible enfrentamiento.

9. O «estrechamiento», imagen que se suele utilizar a modo de conjuro en relación con el «vínculo social» que «se distiende» con el riesgo de «romperse».

to. Como si las desigualdades socioeconómicas —cada vez más marcadas a nivel territorial, en particular— que separan a los grupos sociales tuvieran como efecto crear entre ellos una especie de tierra de nadie, aislándolos en universos no sólo distintos sino también distantes. De ahí deriva el renovado asombro de los poderosos y de sus ideólogos, que se hace patente cada vez que la revuelta de los condenados de la ciudad capitalista «degenera» en «violencias urbanas» o cuando la intensidad de estas últimas sube un punto. Allí donde ellos creían ver una línea de «fractura», aparece una línea de frente. ¿Acaso no estarán soñando, por casualidad, con una «ruptura» sin «rompedores»?

«Violencia gratuita» se complacen en diagnosticar una vez más los comentaristas, faltos de ideas. Todavía no han comprendido que la gratuidad que se postula es el único lujo que todavía se pueden permitir aquellos que han sido dejados al margen de este «mundo en mutación», cuando la política — en el sentido profesional del término— ya no significa absolutamente nada. Después de treinta años de taponamiento y reforma, el «modelo francés de integración» ha alcanzado tal grado de deterioro que es la propia sociedad la que corre el riesgo de desintegrarse por medio de su integración económica en el mercado globalizado. ¿Qué reivindicaciones pueden plantear de nuevo los jóvenes, sino aquellas que saben a ciencia cierta —gracias a su experiencia amarga de las «alternancias» en el poder, tan poco portadoras de alternativa alguna— que jamás serán satisfechas: un empleo digno y no un «trabajo de esclavo», un salario decente y no de miseria, una vivienda adecuada y no un apartamento sobresaturado en un edificio degradado, en otras palabras, un porvenir digno de ese nombre y no un futuro sin perspectivas?

Todo ello no impide que ciertos expertos se nieguen a promover los últimos «motines» al rango de «movimiento social». Además de la ausencia de programa, de organización y de portavoces, su violencia se emparentaría mucho más con el «nihilismo desesperado de una acción de las “clases peligrosas”» que con una «acción política consciente —

aunque violenta— de las “clases trabajadoras”»¹⁰. Pasemos por alto el contrasentido e ignorancia que refleja esta apreciación en cuanto a la significación histórica y literaria de estas denominaciones¹¹. Se podría decir que, sobre todo, hacen una buena propaganda de las características actuales del mercado de trabajo, en el que la flexibilidad tiene como consecuencia, como lo han demostrado ya muchos estudios sociológicos, hacer que la frontera entre trabajo y ocio forzado sea cada vez más fluida y fluctuante. Trabajadores a tiempo parcial o con contratos por obra y servicio, interinos, aprendices, personal en prácticas, parados, para la gente con más bagaje ése es el vivero donde se reclutan los protagonistas de los «motines». El autor del juicio que hemos citado anteriormente es uno de los primeros en llamar la atención sobre esta cuestión. Sin embargo, se considera lejos de incurrir en contradicción alguna.

En el transcurso de los últimos años hemos asistido, por todas partes, a reacciones desesperadas y sin otra salida, al final, que la derrota de unos obreros condenados al paro por el cierre programado de sus puestos de trabajo, a causa de la «falta de beneficios» o la «deslocalización». Unos amenazaban con «hacer saltar todo por los aires», por medio de explosivos; otros con verter sustancias contaminantes peligrosas al río que pasaba cerca de la fábrica. Esta negatividad defensiva ¿impide hablar de «movimiento social»? Si es así, deberíamos entonces rebautizar el «movimiento luddita» de los obreros ingleses que, a principios del siglo XIX, se dedicaron a romper las máquinas que, al invalidar su saber hacer, legitimaban la rebaja de los salarios.

10. Gérard Mauger, «Un automne émeutier», artículo de próxima aparición.

11. Cualquier lector de la célebre obra del demógrafo e historiador Louis Chevalier, *Classes laborieuses, classes dangereuses*, sabe que ambas clases son la misma, por así decirlo, a ojos de la burguesía parisina de la revolución industrial. Acompañadas de calificativos del tipo «nómadas», «beduinos», «bárbaros», las «clases trabajadoras» eran consideradas por el Partido del Orden como «clases peligrosas».

Volviendo al furor de los incendiarios de noviembre, se debe remarcar sobre todo que éste no era tan ciego como se afirma. Al contrario, a menudo tenía blancos muy claros: las comisarías, por supuesto, y los aparcamientos donde se guardan los vehículos de una policía odiada por su acoso humillante y sus provocaciones racistas, y por la impunidad de la que se benefician en sus frecuentes exacciones; los locales de empresas situadas en las «zonas francas», libres de tasas e impuestos en pago por la creación de empleos para «los barrios», cuando los patronos prefieren contratar a gente en cualquier otra parte; una oficina central de Hacienda y, por tanto, símbolo del fisco que penaliza a las familias pobres en tanto que «malas pagadoras» con sanciones que llegan incluso a la expulsión de sus viviendas; los centros «socioculturales», que ofrecen «ocupaciones», a falta de trabajo, a una juventud sin perspectivas; una oficina del ANPE¹² en la que innumerables demandantes de empleo tienen que sufrir en vano humillaciones por parte de una burocracia tan ineficaz como arrogante; las escuelas, en las que se opera desde la más temprana edad una selección y orientación dirigida al gueto social; los autobuses, donde el aumento del precio de los billetes va de la mano del de los vigilantes encargados de controlar a quienes se cuelan; los depósitos de coches pertenecientes a France Telecom (privatizado) o a la EDF, cuyas acciones en bolsa evolucionan al mismo ritmo que las curvas del paro; los concesionarios de unos automóviles que están fuera del alcance del bolsillo de las familias que viven en la miseria... Y en ninguna ocasión ni pillaje sistemático ni acumulación de mercancías, sino la destrucción pura y simple.

Quedan los famosos «coches de los vecinos que luchan»¹³ duro para sobrevivir y que ven convertido en humo un

12. Agence Nationale Pour l'Emploi (Agencia Nacional Para el Empleo).

13. J. P. Garnier emplea el término francés *galérer*, que significa vivir con dificultades por medio de trabajos esporádicos y mal remunerados y que procede, sin duda, de galera, en el sentido de trabajo esclavo, forzado y extenuante. (N. de la T.)

medio de locomoción indispensable para ir a trabajar, consumir o distraerse. Recordemos, sin embargo, que jamás ha habido revueltas o revoluciones que no hayan generado desórdenes más o menos incontrolados, y que es también en el desarrollo del motín —y no sólo en el seno de las organizaciones políticas o sindicales— donde se plantean y precisan los objetivos o, por lo menos, donde se efectúa la toma de conciencia y se refuerzan las convicciones. Además, resulta hipócrita, por no decir indecoroso, apiadarse de la desgracia de aquellos que han sido despojados de su vehículo, cuando hace años que las clases pudientes fomentan su miseria y no se preocupan en absoluto de la vida que espera a los niños de los barrios populares. En definitiva, en estos reproches nos reencontramos con la vieja canción burguesa de la víctima y del chivo expiatorio, que sirve para enfrentar al menos pobre con el más pobre y evitar que se unan para echarse sobre los ricos. A riesgo de disgustar a ciertos sociólogos o politólogos que califican de «infrapolítico» o, más generosamente, de «protopolítico» un levantamiento popular cuyas formas no son en absoluto de su agrado, añadimos —como hacía uno de sus colegas— que «a través del fuego y las piedras, las clases populares han discutido y hablado a la televisión. Se han mostrado a sí mismas en tanto que personas políticas»¹⁴. Como le contestaba a un periodista un adolescente de un suburbio de Stains, municipio de la periferia norte de París donde el paro entre los 18 y 25 años sobrepasa el 40%: «Sabemos perfectamente que también quemamos el coche de un compañero o de nuestros padres. Pero, si no los estuviéramos quemando, ¿habríaís venido hasta aquí para preguntarnos por qué lo hacemos?»¹⁵.

14. Denis Marklen, citado en «Des émeutes aux résonances politiques», *Libération*, 26 de enero de 2006.

15. Un adolescente del barrio de La Reynerie, en el gran conglomerado de Mirail, en Toulouse, que se jactaba de «destronar los coches de los vecinos», explicaba así los motivos: «Porque Sarkozy no viene a aparcar el suyo aquí. Es una gilipollez, lo sé. Pero lo hacemos para hacernos entender. Podríamos tomarla con el Ayuntamiento o con los monumentos del cen-

¿Una excepción francesa?

En términos de escala espacio-temporal, es innegable que la rebelión abierta y masiva de los jóvenes, a quienes un ministro del Interior había estigmatizado como «chusma», ha sufrido un salto cuantitativo respecto a las precedentes, aunque su importancia numérica real haya sido un poco inflada. Aunque la rebelión se extendió a cerca de 300 municipios, de hecho, en la mayoría sólo se quemaron algunos coches y containeres y hubo rápidas escaramuzas con las fuerzas de la policía que habían llegado de refuerzo. La mayoría de las 750 zonas urbanas que han sido catalogadas como «sensibles» se salvaron de la tormenta. En total, el número de participantes directos en los «motines» fue del orden de 15.000, un número relativamente bajo en proporción al conjunto de la población residente en las barriadas, que se estima en 3.800.000 habitantes y donde el porcentaje de jóvenes está por encima de la media nacional.

Desde esta perspectiva, los titulares alarmistas que difundieron los media en Francia y en el extranjero —«Arden las barriadas», «Fuego en los suburbios», «Francia se quema», etc.— eran, como ya es habitual por otra parte, mentiras destinadas sobre todo a vender «papel»¹⁶. También es exagerado afirmar que el último «desencadenamiento de violencia urbana» no tiene parangón con los anteriores, excepto para sostener que habría cambiado de naturaleza al cambiar de intensidad; y resulta como mínimo dudoso que,

tro de la ciudad. Pero yo no tengo nada que destruir en el Ayuntamiento. Es aquí donde quiero que ocurran cosas. Porque hablamos del barrio. Si hubiera monumentos en Mirail, no quemaríamos los coches de nuestros padres. Pero no hay nada de nada. No valemos una mierda para nadie porque vivimos en la Reynerie [...]. En la tele, hablan de Mirail como si fuera un suburbio. Pero esto no es un suburbio. Es un barrio de Toulouse. ¿Es qué no nos quieren o qué?».

16. Y, en ciertos países, a hacer pagar a Francia el rechazo de sus gobernantes a participar en la «coalición» que entró en guerra contra el régimen iraquí, o sus consideraciones irónicas y despreciativas respecto a los modelos multiculturales y comunitaristas de integración social.

debido a «su amplitud y duración», los «motines» de otoño de 2005 hayan adquirido, como sugiere una cierta «crítica radical», «un alcance y un sentido completamente diferentes» al de los precedentes¹⁷.

En el plano práctico, las reacciones conjuntas de los políticos tanto de derecha como de izquierda, las medidas tomadas por unos y las promesas de los otros, intercambiables si no fuera por pequeños detalles, no logran ir más allá de lo que se estila normalmente en ocasiones similares. Una vez transcurridas las primeras noches de algarabía y las llamadas unánimes al «restablecimiento del orden» —dado el acuerdo tácito para exhumar sin una oposición notable, como veremos más adelante, una ley liberticida sobre el «estado de emergencia»—, el gobierno no tenía más que «hacer un uso proporcionado de la fuerza» —la consigna que se dio a las fuerzas del orden fue: «¡Ni un muerto más!»— y anular la supresión de los créditos y de los empleos destinados a encuadrar, por medio de las ayudas a las asociaciones, a una juventud turbulenta¹⁸, a fin de que la calma volviera a los suburbios. Y aún más: la advertencia procedente de los «suburbios» no ha disuadido al gobierno de aprobar por la fuerza una ley —bautizada «contrato para el primer empleo»— que institucionaliza la precariedad profesional para las nuevas generaciones, residan éstas o no en las barriadas. En cuanto a las formas de resistencia activa que ellas pueden oponer a su destino de trabajadores «desechables», otra ley en preparación sobre la «prevención de la delincuencia» permitirá cortarlas de raíz con sólo añadir algunos artículos al ya bien dotado arsenal represivo.

17. Nicole Thé, «Le même ennemi», *La Question sociale*, n.º 3, invierno 2005-2006.

18. Para percibir algunas subvenciones, las asociaciones de barrio deben participar en la «animación», la «inserción» o la «prevención». De hecho, sus «militantes» y, sobre todo, los formadores, educadores, monitores y otros, reclutados en su mayoría entre la población a controlar, deben colaborar con las autoridades y movilizar a los habitantes para ayudar en la «pacificación» de los barrios populares, y son conminados a denunciar, cuando es necesario, a los autores de los actos o comportamientos susceptibles de constituir una «alteración del orden público».

Aunque esta ley todavía no ha sido votada, de hecho, muchas de sus disposiciones ya han entrado en vigor hace uno o dos años, por medio de decretos, convenciones y otros «acuerdos interministeriales» que la izquierda se ha comprometido a no modificar en el caso de llegar al poder. Todos sitúan la prioridad, por no decir exclusividad, en las «poblaciones en riesgo», eufemismo que designa sobre todo a sus hijos, cada vez más difíciles de controlar. De modo que han lanzado un proyecto de ley, antes de que los últimos fuegos de la revuelta se hubieran extinguido por completo, para poder enviar a los alumnos «irrecuperables» —excluidos de las clases-basura y de las escuelas-despojo, donde se «orienta» a los malos estudiantes procedentes de los medios desfavorecidos— a trabajar como aprendices a partir de los 14 años, aunque el límite legal de la escolarización obligatoria sea el de los 16 años.

Como mucho se puede contar, a falta de otra respuesta que no sea la represiva y tras la última advertencia lanzada por los «barrios»¹⁹, con una puesta en práctica a la vez concertada y más explícita de un principio que hasta el momento no se aplicaba más que de una forma vergonzosa para cumplir con los ideales igualitarios proclamados por la República. Se trata de la «discriminación positiva», rebautizada, como consecuencia del carácter discriminatorio de esta fórmula, como «promoción de las minorías visibles» [*sic*].

En cuanto al sentido político de los (pen)últimos enfrentamientos, no fue en absoluto diferente del que podría haberse desvelado hace tiempo, si todos aquellos que hacen de su «desencriptado» una profesión se hubieran dignado a abandonar las orejeras ideológicas que les impedían ver

aquello que los cegaba. Y ello, porque si —debido a su amplitud y duración— el movimiento de revuelta de noviembre ha gozado, por lo menos, de «un alcance y sentido diferentes» es precisamente por el efecto de lupa que ha producido respecto a ciertas realidades sociales que hasta hoy se habían pasado por alto ya que resultaban molestas.

Sin duda, existen observadores cuya vocación de siervos celosos del orden produce en ellos una miopía definitiva. Por ejemplo, un sociólogo del CNRS muy estimado en los ministerios decreta que «los jóvenes que durante más de quince días se han enfrentado con las fuerzas del orden no son de ningún modo una muestra representativa de los jóvenes franceses. Se trata sobre todo de hijos de obreros, trabajadores precarios y parados»²⁰. Dicho de otro modo, los hijos de miles de proletarios fragilizados por la «flexibilización» del mercado de trabajo, según este investigador perfectamente representativo, él mismo, de una pequeña burguesía intelectual vasalla de la burguesía de siempre, se deberían considerar un número insignificante²¹. De forma más general, escolarizados o no, los «gamberros» forman parte, al igual que los recién diplomados de la universidad, de la «generación *low coste*» (de bajo coste), abocada a un salariado precario que hará de ellos los «trabajadores flexibles» indispensables para la buena marcha de una «economía de mercado» desregulada. Con esta particularidad, propia de su condición de «herederos» de padres y madres originarios de las antiguas colonias, de rechazo a seguir el «ejemplo» de sus padres, es decir, un destino de obreros o de trabajadores atados de por vida a los empleos más pesados, sucios y desvalorizados²².

20. Hugue Lagrange, «Ce que nous avons appris sur les nuits de novembre», *Le Monde*, 25 de enero de 2006.

21. ¡Los obreros, trabajadores precarios y parados representan más de la mitad de la población en edad laboral!

22. A menos que opten, como se les ha sugerido en numerosas ocasiones, por las «profesiones relacionadas con la seguridad», cuyos plétóricos efectivos —«la promoción de las minorías visibles» así lo exige!— deberían reflejar mejor la «diversidad» de la población francesa.

Desde esta perspectiva, las provocaciones preelectorales del ministro del Interior no han hecho sino echar más leña al fuego. El error de N. Sarkozy en el plano táctico — la ética no tiene nada que ver en el asunto— es haber dicho bien alto, y aún peor, haber alardeado de ello, algo que hace mucho tiempo que un gran número de políticos, por no hablar de la policía y los jueces, dicen, sino en voz baja, al menos *off record*. Demasiadas veces hemos oído hablar — por ejemplo, cuando los gobernantes locales, ya sean de la derecha real o de la falsa izquierda, se desahogan saltándose toda regla de discreción— de «limpiar» este o aquel barrio de la «chusma», que es la que «pudre» las barriadas o la que «contamina» los centros urbanos limpios y asépticos, «históricos» o no, cuando osa aventurarse en ellos.

Esta mojigatería fingida frente a los desvaríos lingüísticos de un representante del pueblo también sirve para calificar la respuesta de la juventud. Resulta de muy mal gusto utilizar la terminología belicosa que tanto adoran los periodistas. Cuando éstos hablan de «guerrilla urbana» o de «guerra civil» están cumpliendo su función: no informan, sino que contribuyen a aumentar las ventas. Por el contrario, los responsables políticos, sobre todo si se autoproclaman «de izquierda», deben guardar las formas. En julio de 2005, el Consejo de Estado había validado a nivel municipal la orden de toque de queda para que los menores de 13 años no pudieran circular de noche de las 23 a las 6 h. Ségolène Royal, del Partido Socialista y ministra delegada de Infancia y Familia del gobierno Jospin en aquel momento, había aprobado la medida, pero no el término empleado: «La palabra toque de queda es inadmisibile. Es un concepto militar. Y el país no está en guerra, ni contra sus niños, ni contra sus padres, ni contra los barrios desfavorecidos». Resultaba evidente que esta señora no había leído la obra de uno de sus camaradas de partido, Julián Dray, viejo líder izquierdista vinculado a las tesis que hacen más hincapié en la seguridad. En un libro que podría haber figurado en un lugar preeminente en la biblioteca del Frente Nacional, el senador

Dray glorificaba la acción enérgica de los BAC²³, «estos casos azules de los Sarajevos en que se han convertido nuestros suburbios».

Es necesario señalar que los ministros del Interior «socialistas» — los de derecha se deben a su reputación de defensores declarados de la ley y el orden —, que a partir de 1983 se impregnaron de la «cultura del gobierno», ¡jamás han dejado de clamar contra el nuevo enemigo interior! De Pierre Joxe a Daniel Vaillant, pasando por Jean-Pierre Chevènement, no se han ahorrado vocabulario marcial cuando se trataba de plantar cara a las exigencias de los «salvajes»: «reconquista de zonas sin derecho», «operaciones», «dispositivos», «cuadrulado», «pacificación»... Se comprende la suave reacción de los «socialistas» en respuesta a la exhumación, o recuperación simbólica, por parte del primer ministro D. de Villepin de una ley de 1955 que permitía declarar el estado de excepción en Argelia, a fin de poder instaurar el toque de queda «en caso necesario». Con las consecuencias funestas que todos conocemos, aunque eso es lo de menos. «La aplicación de la ley de 1955, se contenta con advertir el primer secretario del Partido Socialista, François Hollande, debe limitarse en el tiempo y en el espacio». ¡Como si el estado de excepción, instituido o no de forma oficial, no estuviera a punto, después de varios años, de convertirse en la regla!

«Esos jóvenes están desorientados, no saben qué es una clase social ni una lucha»²⁴, se lamenta el antiguo alcalde del Partido Comunista de Stains. ¿Dónde podrían haberlo aprendido, en un país en que esos conceptos, sobre todo cuando se emplean juntos, son considerados casi unánimemente como palabrotas? Por otra parte, es una reflexión

23. Brigadas Anti-Criminalidad. Se encargan de las intervenciones físicas sobre el terreno y están constituidas por policías, cuya brutalidad de métodos y grosería de lenguaje justifican plenamente la denominación propuesta por Marx de «bandas armadas del capital» para designar a la policía.

24. Michel M. Beaumale, entrevista en *Le Monde*, 11 de noviembre de 2005.

cómica en boca de un antiguo burócrata estalinista, cuyo partido está, sin lugar a dudas, muy harto de ver escapar una potencial presa electoral y que hasta el momento no ha cesado de deformar, hasta la caricatura, el ideal revolucionario del que se reclama portador²⁵. A pesar de ello, la observación tiene una parte de verdad. La violencia dirigida de la lucha de clases expresada por los proletarios de antaño parece haber cedido su puesto a la violencia errática de los «desclasados». ¿Pero hasta cuándo, como habría dicho J. Chirac?

Con el aval, por no decir el apoyo de las elites políticas de cada país, la burguesía, cada día más transnacional, dirige desde hace varias décadas una guerra de clase rampante, por medio de la «mundialización», que hasta ahora no ha encontrado una resistencia significativa... Los efectos son conocidos: precarización, empobrecimiento y marginación de masas. Y son precisamente los hijos de las familias de los trabajadores inmigrados, que son los más desfavorecidos material y culturalmente, quienes soportan todo su peso. Y, además, con un agravante de la situación, que es una especificidad francesa: el racismo y las discriminaciones con origen en una descolonización fracasada y mal digerida. Es un modo de manifestar que están hasta las narices de la «lucha por la vida» que les espera o en la que ya se encuentran, utilizando los medios a su alcance, esos medios que las almas caritativas «de la izquierda» y de la «izquierda de la izquierda» consideran, aterrorizadas, como brutales y primitivos. Pero ni unos ni otros han hecho nada en absoluto para que fuera de otro modo, excepto sol-

25. Cuando los «motines» se hallaban en su punto álgido, todavía dio una prueba manifiesta de ello con la «carta abierta», del 7 de noviembre de 2005, dirigida por el alcalde del PCF de Vénissieux, municipio popular de la periferia de Lyon, a Jacques Chirac para apoyar la instauración del «estado de excepción»: «Suscribo su propuesta para reestablecer el orden. La sociedad francesa va a la deriva. Vemos brotar los gérmenes de la guerra civil. No se debe dudar: la prioridad es reestablecer el orden. Todos los responsables políticos, ya sean de izquierda como de derecha, deben unirse en una sola voz». En resumen, ¡formar un verdadero «frente nacional» contra los «gamberros»!

tarles la prédica «ciudadanista» para convencerles de buscar su salvación en las urnas.

A esta izquierda la «cultura del gobierno» le ha hecho perder la memoria, y olvida e intenta hacernos olvidar que pertenecemos al país de las *jacqueries* campesinas²⁶, los levantamientos populares, las insurrecciones obreras y — por qué no osar pronunciar la palabra, hoy convertida en palabrota— de las revoluciones. Este hecho debería ser motivo de orgullo para cualquier espíritu progresista y también un punto de referencia para toda la nación en un momento en que a ésta parece escapársele su identidad, con la excepción, sin duda, de los versalleses de toda la vida, ya vivan en los suburbios «residenciales» de la burguesía o en los barrios «gentrificados» por los nuevos pequeño-burgueses que se avergüenzan de la historia de Francia al mismo tiempo que la temen, ya que no ha sido escrita por los grupos dominantes.

En consecuencia, es absurdo ver en los desbordamientos de los «amotinados», como sostienen algunos «observadores», la confirmación de una «crisis de nuestro modelo de integración». Si hay una crisis, ésta no se encuentra allí ya que, por el contrario, si han dado prueba de algo es precisamente de su integración, al reproducir ese esquema político clásico en Francia del «cambio social» que habría sido la rebelión de los condenados, antes de que la dictadura del «consenso» le quitara toda su legitimidad.

Quizás sea este pasado soterrado el que haya hecho resurgir a la «chusma» de las barriadas, heredera de la plebe de la campiña y del populacho de los suburbios, haciendo irrupción, de manera más ruidosa y espectacular que de costumbre, en un espacio urbano del que hemos terminado

26. Con este nombre se conoce la sublevación de los campesinos franceses contra los señores feudales a mediados del siglo XIV y, a partir de ahí, toda forma de revuelta violenta en el campo. Hoy en día, se aplica a toda aquella forma de revuelta popular en el ámbito urbano que no responde a las formas de manifestación programadas.

por olvidar que podría haber sido para los oprimidos, en nuestro pasado republicano, un verdadero espacio público, es decir, de debates y, eventualmente, de combates.

A fin de convencernos de ello dejemos a los investigadores, con sus preguntas ociosas y dilatorias, para fiarnos, aunque sea por una sola vez, de los redactores de un informe de Asuntos Generales, oficina policial encargada de detectar y de seguir la pista a las nuevas figuras de la subversión: «Francia ha sido testigo de una forma de insurrección no organizada, con la emergencia simultánea en el tiempo y espacio de una revuelta popular de los suburbios sin líderes —ni caídos, ni integristas— y sin programa. El resorte principal de los motines sería la condición social de excluidos de la sociedad francesa». Una constatación y una hipótesis a la que podríamos adherirnos si la noción de «exclusión», conforme al rol ideológico que se le otorga a este seudocconcepto, no viniera una vez más a complicar el asunto. Porque si aquellos que causan problemas fueran verdaderamente los «excluidos» de la sociedad, ¿cómo es posible que le creen problemas? De hecho, acaban de demostrar enérgicamente que, por el contrario, forman parte de la sociedad plenamente, no sólo porque han conseguido desestabilizarla hasta el punto de inquietar a sus elites y sus garantes, sino sobre todo porque han manifestado a través de actos y de palabras una aspiración incuestionable e irreprímible a la igualdad.

De hecho, si subsiste una especie de «excepción francesa», a pesar de la apisonadora globalizadora, es a fin de cuentas ésa. A pesar de las relaciones todavía distantes o conflictivas, por razones históricas y culturales, con los medios populares franceses tradicionales, los jóvenes surgidos de la inmigración «pertenecen al mismo mundo en términos sociales y económicos»²⁷. Y experimentan una aversión común respecto al sistema y las clases dirigentes.

Con la diferencia de que los segundos la exteriorizan mediante esas «*jacqueries* urbanas» que son los «motines», mientras que una buena parte de los primeros optan por la «*jacquerie* electoral», bajo la forma de abstención concertada o de voto a favor de la extrema derecha. Sólo así se puede entender la metáfora engañosa de la «exclusión»: «no hay nada en los acontecimientos de noviembre, por tanto, que separe a los hijos de los inmigrantes del resto de la sociedad»²⁸. Por mucho que desagrade a algunos investigadores, que se jactan de intervenir de manera científica para hacer inteligibles estos acontecimientos, es el «rechazo de la marginación» lo que ha llevado a actuar a una parte, aunque minoritaria, de la juventud de las barriadas. Y este rechazo sólo se explica porque estos jóvenes, de los que se dice que «carecen de referencias», han interiorizado ese valor fundamental de la sociedad francesa que es el ideal igualitario.

Sin duda, este país no ha escapado a la escalada planetaria de valores desiguales que alcanza tanto al conjunto del mundo desarrollado como al de las naciones denominadas «emergentes». Pero esta escalada todavía encuentra obstáculos en Francia, a pesar de los discursos de denuncia del «igualitarismo nivelador» con los que nos machacan los privilegiados. Cuando uno se mueve por las esferas superiores de la sociedad, puede llegar a acostumbrarse al aumento de las desigualdades, incluso cuando, por conveniencia, a veces debiera fingir que las rechaza. En cambio, las capas que vegetan en los niveles inferiores la viven muy mal. Y aún más cuando el famoso «ascensor social», que está a menudo averiado, no lleva demasiado arriba a los ambiciosos que lo cogen las pocas veces que funciona. Es por ello que, si se quiere comprender a los «rebeldes sin causa», no se puede afirmar que no hay causas políticas de su rebelión, tomando como única referencia las veinte noches que sacudieron el pequeño mundo hexagonal haciéndolo temblar. Y todos

27. Emmanuel Tood, entrevista en *Le Monde*, 12 de noviembre de 2005.

28. *Ibid.*

aquellos que, con la esperanza de acabar con los motines, se pierden en conjeturas sobre sus razones de ser, harían bien en meditar sobre las palabras que el presidente de una asociación dijo mientras todavía se adivinaban los últimos destellos de los fuegos de artificio de las barriadas: «las *jacqueries* de los tiempos modernos han estallado en los suburbios porque, frente a una vida sin porvenir, no podemos oponer más que una violencia sin límites»²⁹.

29. Jean-Claude Barrois, presidente de la asociación «Réussir aujourd'hui», *Le Monde*, 11 de noviembre de 2005.

La lucha de los desclasados¹

En Francia, frente a la rebelión recurrente de las nuevas generaciones, abocadas a un futuro todavía menos prometedor que el presente de sus hermanos mayores, la prensa oficial tiene por costumbre, una vez agotadas sus escasas capacidades de análisis, es decir, de falsificación, recurrir a un experto en «juventología» susceptible de proporcionarle a ésta un barniz de cientificidad. En tanto que revista cultural muy bien considerada entre los neopequeñoburgueses que pretenden ser portadores de un pensamiento «complejo» y «perturbador», aunque «ciudadanista», es decir, sumiso, *Télérama* no es una excepción a la regla.

En una entrevista promocional con el sociólogo francés François Dubet², el chupatintas de turno le planteaba la siguiente pregunta: «Según la lectura que usted hace, la revuelta de los jóvenes de los suburbios el pasado mes de noviembre y el movimiento anti-CPE no están tan distanciados como podría parecer. ¿Por qué?»³. De la boca docta del

1. Artículo publicado en *Le Monde libertaire*, 20-26 de abril de 2006.

2. Acaba de aparecer una obra colectiva bajo su dirección: *Injustices. L'expérience des inégalités au travail*, éditions du Seuil.

3. *Télérama*, 29 de marzo de 2006. El CPE es el denominado *contrat première embauche*, que se puede traducir como contrato de primer empleo, y consiste en una enmienda al artículo octavo del Estatuto de Igualdad de Oportunidades propuesta por el primer ministro para reducir, supuestamente, el paro juvenil y como respuesta a los motines de noviembre de 2005. La aplicación de este contrato, ampliamente contestado durante abril de 2005, hubiera permitido, entre otras reformas polémicas y como explica más adelante Garnier, la realización de prácticas en empresas a partir de los 14 años de edad, el trabajo nocturno a partir de los 15 y la supresión de algunas medidas sociales de apoyo a las familias cuyos hijos dejan la escuela. La medida más controvertida fue, sin embar-

investigador brotó una verdad no tan inesperada: «Desde mi punto de vista, los historiadores que dentro de unos años escriban esta historia no podrán evitar decir: primera etapa, los suburbios: segunda etapa, los estudiantes». ¿Y la tercera etapa? Sobre este punto, el oráculo tourainiano nos deja a dos velas, apostando sin duda, al igual que sus semejantes, por la «salida política» habitual —el *impasse* político— de los movimientos sociales en los últimos veinte años⁴. En este caso, la vuelta del PS a sus asuntos, dada la proximidad de las elecciones presidenciales. Dicho esto, es cierto que existe «una continuidad y un parentesco entre estos movimientos», pero que no reside precisamente donde F. Dubois se imagina.

Como buen profesional del «desencriptado de los problemas de la sociedad», Dubois debía evitar ante todo relacionar los antagonismos y enfrentamientos que acaban de sacudir el país con no se sabe qué contradicciones de clase. En consecuencia, en el caso de que estos planteasen una «cuestión central», nada tendría que ver con la famosa «cuestión social» que, como todo el mundo sabe, ha dejado de ser actual. Al periodista que le pregunta con gran delicadeza si la cuestión que vincula a ambos movimientos no sería acaso «la precariedad», el ex consejero de los ministros socialistas Martine Aubry y Claude Allègre replica con la seguridad del especialista: «Es mucho más que eso». Efectivamente, la cuestión se nos plantea «a nosotros en tanto que adultos», pues deberíamos preguntarnos si somos «capaces de ofrecer a los jóvenes un lugar adecuado y aceptable en la

sociedad». Y F. Dubois precisa, como para terminar de culpabilizar a los susodichos adultos: «Cuando se protege mucho a los unos, se fragiliza automáticamente a los otros». Un diagnóstico que retomará el diario de Édouard de Rothschild, en el que, a partir de una «radioscopia estadística del planeta joven», se presenta la cólera de la juventud de los suburbios, los institutos y las universidades como la reacción legítima de una «generación sacrificada por una sociedad envejecida», de los «*baby-losers*» que piden cuentas a los antiguos «*baby-boomers*» que han «creado esta sociedad carente de porvenir» y que no han dejado a sus descendientes más que «los restos del festín»⁵.

No cabe la menor duda: ¡el origen de los problemas de estos últimos meses debe buscarse en un conflicto intergeneracional, en una lucha entre clases de edad!⁶ ¡Como si «los jóvenes» formasen una categoría social homogénea! ¡Como si todos los «adultos» tuvieran la posibilidad de repanchingarse en la felicidad de una vida confortable y sin preocupaciones!

Negar que la precariedad sea un problema central tanto para los «adultos» como para los «jóvenes», es decir, de hecho, para la mayoría de los trabajadores actuales o futuros, sea cual sea su edad, es negar una evidencia. Hacer creer, además, que perjudica del mismo modo a los diferentes grupos que constituyen esa juventud, implica también tratar de evitar que se comprenda, más allá de lo que los une, aquello que puede dividirlos y, a veces, incluso opo-

5. *Libération*, 11 de abril de 2006.

6. Para los mediáticos, las «generaciones» se suceden unas a otras y entre ellas no hay ningún parecido. El procedimiento de lanzamiento siempre es el mismo. Tras la «generación 68», hubo la «generación Mitterrand», después la «generación moral», seguida de la «generación pasota», a la que la «generación precaria» le pisaría los talones. Según las últimas noticias, si debemos creer lo que dice *Libération*, que jamás se queda corto en cuanto demagogia «juvenilista» con vistas a renovar su cuerpo de lectores, ésta se habría transmutado, gracias a la movilización anti-CPE, en «generación política», es decir —como no podía ser de otra manera—, «ciudadana» (*Libération*, 14 de abril de 2006).

go, que el CPE iba a permitir a los empresarios despedir a los trabajadores menores de 26 años sin necesidad de justificar el despido, durante los dos primeros años de vigencia del contrato. La respuesta social al CPE, en que el movimiento estudiantil tuvo un importante papel, logró frenar su aplicación. (N. de la T.)

4. Al igual que su maestro, Alain Touraine, los sociólogos F. Dubet, M. Wiewiorka, Didier Lapeyronnie y P. Rosanvallon, por hablar sólo de los más mediatizados, figuran entre los autores de renombre y con título que alaban el social-liberalismo o, dicho de otra manera, la versión «neoliberal» del «cambio social» en un marco de continuidad capitalista.

nerlos. Y al parecer, en el plano estratégico, el segundo aspecto merece más atención que el primero.

La comunidad objetiva de intereses entre las diferentes facciones de las nuevas generaciones —idejando aparte a los hijos e hijas de los burgueses!— ha sido señalada infinidad de veces. Por este motivo no nos entretendremos en ello. Ciertamente, ésta constituye el fundamento de una solidaridad política eventual⁷ entre «jóvenes de los suburbios» y «jóvenes de los centros urbanos» (o de las ciudades centrales), por retomar una aproximación espacialista y confusio-nista de las divisiones sociales en boga en los media. «Precariedad» rima con «flexibilidad» que, a su vez, rima con «competitividad» que, finalmente, rima con «beneficio»⁸. Una asociación de palabras que por sí sola resume la lógica actual de la explotación, pero que una intoxicación ideológica incesante intenta disociar con el fin de mantenerla alejada de cualquier tipo de contestación, ya que en sí misma la precarización puede ser objeto de una reprobación unánime y bien merecida. La cuestión es que no afecta a todos «los jóvenes» del mismo modo, sino que depende del lugar que ocupan en el espacio social. A la mayoría de ellos el desclasamiento o pérdida de la posición social que ocupan los acecha o está alcanzando. Los otros simplemente son desclasados. Aunque la suerte de unos y otros esté vinculada, a menudo es la enemistad la que rige sus relaciones. Una situación lamentable, pero que no debería sorprender a nadie.

En la actualidad, igual que antaño, sigue existiendo aquel segmento del proletariado que Marx denominaba

7. «Eventual», si juzgamos por el aislamiento en que se han encontrado los amotinados de noviembre en relación con los estudiantes de los institutos y universidades, ya que cuando se movilizaron contra el CPE muy pocos de ellos —relativamente— pidieron al mismo tiempo la supresión de los artículos de la ley sobre «la igualdad de oportunidades», mucho más inaceptables para los «jóvenes de los suburbios»: prácticas en empresas a partir de los 14 años de edad, trabajo nocturno a partir de los 15, sanciones financieras para las familias de los predelinquentes.

8. En francés sí que rima, es «profitabilité». (N. de la T.)

«sobrepoblación relativa». También se conoce como población «excedente», que lo es en base a las posibilidades y exigencias del capital, las cuales varían según los procesos de acumulación y las relaciones de fuerza entre las clases. Lejos de ser el efecto coyuntural de no se sabe qué «crisis» del capitalismo, es ante todo el producto inevitable y la condición misma del desarrollo, ya que «es propio del capitalismo engendrar y requerir una masa más o menos abundante de hombres y mujeres abocados al paro de manera periódica, larga e incluso definitiva»⁹.

Conocemos el beneficio que extraen los explotadores de este «*ejército de reserva*», tanto en un sentido real como figurado. Además de emplear o desechar, en función de la coyuntura o de sus estrategias, la mano de obra o los «cerebros» necesarios —las «variables de ajuste», según el lenguaje de la patronal—, la presión permanente de una masa de sujetos susceptibles de ser «empleables» en el «mercado de trabajo» obliga a los «empleados» a ser «moderados», en materia de salarios y de condiciones de trabajo, bajo la amenaza de ser sustituidos. A su vez, esto permite a los empleadores, gracias a la duración, la intensidad y la productividad del trabajo que se impone mediante esta amenaza, no tener que recurrir a la contratación de trabajadores suplementarios. «Aunque estos dos segmentos del proletariado, los empleados y los parados, están enfrentados entre sí, para mayor fortuna del capital»¹⁰. La única novedad en este proceso tan terrenal es que cada vez hay menos escapatoria y los diplomas ya no son garantía de nada. Por tanto, la progenie de las franjas inferiores e incluso medias de la pequeña-burguesía intelectual se halla amenazada por la proletarización casi en la misma medida que los hijos de los obreros y de los empleados que habían creído que podrían escapar a ella

9. Alain Bihr, «Le vieux et le neuf dans les récentes émeutes urbaines», *À Contre-Courant*, n.º 172, marzo de 2006.

10. *Ibid.*

gracias al éxito escolar. De ahí su desesperación frente a una medida que simboliza mejor que ninguna otra este desclasamiento anunciado.

Quedan, como diría Tony Blair, los «inservibles».

Siempre según Marx, en el segmento parado del proletariado se podrían distinguir varias capas jerárquicamente definidas por su distancia respecto al trabajo asalariado: una «*sobrepoblación flotante*» que bascula constantemente entre el empleo y el paro, los actuales «interinos permanentes», que encadenan CDD (contratos de duración determinada), paro y prácticas de formación o de reciclaje; una «*sobrepoblación latente*» a la que corresponden los «demandantes de empleo» que están cobrando el RMI (renta mínima de inserción) o beneficiarios de un subsidio «*en fin de droits*»¹¹, reutilizables, de todos modos, en caso de «recuperación»; una «*sobrepoblación estancada*» compuesta de desahuciados por causas diversas como la vejez, una salud deficiente o la falta de cualificación de su fuerza de trabajo; y, finalmente, una cuarta categoría, sin ningún tipo de cualificación profesional, que se divide entre «*miserables*», que viven de la caridad pública o privada, y «*lumpenproletariado*», que reúne a delincuentes y criminales de todo tipo y que constituye un vivero, por lo que respecta a la población masculina, para las milicias patronales o las fuerzas paramilitares. Después de más de un cuarto de siglo de ofensiva neoliberal, de compromiso con ésta de las organizaciones de izquierda, y de retroceso y desmoronamiento del movimiento obrero, hemos asistido a un aumento considerable de esta última categoría, pero con rasgos nuevos específicos derivados de una coyuntura sociohistórica diferente a la de la época de Marx.

Fragilizadas por la desindustrialización, confinadas en su mayoría a la neodomesticidad de los «empleos de servicios»,

11. Es el subsidio que cobran quienes han agotado el paro y que ya no van a poder percibir más ayudas, es decir, de quienes se van a quedar con lo mínimo para poder vivir. (N. de la T.)

marginadas por la segregación espacial y las discriminaciones étnico-espaciales, y desestructuradas por las condiciones de existencia psicológicamente disolventes, las familias de los trabajadores procedentes de la inmigración postcolonial han seguido una evolución hacia la subproletarización y, como corolario, una propensión de muchos de sus hijos —fundamentalmente chavales no escolarizados o en vías de desescolarización— a una forma de rebelión marcada por el conformismo desviante¹² y el deseo de revancha social. Son ellos quienes figuran en primera línea en los pequeños grupos de los amotinados de noviembre y los que han formado el grueso de las bandas que han cometido agresiones y destrozos en las manifestaciones contra el CPE.

Entre los jóvenes acosados por el desclasamiento y aquellos que ya están desclasados se comprende, por tanto, que la relación no sea demasiado fluida. Y aún más si tenemos en cuenta que, bajo el pretexto de la «defensa del orden republicano» y de la «lucha contra la inseguridad», la verdadera derecha y la falsa izquierda están completamente de acuerdo en cuanto a la necesidad de enfrentar a los unos contra los otros. En consecuencia, sus «ideales» y sus «proyectos», por emular a los comentaristas autorizados, son —pensándolo bien— los mismos que tienen dos periodistas de *Le Monde* que también descubrieron una relación, en esta ocasión de carácter político y ya no sociológica, entre la «crisis de los suburbios y la del CPE»¹³. Una relación «inquietante», según ellos, ya que «la banalización de la violencia y la fractura entre electos y electores» que habrían puesto de manifiesto ambas crisis sólo habrían servido para debilitar todavía más «*la democracia*». Nuestros dos chupatintas tienen motivo para alarmarse.

12. Es decir, una adhesión total a los «valores» dominantes (dinero fácil, frenesí consumista, culto a la publicidad, competitividad descarnada...), pero que, por la ley de la necesidad, se conjuga con prácticas ilícitas o ilegales.

13. *Le Monde*, 12 de abril de 2006.

Por lo que se refiere a la violencia de quienes no tienen nada que perder ni que ganar — respuesta puntual a la violencia banalizada, policial y social que deben soportar—, el aparato represivo del Estado ha dado pruebas de saberla contener y relegar a las zonas de confinamiento donde queda arrinconada. Y cuando se desborda salpicando a los barrios buenos, los burócratas sindicales y los jefes de la policía han demostrado que han aprendido rápidamente cómo «hacer causa común», como hemos podido leer en *Libération*, para acabar con los «*casseurs*» y poner a buen recaudo a los «*cogneurs*»¹⁴. A largo plazo, la preocupación de los gobernantes por dar mayor cabida a la «diversidad» de la población francesa en las fuerzas del orden abrirá múltiples posibilidades a los desclasados de los «suburbios», aficionados a los palos, de recuperación social como *maderos*. Una salida más gratificante para las «minorías visibles» desprovistas de capital escolar que la ya consabida oferta de trabajo como guardias, vigilantes y demás «personal de seguridad».

En cuanto a la «fractura cívica», para reducirla se puede contar con los *apparatchik* del PS, del PCF y de la LCR, a juzgar por su intenso esfuerzo por reclutar nuevos militantes. Como también son valiosos los pequeños notables de las «asociaciones ciudadanas» —si es que se puede utilizar este pleonismo— o algunas estrellas del *show-biz* «mestizado» para reconducir hacia el redil electoral a la tropa de quienes se proclaman «apátridas» sin tener que lidiar con las consecuencias prácticas.

Ex líder trotskista convertido en favorito «fabiusano»¹⁵, el senador Henry Weber se felicitaba en *Libération* porque «los mañanas que cantan» y «el futuro radiante» de los him-

nos han sido sustituidos en el espíritu de los manifestantes por el «realismo» y el «pragmatismo». Pero, ¿existe algo de lo que realmente felicitarse? «Al contrario que en el 68, la juventud actual no aspira a transformar la vida», declaraba una joven destinada a malgastar la suya como «azafata de recepción» a pesar de su titulación, «sino solamente a acceder al mercado de trabajo, pedir un préstamo para comprarse un coche y una casa, y fundar una familia»¹⁶. En fin, ocupar «un lugar adecuado y aceptable en la sociedad», por retomar la formulación del sociólogo citado anteriormente, sin preguntarse ni por un instante si esta sociedad es en sí misma «adecuada y aceptable». Es ahí donde está la verdadera «cuestión central», aunque todos los aprobadores patentados del mundo tal y como es hayan decretado que tal planteamiento está fuera de lugar.

14. Garnier hace un juego de palabras de difícil traducción: *casseurs* es el nombre con el que se denomina en Francia a los manifestantes que provocan destrozos en comercios y mobiliario urbano; *cogneurs*, en cambio, serían quienes buscan el enfrentamiento físico con las fuerzas del orden. (N. de la T.)

15. En referencia a los políticos que se reconocen en las ideas de Laurent Fabius, ex primer ministro de Mitterand. (N. de la T.)

16. *Télérama*, 29 de marzo de 2006.



¿CHUSMA?

A propósito de la quiebra del vínculo social, el final de la integración y la revuelta del otoño de 2005 en Francia

Alèssi Dell'Umbria

El autor de estas líneas no es, por fortuna, ni sociólogo ni periodista ni militante. A principios de los años ochenta participó en la primera gran revuelta de las «banlieues».

Después asistió, impotente, a la derrota y recuperación de la misma, así como a la ins-

tauración en el país vecino de un auténtico «apartheid social», cuyas etapas y mecanismos de constitución, desde el final del colonialismo hasta la actualidad, recapitula en el texto. Así pues, este ensayo nos ofrece mucho más que una historia de la revuelta de los suburbios o de la inmigración, ya que no se limita a dar las claves de varias décadas de evolución social (lo que ya es todo un logro en sí mismo), sino que propone orientaciones concretas para el presente y el futuro inmediatos.

152 págs., 9,5 €, ISBN 84-88455-59-3



TOLERANCIA CERO

Estrategias y prácticas de la sociedad de control

Alessandro de Giorgi
[Prefacio de Toni Negri]

La crisis del fordismo y del Estado de Bienestar ha traído consigo un cambio profundo en las formas de concebir y ejecutar el control social. Esto ha sido posible gracias a la creación de un ambiente de inseguridad ciudadana, a la estigmatización de determi-

nados grupos sociales y a una oportuna gestión del miedo. La criminología neoliberal apuesta decididamente por el control preventivo del delito, más que por incidir en sus causas, y por la exclusión permanente (reclusión o expulsión) más que por opciones de reintegración social.

184 págs., 14 €, ISBN 84-96044-50-5

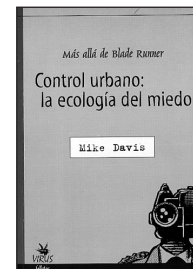
CONTROL URBANO: LA ECOLOGÍA DEL MIEDO

Más allá de Blade Runner

Mike Davis

El urbanista Mike Davis aborda en sus ensayos la relación entre urbanismo y control social. Su análisis de la política urbanística de la gestión de la pobreza —es decir, de la desigualdad social y de la discriminación racial— en la ciudad de los Ángeles, y del desarrollo de la industria carcelario-represiva le permite esbozar un futuro dantesco, por lo que se refiere del sistema político de libertades en Estados Unidos.

72 págs., 4,5 €, ISBN 84-88455-89-5



BARCELONA MARCA REGISTRADA

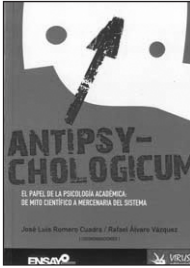
Un model per desarmar

Unió Temporal d'Escribes (UTE)

Per desarmar el model Barcelona articulem un llibre ordenat en tres blocs. Al primer bloc, «Mapes i estratègies», li correspon aixecar un mapa de les grans línies que defineixen l'actual estat de la metròpoli: qui i com governa a la metròpoli, quines estratègies territorials es dissenyen, quines són les seves traduccions espacials i els seus efectes sobre els llocs i maneres de viure de la gent. En el segon bloc, «Peces», es dissectionen certes polítiques o règims de pràctiques socioterritorials que s'estan desplegant per apuntalar aquest ordre urbà capitalista que combina l'objectiu d'impulsar el creixement econòmic amb l'aprofundiment de la governabilitat social —per aconseguir uns espais pacíficats, on la conflictivitat només es contempla si serveix per engreixar i edulcorar la màquina urbana—, a costa, això sí, d'esborrar qualsevol mostra d'antagonisme; per tal de crear la situació adient per afavorir els negocis d'uns pocs davant les necessitats i aspiracions de molts altres, i això és el que s'aborda més en detall a les «Operacions» que s'analitzen al darrer bloc.

344 págs., 14 €, ISBN 84-96044-46-7 (edición en catalán)





ANTIPSYCHOLOGICUM

El papel de la psicología académica: de mito científico a mercenaria del sistema

Josep Alfons Arnaú (Jau), Fernando Álvarez-Uría, Rafael Álvaro Vázquez, Óscar Daza Díaz, Agustín García Calvo, Silvia García Dauder, Ángel J. Gordo López, Grupo de Psicología Crítica «Versus», José Ángel paniego García, Guillermo Rendueles Olmedo y José Luis Romero Cuadra.

A poco interés que muestre quien transita por las actuales facultades de psicología y materias afines, podrá comprobar cómo el panorama que allí se despliega apenas da caída al menor cuestionamiento del papel manipulador u opresor que esta disciplina ejerce, directa o indirectamente, de manera cotidiana, en los distintos ámbitos de la sociedad actual. El objetivo de esta publicación ha sido recoger algunas de las plurales críticas formuladas en este sentido hacia el ámbito de la psicología y lo psi en general y que podemos considerar más significativas, de modo que cualquiera pueda tener un acceso efectivo a esta temática, generalmente evitada, y formarse una opinión adecuada al respecto.

292, págs., 10 €, ISBN 84-96044-75-0



POR UNA POLÍTICA MENOR

Acontecimiento y política en las sociedades de control

Maurizio Lazzarato

El capitalismo podría haber cambiado más rápido que sus adversarios, dejándoles siempre con una era de retraso. ¿Cómo se puede dar cuenta de conceptos como trabajo, producción, consumo, comunicación, información y cooperación asumiendo que el capitalismo ya no es un «modo de producción» sino la propia producción de mundos? ¿Cómo escapar del doble bloqueo de lo individual y lo colectivo con el que las teorías liberales y las teorías socialistas han pensado la «producción de subjetividad»? ¿Cómo pensar el conflicto ya no a partir de la contradicción dialéctica, de un dualismo de clases o de una división amigo/enemigo? Por una política menor parte de estas preguntas tratando de afrontar el reto de pensar la multiplicidad y el acontecimiento como elementos raíz de la política.

244 págs., 15 €, ISBN 84-96453-12-X